MANUEL FERNANDEZ Y GONZALEZ.

LA SOBRINA DEL CURA

(HISTORIA DE UNA PERLA)

NOVELA ORIGINAL.

PRIMERA EDICION.



GASPAR, EDITORES.
4, PRÍNCIPE, 4.
MADRID.—1881.

LA SOBRINA DEL CURA

(HISTORIA DE UNA PERLA).

LA SOBRINA DEL CURA

(HISTORIA DE UNA PERLA)

NOVELA ORIGINAL DE

D. MANUEL FERNANDEZ Y GONZALEZ.

PRIMERA EDICION.



GASPAR, EDITORES.
4. PRÍNCIPE, 4.
MADRID.—1881.

LA SOBRINA DEL CURA.

PRIMERA PARTE.

I.

Ello era la verdad que sin dejar Anacleta de ser una buena chica, sus caprichos la hacian á veces insoportable: el bueno de don Casto, que si se afligia su sobrina lloraba y creia que iba á perderla y se encomendaba con toda su alma á Dios para que le librase de una tal amargura, y que, cuando Anacleta estaba alegre, sentia en sí un espíritu bullicioso que le zarandeaba y casi le hacia bailar, era el responsable del carácter de voluntariedad que se habia determinado en la muchacha, de su vanidad y de la delectacion con que se miraba al espejo cuando, despertándose fresca y sonrosada, saltaba de su sencillo catre é iba á ver como habia amanecido, sucediendo que recreaba su vista, con no sabemos qué emocion, en su garganta, que sin ser torneada valia mas que si lo hubiera sido por sus voluptuosas modelaciones de una acentuacion mor-

diente, si se nos permite la frase, en la suave curvatura de sus hombros, y en la redondez de los globos de su seno que cada dia aparecian mas tumefactos.

—¡Qué hermosa soy! decia la chica: ¡y pensar que si fuera señorita de las de rumbo iria descotada á las *soirée*! (leia novelas, otra condescendencia criminal de don Casto) y se encantarian de verme!.. ¡porque garganta como la mia! ¡hombros como los mios! ¡tabla de pecho como la mia! ¡y luego añada usted perlas, y diamantes y este moreno tan suave y tan sedoso!..

Anacleta sentia su belleza y la adoraba.

Por supuesto, que monólogos de este género, delante del espejo y á solas, acabadas de levantar, los han dicho, los dicen y los dirán todas las muchachas hermosas y pobres.

Por lo tanto de esta última parte de las cosas de su sobrina, no hay que echar la culpa á don Casto, aunque sí de otras muchas; porque, como se ha dicho, la dejaba leer folletines en que el naturalismo á la moda y las pasiones exhuberantes, llegaban á tomar á veces formas demasiado acusadas, á vueltas de un espíritu racionalista que adornado con las galas de la fantasía, se infiltra en entendimientos no educados, en almas sencillas, demasiado fáciles para todas las impresiones, y ese mundo de la novela, abigarrado, deslumbrante, dramático, incitante, seductor, habia ido labrando en Anacleta un profundo disgusto por su posicion humilde y por la privacion de los placeres, de las sensaciones de la vida que en las novelas encontraba, y que ella creia la única vida aceptable.

II.

Despues de esta delectacion morosa de sí misma, de haberse soltado los luengos y ondeados cabellos negros, con la misma soberbia que un leon su melena, despues de haberse lavado con agua fria en todo tiempo, Anacleta se vestia su severo hábito del Cármen (esto era á mas de piadoso decente y barato), se ponia sobre los hombros su pañuelo blanco, se peinaba modestamente, aunque su peinado aparecia siempre magnífico por la opulencia y el brillo y aun la gracia de sus cabellos, se ponia unos pendientes de *doublé* ordinario, se prendia el manto, y saliéndose á la cocina, en cuya mesa habia dejado su tio dos pesetas (algunas veces en cuartos) cogia la cesta de la compra, se entraba en la sala, se acercaba á la alcoba donde su tio dormia y le llamaba para que se vistiese y saliese á buscarse la vida, esto es, la misa, el entierro ó el sermon en esta ó la otra parroquia, convento de monjas ú oratorio de cofradía, donde le estimaban y le hacian bien, y despues y cuando despierto su tio la preguntaba si habia pasado bien la noche y si llovia ó hacia raso, se iba á la compra.

III.

Mientras Anacleta vuelve de la compra, digamos lo necesario para dar á conocer esta familia de solo dos compuesta: el tio clérigo saltatumbas

de los de misa y olla, sexagenario y muy buen hombre, y la sobrina doncella de diez y ocho años, á la que por sus méritos la caia encima aquel conocidísimo verso

¡Ay infeliz de la que nace hermosa!

verso cuya falsedad contrasta con lo conocido que se ha hecho.

Hemos puesto por título al libro en que de la historia de Anacleta nos ocupamos y de otras historias relacionadas con ella *La sobrina del cura*, porque así y solo así la llamaban los vecinos de la calle de San Bernabé, que, en el barrio de la puerta de Toledo, empieza en la calle de Calatrava y termina en la Plaza de Armas, frente al portillo de Gilimon; y la hemos sobrenombrado *Historia de una perla*, porque Anacleta era una riquísima perla humana, escondida, como en una concha, en la humilde y pobre condicion de sobrina de un cura saltatumbas que no tenia sobre que caerse muerto.

IV.

Don Casto era hijo de unos buenos labradores de la provincia de Soria, provinientes de una familia noble y rica que habia venido á menos.

Guardaban ellos, como una reliquia, sobre la puerta de su casa solar en su aldea, su escudo de armas, esculpido en piedra berroqueña, y ya tan corroido por el tiempo que apenas si se conocian los emblemas heráldicos, y una amarillenta ejecutoria, encuadernada en terciopelo carmesí, que

se habia acarralado, y que guardaban como un tesoro en el fondo del arca.

Tenia don Casto una hermana, menor que él ocho años.

Los otros hermanos que habian venido entre los dos habian muerto.

Dedicó su padre á don Casto á la labranza del pegujar y del majuelo que habian quedado de la grande hacienda de la familia en otros tiempos.

En la familia nunca habia habido desde tiempo inmemorial mas que labradores, militares y clérigos.

Ninguno de sus indivíduos habia conocido la condicion servil.

Pero todo acaba en punta; los linajes se gastan porque los bienes se pierden, y don Casto fue el primero, de los suyos despues de diez siglos, que en cierto modo conoció la condicion servil.

Vamos á decir cómo fue esto.

V.

Tenia ya el chico diez y siete años, y se acercaba á la edad en que debia entrar en quintas.

Antes que la desgracia viniese vino la afliccion de ella.

No se contaba con dinero para librar al muchacho, ni podia buscarse sobre la hacienda, que estaba ya bastante empeñada.

El cura del pueblo, que era un buen hombre, con el cual se confesaba frecuentemente doña Ceferina, que así se llamaba la madre, viéndola

de tal manera atribulada por la desgracia presumible que la amenazaba, la prometió librarla de aquella amargura y cumplió su palabra enviando á Castito, montado en un burro, armado de algunos reales para la manutencion, y con una carta al señor obispo, que era algo pariente del cura.

Por consecuencia de la recomendacion del cura, Casto se quedó en el palacio de su ilustrísima en calidad de page, para lo cual le ordenaron de tonsura.

No tenia Casto vocacion, estaba, ademas, enamorado con toda su alma y con unos amores que databan de la infancia, de la hija de un labrador vecino.

Casto escribió y envió con el ordinario á Pepa la carta siguiente:

«Olvídame, piensa en otro; yo no puedo realizar nuestros deseos: cuando te digo esto me duele el corazon que me muero, y tú verás mis lágrimas que caen sobre el papel: mi madre por no verme soldado, quiere que sea clérigo, y yo no se dar un disgusto á mi madre.»

No decia mas la carta.

Ni aun llevaba firma.

Casto se habia olvidado de ponérsela.

VI.

Pepa, por el mismo ordinario, envió á Casto la contestacion siguiente:

«Pues que tú vas á ser sacerdote, y esto no es por tu voluntad, sino por no dar un disgusto á

tu buena madre, que se cumpla la voluntad de Dios. Yo te escribo esta con el alma amarga y llorando á lágrima viva. No me contestes, porque he dicho á mi madre que quiero ser monja, y me van á enviar al convento de mi tia en Santander. Te envio el escapulario de Nuestra Señora del Cármen, que estaba bordando para tí; no está concluido, pero tú lo estimarás como si lo estuviese; llévalo siempre, toda tu vida, como yo llevaré la crucecita de coral que tú me regalaste.»

Pepa no se habia olvidado de firmar, pero era igual: una ancha lágrima habia caido sobre su nombre y le habia indeterminado haciéndole ininteligible.

Este drama sencillo, pero formidable, habia pasado en silencio, escondido en una aldea.

Pepa profesó al año.

No lo supo Casto.

Ella tampoco supo que Casto, protegido y habilitado y dispensado por el obispo, habia cantado misa á los veinte años.

VII.

Murió en tanto el anciano cura de la aldea que habia recomendado al obispo á Casto, y el obispo, que habia tomado un gran cariño á don Casto, proveyó en él aquella feligresía.

VIII.

Contaba entonces don Casto veintiseis años.

Habian pasado ocho desde que la fatalidad le habia separado para siempre de Pepa.

Pero guarbaba la amargura en el corazon, y sobre él el escapulario, dentro del cual don Casto habia metido muy doblada la carta de Pepa.

Encontró á su hermana Catalina hecha una soberbia moza de diez y ocho años.

Pero triste, muy triste.

Sentia la necesidad del amor y no habia en el pueblo quien se lo inspirase.

Su padre estaba ya tan viejo que no podia valerse, y su madre, ciega ya y sorda, apenas si habia podido apercibirse de que habia vuelto su hijo.

A don Casto se le apretó el corazon.

—He aquí, dijo suspirando, que mi madre que me vió cuando salí del pueblo hace nueve años, ni me vé ni me oye cuando vuelvo: si hubiera ido á servir al rey, hubiera vuelto antes y me hubiera casado con Pepa. ¡Como ha de ser! ¡No estaba de Dios!

IX.

Don Castro traia unos cuartos de los emolumentos que habia tenido sirviendo al obispo, y con su asignacion de párroco y el pie de altar, pudo cuidar á sus ancianos padres y atender mo-

desta pero decentemente al equipo y á la comodidad de Catalina.

Un año despues murió su madre, y tras ella, á los pocos meses, su padre.

Se habia hecho misantrópico (tenia motivos para ello) se trataba lo menos posible con los vecinos, prefiriendo á los pobres, y no se separaba de su hermana, por la que sentia una ternura verdaderamente paternal.

Era estremado en el cumplimiento de su ministerio, y en sus sermones sencillos, cándidos si se quiere, y en que no habia otro valor que el del sentimiento, que ya era bastante, apostrofaba á los ricos duros de corazon, defendia con calor á los pobres, y llegaba á tanto en esto que casi casi parecia socialista.

X.

Catalina entretanto, de dia en dia, acrecia de tal manera en hermosura, porque el amor ingénito que tenia en el alma aparecia en sus ojos, en su ser entero, de una manera tan espiritual que la transfiguraba, que acabaron por llamarla la Diosa.

Y como no queria á nadie y no se separaba de su hermano y le cuidaba con la solicitud de una madre, y la suspicacia brutal no encùentra imposible infamia ni torpeza alguna, y don Casto por su severidad evangélica, por la caridad ardiente ingénita en él, se habia hecho implacables enemigos en los caciques del pueblo, surgió una calumnia horrenda, y aun hubieron de

darse quejas de escándalo al prelado, que sujetaron á don Casto á una informacion depresiva, desesperante.

Se le satisfizo en justicia por el prelado que escomulgó á los calumniadores, y mandó á don Casto que permaneciese allí por el prestigio y la autoridad de su iglesia.

Don Casto se resignó y obedeció.

Esta segunda amargura le habia emponzoñado la herida incurable que tenia en el corazon.

XI.

Por aquel tiempo pasó por el pueblo un regimiento de caballería que iba de guarnicion á Soria.

Estando formado en la plaza, acometió un accidente congestional á uno de los oficiales que del caballo se fué redondo al suelo.

Don Casto, que estaba cerca, acudió el primero; levantó en sus brazos al oficial, y, ayudado por el sacristan, le metió en su casa, delante la cual habia tenido lugar el suceso.

Acudió inmediatamente el físico del regimiento con los jefes y los oficiales; sobrevino además el médico del pueblo, y se trató al doliente por todos los medios de la ciencia.

Se contuvo á la muerte, se luchó brazo á brazo con ella, se tuvieron esperanzas y el regimiento partió.

Se quedó en casa de don Casto el oficial, que era un teniente.

Las alternativas fueron terribles: al fin se le

salvó, pero quedó dominado por una especie de idiotismo.

No habia medio de trasladarle.

El médico del pueblo lo prohibió.

Del mismo parecer fueron los del cuerpo de sanidad militar que fueron enviados.

Añadieron éstos, que la inutilidad absoluta para el servicio del teniente don Gabriel de Madrid era manifiesta.

Se le dió, pues, de baja y sin opcion á retiro por falta de años de servicio.

XII.

Se encontró, pues, don Casto con un desventurado á quien proteger.

Durante su enfermedad nadie habia escrito para informarse del estado de su salud.

Solamente en su principio los jefes y algunos compañeros.

Despues, nadie.

Cuando se comunicó á Gabriel, como si hubiera podido entenderlo, que habia sido dado de baja por notoria inutilidad, el cura escribió al coronel pidiéndole informes acerca de la familia del enfermo, porque éste estaba en un tal estado de imbecilidad, que no podia darlas.

El coronel contestó con la siguiente nota:

«El teniente don Gabriel de Madrid no tiene padres conocidos: es inclusero: lleva el apellido del hospicio de Madrid, donde estaba cuando le cupo la suerte de soldado: por su instruccion, por su buena conducta, por su valor y sus ser-

vicios, ha ascendido en pocos años al empleo de teniente, y por méritos de guerra ha obtenido la cruz de San Fernando: nadie recordaba lo oscuro de su orígen en el cuerpo, donde era muy estimado. Es cuanto tengo que decir á usted, señor cura, ademas de darle las gracias por el interés que se toma por nuestro compañero.»

—¡Todo sea por Dios! dijo don Casto. ¡Y qué hago yo con este desventurado! ¡y qué he de hacer, sino considerarle como un hermano que me ha enviado la divina Providencia!

Y se le dilató el alma con la fruicion inevitable que produce en el mas desinteresado un grande acto de caridad.

XIII.

Y al llamar hermano el cura á don Gabriel, habia sido profeta.

Era don Gabriel jóven, que apenas si llegaba á los veintiocho años, de fisonomía franca, noble y espresiva, y si no bello, estraordinariamente simpático.

La enfermedad le habia dejado en la misma situacion que si hubiera sido un niño grande de tres años.

Apenas si se le comprendia lo que hablaba, y aun así su palabra era incoherente y vaga.

Tenia los mismos caprichos, las mismas tenacidades que los niños.

Lloraba sin motivo y desconsolado.

Se le secaba el llanto y dejaba ver una sonrisa candorosa.

Habia retrogradado á la infancia.

XIV.

Se le abrieron las cataratas de la caridad á don Casto, y amó á Gabriel como si hubiera sido un hermano suyo enfermo.

En cuanto á Catalina....

Tenia la misma sangre, el mismo idealismo que su hermano, una sensibilidad igual; y la caridad en la mujer para un hombre jóven y bello, y tan desventurado y en una tal y tan completa orfandad como Gabriel, esta caridad es el amor de los amores y se convierte muy pronto en pasion.

XV.

Pero estos amores, por la misma razon que los causaba eran muy tristes.

Catalina sufria de una manera inconcebible.

Amaba á un niño.

A un sér sin discernimiento, con el cual no podia unirse.

Y el niño era para ella un poema de dolor, un sér en quien la razon estaba aniquilada.

Casi un fantasma.

Al verano siguiente don Casto hizo un sacrificio.

Empeñó unas tierrecillas.

Pidió licencia al obispo, que, conocidos los motivos, se la concedió, autorizando para que se quedase en su ausencia al frente de la feligre-

sía al beneficiado; dejó encargada su hermana á la tia Bruna, que era una antigua criada que habia nacido en la casa, y se llevó á Gabriel á Laredo para que allí tomase baños de mar, segun consejo del médico.

XVI.

En efecto, los baños, y mas que todo, el ambiente marino, las largas brisas del oceano, el grandioso espectáculo de esa inmensa estension de agua siempre ondulante, siempre brava, siempre rompiendo sonora en las rocas, como que por decirlo así, la costa de Cantabria es una escollera del Atlántico; el húmedo relente que hasta muy tarde por las noches hacia sentir el cura á su querido enfermo, á su hermano del corazon, influyeron sobre él, pero levemente.

Empezó á notarse como una lucha en su mirada entre la sensacion y la reflexion.

Esto era ya una esperanza.

Don Casto escribió lleno de alegría á Catalina.

«¡Si Dios quisiera!» le respondió ella.

XVII.

Un dia Gabriel, en quien continuaban los tenaces caprichos de los niños, se empeñó en ir en una de las barcas de pesca que salian por la tarde.

—Bueno, dijo don Casto, pues vamos allá.

Habló con el patron, que se prestó gustoso.

El sol poniente abrillantaba la mar, que parecia la espalda inmensa de un mónstruo, cuyas móviles escamas hubiesen sido de fuego.

Todo iba bien: brisa larga y fresca; mar llana.

La costa iba alejándose y hundiéndose.

Muy pronto apareció como una faja gris oscura.

Se habia puesto el sol.

Quedaba una luz vaga, neutra, casi fantástica.

Lució en las ondas un destello plateado, que se fue ensanchando, prolongándose.

Era la luna.

Su luz abrillantó el inmenso horizonte, é hizo aparecer la lejana costa como un vapor vago é inmóvil.

Al canto ámplio del oleaje, que parecia encontrar ecos misteriosos en lo infinito del espacio, á su múltiple y grandiosa armonía, se unia el canto lánguido, monótono de los marineros de las doce barcas, que henchidas las blancas velas, avanzaban gallardas en una larga línea, y dejaban sentir los leves rechinamientos de sus palos y el silbido ténue de la brisa, á cada momento mas fresca, en sus sencillos aparejos.

XVIII.

En el centro de la línea iba la barca que conducia á don Casto y á Gabriel.

La tripulaban el patron, un marinero viejo, otro mas jóven y un muchacho.

Todos trabajaban preparando las redes para lanzarlas al mar cuando se llegase sobre el banco de las sardinas.

De tiempo en tiempo, el patron tomaba de uno de los cestones que iban á popa una gran calabaza, y la presentaba respetuosamente al cura, que, por complacencia, bebia algunas gotas; luego pasaba la calabaza á Gabriel, que bebia con ansia, como si hubiera tenido una gran sed.

Don Casto le quitaba la calabaza, lo que producia en Gabriel algunos monosílabos de impaciencia.

Luego la calabaza daba la vuelta al patron, al marinero viejo, al mozo y al muchacho.

XIX.

Notaba con placer don Casto que en Gabriel habia mas animacion que de ordinario, que se determinaba mas en la espresion de su mirada la determinacion de la reflexion sobre el sentimiento.

Que el idiotismo iba decreciendo y acreciendo la razon.

Revolvia su mirada en el grandioso espectáculo que le rodeaba y sonreia satisfecho, con esa inefable sonrisa de candor y de espansion del alma, que en los niños parece como el reflejo de de una luz de gloria.

Y á vuelta de esto, una profunda y melancólica tristeza, dulce y poética, parecia en él como una aspiracion ardiente á otra vida más fácil, mas ámplia, mas espiritual.

XX.

Al bueno de don Casto se le abrian las entrañas, como una madre que ve sonreir á su hijo despues de un largo padecimiento, y pensaba en Catalina y en lo feliz que podia ser con Gabriel, y las entrañas acababan de derretírsele; y viniéndosele al pensamiento lo dichoso que él podia haber sido con Pepa, y Pepa con él, sus entrañas, fundidas en llanto, salian larga y silenciosamente por sus ojos; y sintiendo á Dios en el oceano que le sostenia, en el que flotaba entre dos abismos, impelido por un fresco y sonoro viento hácia la inmensidad, una consoladora oleada de resignacion innundaba su ser, le engrandecia, y endulzándole su desgracia, llenando la soledad de su alma con sueños de lo eterno infinito, le hacia murmurar:

—¡Oh Señor, Dios mio! ¡que se cumpla tu voluntad!

Y despues rezaba por sus padres, por la felicidad de Gabriel y de Catalina, por Pepa, que sin duda oraba por él como él oraba por ella; sentia sobre su pecho, como si se hubiera removido por sí mismo, el escapulario que Pepa le habia enviado, se fortalecia con la esperanza de unirse á ella en otra vida mejor, y luego revolvia su mirada dulcemente triste por la mar y por el espacio, y doblaba la cabeza ante la inmensidad como para recibir la bendicion de Dios.

Despues, y como si hubiera presentido un gran peligro, volvia á rezar.

XXI.

Si se hubiera materializado el universo de sentimiento que en sí llevaba la barca pescadora, la hubiera hecho zozobrar.

XXII.

De improviso se borró al noroeste el brillante destello de la luna en las aguas, sobreviniendo un ensombrecimiento que acrecia rápidamente: se levantó como un vapor denso é impuro que se fue condensando rápidamente; cayó de improviso sobre la mar la inmensa masa del espacio que parecia buscar su nivel: la pequeña tripulacion apenas tuvo tiempo para largar escotas, coger rizos, amarrar la entena y virar en redondo para enfilar el puerto: á la poco antes dulce y poética diafanidad del espacio, habia sustituido una lobreguez horrible; al sonoro y armonioso gemido de las aguas halagadas por la brisa, habia sucedido el espantoso bramido de titan del oceano, y negras montañas coronadas de espuma hirviente, que el huracan lanzaba como una lluvia violenta, remontaban la barca en sus crestas vertiginosas, ó la hundian en una cavidad profunda y turbillonante para volverla á alzar y hundirla de nuevo con rechinamientos de las maderas, que parecia iban á desenlazarse incapaces de resistir tanta violencia.

XXIII.

El patron, firme en la caña, ordenaba con voz potente la sencilla maniobra.

Los dos marineros y el muchacho bogaban en la banda de estribor para contrarrestar el tiempo que los derribaba hácia los escollos; se trabajaba de una manera desesperada y en silencio; los golpes de mar arreciaban con furia, el trueno avanzaba espantoso con ese horrendo fragor que no puede comprender quien no le ha oido en medio de una tempestad en el oceano; relámpagos de una brillantez pavorosa se estremecian con su luz vibrante que parecia incendiar el espacio, y que por algunos segundos arrancaban del abismo que rompia su constante hinchazon en sí mismo, destellos que ningun color, ningun contraste pueden reproducir ni aun hacer sentir débilmente; líneas ondulantes de un azul intenso, sobre masas impuras como de lodo revuelto; blancuras luminosas, como encages que violentamente se dilataban y se rasgaban; senos lóbregos en cuyos fondos, reflejos sombrios, parecian mónstruos que se asomaban á la boca de un infierno; la lluvia á torrentes, la voz del huracan, del trueno, del oceano, en un concierto formidable, representaban la actividad incalculable de lo infinito, y en medio de todo este horror, algunas pobres criaturas humanas buscaban en el espíritu de Dios, que es lo infinito de lo infinito, una esperanza de salvacion alentada por la fe.

XXIV.

Y en medio de todo esto, mientras los marineros hacian desesperados esfuerzos por enfilar el puerto; mientras el cura oraba con toda su alma á Dios y le ofrecia su vida por la de sus compañeros; mientras mentalmente alzaba la santa hostia á los cielos, y pronunciaba las inefables y prepotentes palabras de la consagracion, poniéndose por ellas en relacion con la eternidad, el idiota lanzaba frenéticos gritos de alegría, se agitaba, y estendia los brazos y los sacudia como si todo aquel horror concentrado hubiese causado en él un placer incalculable.

XXV.

De improviso, la desesperada voz del patron gritó, dejándose oir clara y distintamente á pesar del estruendo de la tempestad:

—¡La santísima vírgen del Cármen nos ampare! ¡estamos sobre los bajíos! ¡la salve!

Y se abandonó la maniobra.

Era ya inútil.

No habia otra esperanza de salvacion que un milagro.

Las altas rocas de la costa se veian mas y mas próximas á medida que se sucedian los relámpagos.

Se oian golpes de un fragor semejante al del cañonazo producidos por el choque de inmensas moles de mar sobre los huecos de los escollos.

XXVI.

Don Casto, asido al patron que se aferraba á la caña, y teniendo fuertemente asido por la cintura á Gabriel, que se debatia gritando con un frenesí que iba en aumento, entonó la *Salve*, que repitió la tripulacion.

Súbito al lucir un relámpago, el patron gritó echándose sobre el gobernalle:

—¡A los remos á babor! ¡un esfuerzo hermanos! ¡estamos en el boquete de Santa María! ¡valor y nos hemos salvado!

En aquel momento, una violenta convulsion de Gabriel le desasió del cura: éste, á la luz de otro relámpago, le vió desaparecer arrastrado por un violento golpe de mar.

—¡Misericordia!, esclamó don Casto.

Y se desmayó..

En un solo momento, aquel mismo golpe de mar que habia arrebatado á Gabriel, lanzó la barca por encima del bajío, por un boquete que se abria entre dos altísimas rocas.

La barca habia entrado en aguas tranquilas.

Allá, al fondo de una lóbrega ensenada, una hoguera arrojaba su resplandor rojizo sobre algunas barracas.

No tardó en atracar la barca, y su tripulacion saltó en tierra, sacando á ella á don Casto desmayado aun.

Pero el idiota no parecia.

XXVII.

Si Gabriel hubiera estado en pleno uso de razon, indudablemente, dominado por el pavor, se hubiera dejado ir á fondo; pero si le faltaba la razon, tenia en toda su potencia lo que en aquella horrible situacion era inapreciable: el instinto de conservacion, que hace que aun los animales recien nacidos naden y se mantengan á flote.

El golpe de mar le habia lanzado sobre el bajío, rozando, por decirlo así, una de las dos altísimas rocas entre las cuales se abria el boquete de la pequeña ensenada de Santa Maria.

Aquella roca, avanzada sobre el mar, formaba una especie de promontorio, despues del cual la costa se determinaba en una gran curva entrante; por delante de aquella curva, en una larga línea, fuera ya de los bajíos, lanzó la mar á Gabriel como un leve cuerpo flotante.

Y como nada hay mas rápido que las olas, llevado pór ellas Gabriel, fue lanzado sobre las rocas de otra punta que venia á ser uno de los cabos de una gran ensenada.

El golpe quitó el sentimiento á Gabriel.

Pero el golpe de mar le habia lanzado, como disparándole al chocar con las rocas, en una especie de resalte de donde no podia recogerle.

Aquella meseta estaba al pie de una cortadura, entre una profunda grieta y como á una milla del boquete de Santa María.

XXVIII.

Poco despues la tempestad fué decreciendo: las tinieblas se fueron esclareciendo; los relámpagos no eran tan brillantes, ni el trueno retumbaba con el mismo fragor.

La tempestad pasaba.

A la media noche habia pasado completamente.

La luna brillaba en lo alto del cielo, límpida y trasparente.

Volaba fresca y bonancible la brisa.

Solo quedaba la agitacion de la mar, como la del caballo despues de una violenta carrera.

La luz de la luna dejaba ver sobre el musgo, color perla de la plataforma de una ancha roca deprimida, que debian cubrir las altas mareas, á Gabriel, tendido boca arriba y sin sentido.

XXIX.

El lugar en que se encontraba venia á ser un escondrijo.

Rocas mas avanzadas, mas altas, tajadas é inaccesibles por la parte de adentro, formaban una barrera avanzada y en semicírculo, por una de cuyas mellas la mar hinchada habia lanzado en el interior de aquella reentrante á Gabriel.

Una profunda grieta que se ensanchaba en su interior, daba paso á una especie de estanque circular como de cien metros de diámetro, som-

briamente iluminado por la luz que descendia desde una grande altura por aquel repliegue de las rocas.

El fondo en aquella especie de estanque se dejaba ver con una limpidez sombría, y apenas si era mayor de media vara en su parte mas profunda.

Entre las piedras musgosas que aquí y allá aparecian, se veian bullir los cangrejos, se descubrian los erizos y las estrellas de mar, y en lugares á que llegaba la alta marea se descubrian pegados á las piedras los esponjosos percebes.

Alrededor de este charco habia un pasaje practicable que conducia á una escalera natural de irregulares y ásperos peldaños, que aparecian como regularizados, como suavizados por la mano del hombre; y sobre esta escalera, como á cuatro metros de altura al fondo de la grieta, se abria la boca de una caverna, un agujero, por el cual, para entrar un hombre de buena estatura, apenas si habia cabida.

El fondo de la caverna era profundo y lóbrego.

XXX.

Amaneció.

La mar se habia calmado completamente.

Solo se oia el largo gemido de la brisa, el sonoro canto de la rompiente sobre la costa y el graznido de las aves marinas, á las que parecia servir de maestro de capilla el estridente alarido alternado de un buitre que anidaba en lo alto de la inaccesible grieta.

Quien hubiera estado en el lugar en que Gabriel permanecia sin sentido, delante de sí hubiera visto un escalonamiento de peñas á flor de agua, que se hundian gradualmente en la mar, y mas allá la estension infinita, brillante, palpitante, magnífica, allá hasta el inmenso horizonte; y al volverse hubiera hallado irregular, dentellada, caprichosa, tajada, con sus tonos de gris perla, de verde bronce, de ceniza azulada, de asfalto, en una variedad pintoresca, con un aspecto áspero ó viscoso, con sus arbustos de retorcidas raices descubiertas, sus musgos, sus mariscos al pie, su estanque inmóvil y trasparente con el profundo agujero de su gruta, la grieta que hendia una altísima roca saliente, ancha en su base como de cien metros y de no menos de cincuenta de altura.

XXXI.

Tiñóse el horizonte al este de una faja rosada, que muy pronto tomó la intensidad del rojo del fuego y que se estendió sobre la mar.

Apareció luego un punto ígneo, deslumbrante: lució al fin el sol.

Ni una ráfaga empañaba el cielo.

La brisa larga y fresca continuaba.

Nada mas riente, nada mas resplandeciente, nada mas imponente á la vez.

Se estaba en agosto y una hora despues de la salida del sol, y, á pesar de la brisa, el calor se hacia sentir de una manera enérgica.

Y Gabriel continuaba inmóvil, boca arriba,

abiertos los brazos sobre la arena húmeda aun, y con la espresion mas bien de dormido que de accidentado.

Su trage era de una lanilla gris rayáda de un gris mas oscuro, y compuesto de un saquillo, un chaleco y unos pantalones.

Su camisa de color dejaba ver en el cuello una corbata de largas puntas de seda negra; calzaba zapatos de becerrillo blanco y calcetines de algodon listados, y sus cabellos, de un rubio mate, pero de un tono caliente, que se habian dejado crecer, desordenados y rígidos, cubrian en parte su frente ó se estendian en guedejas sobre la arena.

Era muy blanco, y le agraciaba un espeso y sedoso bigote, única parte de su barba que no estaba afeitada.

Era, ademas, de buena estatura y de formas robustas sin dejar de ser esbeltas.

Particularmente sus manos, aunque crispadas, aparecian estatuarias.

XXXII.

Humeaban sus ropas mojadas bajo el sol y parecia sentirse la reanimacion que en él empezada á operar el calórico, de instante en instante creciente.

No se advertia en Gabriel señal alguna de sangre ni aun el amoratamiento de la contusion en su semblante ni en sus manos.

Al fin y como quien despierta penosamente de un profundo sueño que aun no ha pasado por

completo, abrió los ojos, é inmediatamente volvió á cerrarlos como si no hubiera podido resistir la brillante inundacion de la luz.

Hubo una lucha.

Al fin sus ojos se habituaron, ó mejor dicho, pudieron resistir la fuerza de la luz.

Alzó con trabajo la cabeza, apoyándose en uno de sus brazos y su semblante se conmovió por una extraordinaria espresion de asombro.

Hasta entonces no habia visto la mar sino pintada, lo que no basta ni aun para formarse una idea de ella.

Y decimos que hasta entonces no habia visto la mar porque en el estado de idiotismo no se juzga de nada.

El desórden cerebral lo descompone todo.

Puede decirse que el idiota no tiene mas que una vida animal, imperfecta.

Para llegar á una idea, se necesita á lo menos la comparacion de otras dos que sirven de término de relacion á la reflexion, á la razon.

Y atendiendo á la fijeza, á la gravedad, á la lucidez de la mirada dilatada, fija, atenta, reflexiva, razonadora, de Gabriel, el idiotismo habia pasado de todo punto: á lo menos así aparecia en aquel momento.

Habia olvidado como se olvida una pesadilla todo lo que por él habia pasado desde el punto en que congestionado, habia caido del caballo al suelo, delante de la casa de don Casto.

Pero le habia vuelto poderosa, diáfana, por decirlo así, la memoria de su vida anterior al momento de la congestion.

Júzguese, pues, del asombro de Gabriel, cu-

rado al fin por una sucesion de misteriosos fenómenos nerviosos ó magnéticos, como se quiera, porque no hay medio de esplicar lo inesplicable, lo absolutamente desconocido que se escapa á todas las investigaciones de la ciencia.

XXXIII.

El se acordaba con una fuerza y una precision tales como si un momento antes lo hubiera sentido, de que, despues de una penosa marcha, en un dia lluvioso y estraordinariamente frio, habia llegado con su regimiento á un pequeño pueblo inmediato á Soria.

Se acordaba de que el regimiento habia formado en batalla en la plaza del pueblo dando frente á la iglesia, y que entre ésta y el regimiento se estendia la poblacion que habia acudido á *ver la tropa.*

Pero lo que con mas fuerza y con una profunda emocion del alma recordaba Gabriel, como si lo tuviese aun presente, era una hermosa jóven, morena, cuyas magníficas trenzas negras la caian por delante del pecho, alta, esbelta, gallarda, de mirada candorosa y profunda, que le miraba con una atencion dulce, y con un contento misterioso é incomprendido.

Recordaba su fuerza de vida y de hermosura, el efecto de su conjunto, el de cada una de las voluptuosas partes de aquel conjunto; la sentia dentro de sí, como una parte integrante de su sér que habia absorbido de una manera natural y necesaria, y despues de ésto no recordaba

nada sus indeterminaciones vagas y monstruosas sin relacion con ninguna idea, y una sensacion oscura como de haber dormido mucho y haber sufrido penosos ensueños que se borraban en sí mismos sin que toda su voluntad pudiera determinar en ellos un recuerdo preciso.

Sentíase ademas físicamente dolorido en todo su cuerpo, de los pies á la cabeza, como por el resultado de un golpe enorme, de una gran fatiga, pero sin lesion alguna grave.

Pudo incorporarse y ponerse de pie y sostenerse, aunque con trabajo, y andar, aunque vacilante, como quien despierta de una gran embriaguez.

Su razon, en cambio, era fuerte y poderosa, y su vida fácil.

Habia curado completamente.

Era bravo, y dominó su cansancio y aquella especie de lesion sorda que habia causado en él el embate de las olas, y el golpe aunque atenuado por la blandura de la arena, al dejarle caer el golpe de mar que le habia arrojado al pie de las rocas.

XXXIV.

Rápidamente su razon, su percepcion, acrecian.

Se determinaban mas y mas lúcidos sus recuerdos anteriores á la congestion.

Catalina, que ella era la jóven que recordaba, se esclarecia mas y mas en su memoria.

La sentia mas y mas en su sér.

Instintiva, involuntariamente, insistia en su recuerdo.

Y volvia en torno suyo los ojos espantado.

No se esplicaba, no podia esplicarse lo que le sucedia.

¿Dónde estaba?

¿Por qué se encontraba allí?

¿Qué habia sido de su regimiento, de su caballo, de su uniforme, de sus armas?

¿Qué del pequeño y humilde pueblo con su blanco y sencillo, campanario que habia visto antes de llegar á él, coronando una altura escueta, durante algunas horas de marcha?

¿Qué habia sido de la dulce morena, cuyo recuerdo se hacia mas y mas insistente, mas y mas determinante en él?

XXXV.

Solo respondian á su pensamiento la mar inmensa y eternamente palpitante, con su solemne grandeza, con su augusta soledad, el himno sonoro é infinito de la rompiente en la costa, los largos gemidos de la brisa, el chillido de las paviotas, el graznar de los avestruces, el chapeteo del agua á sus pies en los huecos de las rocas, y el fuerte ambiente marino con su olor salutífero, que dilataba sus pulmones y le hacia sentir una vida ámplia y poderosa, á pesar de lo dolorido de su cansancio.

XXXVI.

Todos los desventurados que son idealistas, esto es, aquellos en quienes lo que se ha convenido en llamar espíritu, predomina á lo que se le ha convenido en llamar materia, creen en un Dios que para otros podrá ser muy bien ser desconocido, pero que ellos sienten, y que por el sentimiento es para ellos viviente, pensante, y aun visible y tangible, porque se ve tambien y se toca con el espíritu.

Entre los hombres, siendo igual la ley, una diferencia en la combinacion, en la composicion, en la cantidad y en la mezcla de los principios, establece tales y tan fundamentales diferencias, que filosóficamente hablando, los hacen en todo punto desemejantes é incomprensibles los unos á los otros, fuera de las ideas innatas, sin el sentimiento de los cuales no puede existir el hombre.

Este idealismo infinito que propende á lo infinito y á la relacion de lo visible con lo invisible, de lo perecedero con lo eterno, de lo pequeño con lo inmenso, de lo débil con lo prepotente, es el sentimiento de Dios.

Sentimiento misterioso que no se esplica, ni puede hacerse comprender por ninguna demostracion, porque el todo no cabe en la parte, ni se puede concretar una imágen comparable para precisarla por medio de la palabra.

Este es un *quid divinum,* una misteriosa revelacion del sér en sí mismo, lo sublime de la me-

tafísica, la fé y por ello el engrandecimiento del sér, y el valor inconcebible de la resignacion y de la esperanza, que hacen del hombre un sér grandioso sobrepuesto á todos los dolores que entristecen, atormentan y destruyen la parte perible del hombre, en que funciona la parte incomprensible que es sér de su sér y que no puede perecer: la vida y el sentimiento de sí mismo por sí mismo.

Lo que acabamos de decir no lo comprende si no el que lo siente.

El racionalismo ciego y torpe, que hoza á traves de la humanidad, como los topos, sonrie insolente y ni aun se toma el trabajo de negar lo que llama invecilidades místicas; y los espiritualistas miran con desprecio á los que creen anegados en un lodo de sangre y podre, semejantes á aquellos de quienes dice la Escritura: *Tienen ojos y no ven, tienen pies y no andan, tienen oidos y no oyen, tienen manos y no tocan.*

Viven, sin embargo: tienen un idealismo inverso: el de lo absoluto de su razon, y un fanatismo y un Dios repugnante: la soberbia: el *ego sum qui sum* encerrado en su cráneo.

Los estremos se tocan y se confunden.

Todos los hombres en absoluto son iguales.

Solo que relativamente no pueden entenderse.

XXXVII.

Gabriel era inconscientemente espiritualista, creyente, conocedor de Dios, de un Dios que existia en sus sentimientos, que en él eran una

verdad, una causa, un hecho, una consecuencia, que producian fenómenos reales: la elevacion y la dilatacion del espíritu y por ellos la posesion de un valor á toda prueba, como si donde existe lo prepotente, no hubiera lugar para dudas, vacilaciones ni temores, ni mas que la lucha necesaria entre lo perible que se espanta ante la idea de su destruccion y lo inmortal que no puede ser destruido ni aun por sí mismo.

XXXVIII.

Así era Gabriel.

No pudiendo esplicarse su situacion, se acogió á su sentimiento de Dios, esperó y se fortaleció.

Y como si la fortaleza de su fe se hubiera trasmitido á su sér material, se sintió físicamente mas fuerte.

XXXIX.

Tan completa habia sido la reaccion de su espíritu, que habiendo dejado su materia de ser afectada por el pavor sintió una calma completa.

Afortunadamente tenia mariscos sobrados en tormo suyo y le gustaban de una manera estraordinaria.

Se atracó de ellos.

Pero no habia podido de igual manera atracarse de agua y su sed, escitada por el marisco, se le hizo mas y mas penosa.

Habia, ademas, necesidad de salir de allí.
De llegar á un lugar habitado.
La soledad era profunda.
Ni aun la mas pequeña vela se veia en el mar.

XL.

Reconoció el lugar y se encontró encerrado.
No habia podido doblar ninguna de las dos salientes de la grieta para ganar los arrecifes de las rocas.
Por ambos lados se determinaba un gran fondo donde la mar rompia, ondulaba y chapateleteaba alternativamente, dejando sentir un abismo pavoroso.
Se volvió hácia la gruta.
Llegó al estanque.
Le rodeó hasta la escalera que subia á la entrada de la gruta.
Penetró en ella.
Cerca de su entrada halló vestigios de una hoguera reciente, que denunciaba que hacia poco tiempo habian estado allí séres humanos.
Tal vez náufragos que se habian encontrado encerrados como él, por su mal, en aquel agujero.
Los brezos y los espinos que orlaban la entrada de la gruta habian podido prestar alimento para la hoguera.
¿Pero cómo siendo náufragos, habiendo pasado por la mar habian podido encender fuego?
Gabriel examinó la gruta con mayor atencion.

Era bellísima, sustentada en un pilar en el centro, con colgantes caprichosos, viscosos, mohosos con una especie de líquen de un dulce tono gris perla.

No habia en su techo ni en sus entresijos esas enormes y asquerosas arañas bulbosas que se mecen pendientes de sus patas que dilatan y contraen, ni nada que revelase otro género de reptiles.

No llegaba hasta allí la mar porque en el suelo no se veia el mas leve vestigio de arena ni de marisco, sino un musgo verde oscuro húmedo y resvaladizo.

Al dar la vuelta al pilar, Gabriel notó que de lo alto caia una luz ténue.

Miró, y por una abertura, que se torcia en espiral, vió el cielo azul y refulgente.

Por aquella espiral se torcia una especie de escalera formada por salientes de la roca.

Gabriel alentó su esperanza y empezó á trepar por aquellas salientes.

A veces se veia obligado á estremar sus fuerzas para superar un escalon demasiado alto.

Otras, á hacer prodigios de equilibrio para sostenerse en otro demasiado estrecho.

Al fin haciendo esfuerzos increibles para sobreponerse á su debilidad, á su fatiga, al dolor sordo que sentia en todo el cuerpo, á la perturbacion de sus ideas en medio de cuya indeterminacion aparecia siempre claro y distinta Catalina, logró llegar al boquete superior, ganar su borde y llegar á la plataforma de la enorme roca.

XLI.

Entonces sintió un acrecimiento de vida: aspiró por completo la inmensidad.

A la derecha tenia el océano.

A su izquierda, deprimiéndose dulcemente la roca en una ámplia pendiente, enlazándose con otras, se dejaban ver fructíferos viñedos, entre los cuales á lo lejos blanqueaban casitas aisladas.

Ante él, profunda, la bella ensenada llamada boquete de Santa María, y en el centro de su semicírculo orlado de suaves colinas, el rancho de pescadores, á donde se habia acogido la barca.

Se les veia bullir allí abajo y trabajar en sus barcas, aprestándolas para la pesca.

Una especie de camino escalera, torciéndose y retorciéndose por los accidentes de las rocas, descendia hasta la playa.

Gabriel, completamente reanimado ya, concentró sus fuerzas y empezó á descender.

Ningun peligro material le amenazaba ya.

Tenia fuerzas para superar su cansancio.

Pero duraba la perturbacion de sus ideas.

El no podia esplicarse su situacion.

Y la imágen de Catalina insistia mas y mas en su recuerdo.

Se hacia mas luminosa en su alma.

XLII.

Al fin llegó al rancho de pescadores.

Uno de los de la barca de pescar, de donde le

habia arrebatado un golpe de mar, esclamó al verle:

—¡Ah, que aquí le tenemos! ¡Es necesario avisar al señor cura!

—¿Pero usted me conoce? preguntó con asombro Gabriel.

—Pues ya lo creo, dijo el patron. Pero ¿cómo se ha salvado usted?

—Yo no sé nada, respondió Gabriel; yo no sé lo que pasa por mí; yo he despertado allá detrás de aquellas roces.

—¡Ah! ¡la Cueva del Buitre! esclamó uno de los pescadores que habian acudido.

—¡Un milagro de la Vírgen! dijo el patron; la mar le ha llevado hasta allí y le ha puesto en tierra.

—Y luego, ha subido á lo alto del cañon, dijo un muchacho:

—¡Tengo sed! dijo Gabriel.

—Venga usted conmigo, dijo el patron. Así como así puede ser que el señor cura no pueda levantarse; estaba muy malito el buen señor; ya se ve, la *galerna*, que fue de las buenas; el verle á usted en el agua y que se perdia en la tempestad, y su merced que no está para pruebas...

—Yo no entiendo nada de esto, dijo Gabriel.

El patron no entendia tampoco por qué Ga briel no lo entendia.

XLIII.

Entraron en una de las primeras barracas, que, como las otras, estaba compuesta de tablas de barcos viejos y cubierta de tierra y bálago.

Allí todo era utensilios y aparejos de pesca.

Una morena robusta y agraciada, pero curtida por el sol y por el ambiente marino, y como de treinta á treinta y cinco años, dijo al ver entrar á Gabriel:

—Apostaria que éste es el que se llevó el golpe de mar, y que el señor cura, que yo creo que está delirando, llama Gabriel.

—¿Pero quién delira por mí? dijo Gabriel.

—El señor cura, respondió la pescadora, y tambien nombra á Catalina.

—Pero ¿quién es el señor cura? preguntó Gabriel.

—¡Calla! repuso la pescadora: pues entonces usted no es el que el señor cura nombra.

—Sí, sí; yo soy Gabriel, dijo éste, pero no conozco al señor cura.

—Pues yo no lo entiendo, dijo ella.

—Ni yo tampoco, dijo el patron.

En la barraca habia una jóven, aunque ruda muy bella, que parecia hija de la pescadora y que miraba de hito en hito á Gabriel.

Dos muchachos curtidos y medio desnudos jugaban con un gatejo.

—¡Tengo sed! repitió Gabriel.

La pescadora descolgó de la pared un puchero desboquillado, le metió en una pipa vieja y renegrida, le llenó de agua y lo presentó á Gabriel que bebió con ánsia.

XLIV.

Entonces se alzó una vela vieja, que colgada á la manera de cortina dividia en dos la barra-

ca, y apareció un marinero ya de edad madura, marido sin duda de la pescadora.

—El señor cura, dijo, no puede levantarse, se le va la cabeza; pero quiere ver á don Gabriel.

El asombro de Gabriel crecia.

¿Quièn era el señor cura que se interesaba por él de tal manera?

Paso al otro lado de la vela.

Allí habia tambien un amontonamiento de enseres de pesca.

En un ángulo entrante se veia un camastro humilde pero ancho y cómodo.

Sin duda el lecho nupcial de los esposos.

Un rayo de sol que penetraba por una pequeña claraboya del techo y que caia á los pies de la cama, iluminaba de una manera caliente aquel espacio, dejando ver en el liston azulado que su proyeccion determinaba sobre la sombra, luminosos átomos dorados que subian y bajaban.

XLV.

—¡Oh, hijo mio! esclamó don Casto al ver á Gabriel, tendiéndole los brazos.

Gabriel le miró con ansiedad, dejando ver lo que le conmovia el vivo interés que por él manifestaba don Casto.

Sonrió con el alma dilatada y dijo:

—¡Pero yo no conozco á usted, señor!

—¡Que no me conoces! esclamó don Casto ¡y has vivido cerca de un año conmigo en mi casa, á nuestro lado!

—¿Cerca de un año? esclamó Gabriel.

—Yo ruego á ustedes que nos dejen solos, dijo don Casto; tenemos que hablar.

El patron de la barca y el marinero salieron.

XLVI.

Quedaron solos el cura y Gabriel.

Verdad es que la pescadora, cediendo á ese pecado irresistible en la mujer, la curiosidad, miraba y escuchaba por una de las rasgaduras de la vela.

Su hija, sentada á sus pies, atisbaba por otro agujero.

El marinero se habia puesto á seguir en la compostura de una red, y el patron de la barca á activar la reparacion de las averías que habia sufrido aquella y que eran ligeras.

XLVII.

—¡Que yo he vivido cerca de un año en su casa de usted, á su lado! dijo Gabriel.

—Sí, por el mes de noviembre último llegó al pueblo un regimiento de caballería, en el que tú eras teniente.

—¡Ah! ¡sí, sí! ¡me acuerdo perfectamente! dijo Gabriel; era una tarde fria y tempestuosa.

—Sí, fria y tempestuosa, dijo el cura que miraba con una ansiedad creciente á Gabriel.

—Entre la gente del pueblo que habia acudido á ver la tropa, continuó Gabriel, habia una

jóven morena con unas hermosas trenzas negras que le caian sobre el pecho.

—¡Mi hermana Catalina! esclamó con un acento indescribible el cura. ¿Y tú te acuerdas de ella?

—Como si acabara de verla.

—¿Y no te acuerdas de nada mas?

—De nada mas.

—¿Y no me conoces?

—No le he visto á usted hasta ahora.

—¡Ah! esclamó el cura; ¡misterios! ¡la perturbacion cerebral! ¡la congestion cuyas consecuencias han durado hasta ahora!

—¡La congestion! esclamó Gabriel.

XLVIII.

El cura refirió á Gabriel cuanto por él habia pasado.

Una profunda emocion que habia ido en aumento se habia apoderado de Gabriel durante el relato del cura.

Este mismo se habia ido reanimando de tal manera que al acabar su relacion pudo echarse fuera de la cama.

—Dios lo ha hecho, dijo Gabriel.

—Pero tú, ¿cómo te has salvado tú? dijo el cura, que, como sabia lo enamorada que Catalina estaba de Gabriel, miraba á éste con una espresion en que habia mucho del amor de Catalina.

—Yo no lo sé, respondió Gabriel; lo que sé es que á cada momento recuerdo con mas fuerza á... esa señora.

—¡Esa señora! ¡esa señora! esclamó el cura; yo no puedo mentir... esa señora... te ama...

—Y yo... yo la siento en mi alma, esclamó Gabriel.

—Esto es prodigioso, esclamó el cura; y bien... esto es la incomprensible voluntad de Dios.

—Cuando yo la ví, esclamó Gabriel, sentí lo que no habia sentido jamás; yo no sé... yo no sé... pero me parecia que se llevaba mi alma... y luego...

—Pero ¿es posible, señor, esclamó el cura, que al conocerse un hombre y una mujer sobrevenga un tal y tan grave accidente? ¿qué es el alma, poderoso señor Dios mio?

—Yo sentí algo que no me puedo esplicar cuando la ví; ella me miraba... yo no sé... como si me hubiera esperado con ánsia... habia en sus ojos... yo no sé lo que habia en sus ojos... pero lo recuerdo como si acabara de verlo, como si lo viera aun.

—¡Predestinaciones! esclamó el cura: el Señor ha hecho que el hombre sea el alma de la mujer y la mujer el alma del hombre.

Y gimió, y sus ojos se llenaron de lágrimas.

El dolor que sentia por Pepa se habia recrudecido.

Sintió sobre su pecho como si el escapulario le hubiera dicho en nombre de Pepa: «yo te amo.»

XLIX.

Verdaderamente, la hermosura y el atractivo de Catalina eran estraordinarios.

¿Pero podia, sin exageracion, suponerse que por un efecto de estraordinaria simpatía, de atraccion irresistible, al sentir la poderosa influencia de Catalina se hubiese congestionado Gabriel?

El cura era idealista, espiritualista, de una manera soñadora; tenia alma de poeta, aunque nunca habia hecho versos ni aun pensado en hacerlos, pero lo fantaseaba todo, lo veia todo á traves de su idiosincrasia fantástica, y lo maravilloso, cuanto mas fuera estuviera del órden natural, le seducia mas, le arrastraba mas, con mas fe creia en ello.

Vivía soñando.

Se afirmó mas en la creencia de que entre su hermana y Gabriel habia una predestinacion, algo misterioso é incontrastable.

Y en verdad que supuesto lo infinito del sentimiento puede suponerse todo.

Estaban, pues, frente á frente dos locos, ó.... ¿quién sabe?

El espíritu humano, asi como la relacion que existe entre él y la materia, que él anima, son perfectamente desconocidos.

En vano lucha la filosofía por resolver el problema del sér.

El sér es el misterio de los misterios.

L.

Una insoportable impaciencia devoraba á los dos.

Al cura, por llevar una inmensa alegria á Catalina.

A Gabriel, por volver á ver á Catalina.

Entrambos se habian rehecho completamente.

Se sentian llenos de vida.

Nunca habian tenido mejor salud.

Se pusieron inmediatamente en camino.

Pero por tierra.

El cura, á pesar de las seguridades que le daba el patron, que ya habia reparado las averías de su barca, no quiso entregar de nuevo á la mar su tesoro.

Porque Gabriel, por el amor que Catalina le tenia, estimaba como un tesoro á Gabriel.

LI.

El pescador, dueño de la barraca en que se habia acogido y cuidado á don Casto, los guió por tierra, por caminos deliciosos que se torcian entre ricas heredades por los declives de la costa, teniendo constantemente la magnificencia solemne del oceano á la izquierda.

La brisa templaba el calor.

Al medio dia llegaron á Laredo.

Recompensó, no como quiso sino como pudo, don Casto al pescador, que se volvió muy contento, y aquella misma tarde, tal era la impaciencia de los dos, partieron para el pueblo del cura, al que llegaron tres dias despues.

LII.

Dada la situacion que se esplica por sí misma, ¿á qué palabras inútiles para espresarla?

Un mes despues se hicieron las bodas.

Parecia que la felicidad suprema habia bajado de los cielos y habia llenado la casa del cura.

El mismo don Casto se habia consolado de sus desgraciados amores, sintiendo el reflejo de la felicidad de su hermana.

LIII.

Ni aun el pensamiento habia tenido Gabriel de pedir la vuelta al servicio, alegando su completo restablecimiento.

Su universo estaba allí en aquella pequeña aldea.

Con lo poco que el cura tenia les bastaba.

¿Pero qué felicidad hay durable en la tierra?

La fatalidad acecha perpetuamente al hombre.

Por lo mismo que el cura, con toda la energía de su caridad defendia á los pobres, tenia, como ya hemos dicho, por enemigos irreconciliables á los caciques que de la esplotacion de los pobres vivian.

Era insoportable don Casto cuando desde el púlpito anatematizaba con testos del Evangelio la soberbia y la usura.

Sobre todo cuando decia aquello de:

«*Es mas fácil que un camello pase por el ojo de una aguja, que el que un rico se salve.*»

Habia, pues, una animosidad mortal contra el candoroso don Casto, que cometia la imprudencia de meterse á redentor.

Y lo mas estraño era que los pobres no se lo agradecian, porque el cura, irritando á los ricos, los hacia mas y mas insoportables.

Cuando necesitaban dinero para su mezquina labranza, los logreros les decian:

—Id al señor cura á que os socorra: sembrad sus buenas palabras, y ya vereis que buena cosecha cogeis.

Asi es el mundo.

Los hechos desmienten casi siempre las teorías.

LIV.

Adoleció una vieja ricachona y llamó al cura.

Le manifestó que aborrecia á unos parientes pobres que tenia porque siempre habian hablado mal de ella; que no queria dejarles sus bienes, y que habia pensado dejárselos á él.

En vano pretendió hacerla comprender don Casto que si queria salvarse debia perdonar á sus enemigos, dado el caso de que lo fueran, y que debia obrar en justicia, dejando sus bienes á sus parientes inmediatos.

La moribunda se obstinó, y dijo á don Casto que si no aceptaba la herencia, dejaria todos sus bienes para fundar una capellanía en que perpétuamente, por la renta que la dejase, se hicieran sufragios por su alma.

Viendo don Casto que no habia medio de persuadir á aquella mujer, aceptó la herencia y se otorgó el testamento en su favor.

Inmediatamente don Casto otorgó una donacion inter-vivos á los parientes de la difunta, para que entre ellos se repartiese su caudal por partes iguales.

Don Casto por su intencion absolvió á la moribunda y se quedó tranquilo.

Habia cumplido con su deber, y de una manera tanto mas meritoria cuanto que la herencia era considerable.

Ahora bien, el escribano que habia librado los documentos aborrecia á don Casto, porque enamorado de Catalina, ésta no le habia atendido.

Cuando Catalina se casó con Gabriel, se emponzoñó mas y mas el alma del escribano, y la idea del crímen empezó á germinar en su alma.

Los celos le devoraban.

La felicidad de que daban muestras los dos esposos se le hacia insoportable.

Temiendo comprometerse buscaba un medio indirecto.

El testamento de la ricachona se lo procuró.

Habló de él á los parientes de la finada, pero no les dijo que el cura los habia favorecido anulando aquel testamento por una donacion intervivos á favor de ellos.

Los irritó.

Los puso fuera de sí, y aun les indicó insidiosamente que si el cura moria antes de que se abriese el testamento, éste vendria á ser nulo y la herencia iria á ellos.

No fue necesario mas.

Un dia, antes de que el testamento se abriese, al volver por la noche el cura con Gabriel y Catalina de la casa del médico á donde iban de tertulia, cuatro de los parientes de la finada armados de escopetas, los esperaron en una encrucijada lóbrega, y al pasar dispararon simultáneamente sobre ellos.

Gabriel, herido en la cabeza, cayó muerto en el acto.

Don Casto fué gravemente herido en el pecho.

Catalina, que estaba en dias de *salir de su cuidado*, á causa de la horrible emocion que sintió, dió á luz á Anacleta.

Así, en estas horribles circunstancias, vino al mundo la heroina de nuestro relato.

LV.

Asombrados de su mismo delito huyeron los asesinos.

Al dia siguiente se abrió el testamento, en que la finada instituia á don Casto su heredero universal; pero se abrió tambien la donacion intervivos que de aquella hacienda, sin retirar de ella la menor parte, hacia don Casto á aquellos mismos que creyéndose robados por él, le habian acometido, asesinando á su cuñado, y dejándole á él mismo gravemente herido, y dando causa al alumbramiento prematuro de Catalina.

Esto conmovió á todo el mundo, aun á aquellos que aborrecian á don Casto.

Hubo un momento de horror y de indignacion en que todos los del pueblo se pusieron en persecucion de los asesinos y los prendieron.

En la pacífica provincia de Soria aquel horrible hecho dió escándalo.

La justicia se apasionó, si así puede decirse, y resplandeció en un breve espacio.

A los seis meses recayó sentencia ejecutoria.

Los cuatro culpables fueron sentenciados á muerte, con la circunstancia de que la ejecucion

se llevase á cabo en el mismo lugar donde habia sido cometido el crímen.

Además, habiendo sido plenamente probado que la instigacion al crímen hacia responsable ante las leyes al escribano, fue sentenciado á la pena de argolla con la inmediata de cadena perpétua.

Otro sí, siendo injusto, inconcebible y absurdo, que los herederos de los asesinos disfrutasen la donacion intervivos del agresionado, en cuya familia se habia hecho una víctima, fue anulado el testamento y restablecido don Casto en el derecho de herencia de la difunta.

Entonces se reveló mas por completo y de una manera mas grandiosa don Casto.

Cuando conoció la sentencia, dijo:

—Ellos han colmado la amargura de mi vida; ellos, asesinando á mi pobre Gabriel, han matado á Catalina, que no le sobrevivirá mucho: no importa: yo los perdono, tanto por mí como por mi hermana, y deseo que este perdon sirva para que les conmuten la pena.

En cuanto á la anulacion de su donacion, dijo:

—Yo no quiero una herencia de sangre: me ahogaria: yo cumplí con mi deber: puesto que puedo disponer de esos bienes, yo los traspaso á los hijos de esos desventurados, de quienes Dios tenga piedad: ellos, los tristes, no tienen parte alguna en el crímen de sus padres.

Y libró la donacion en favor de los hijos de los sentenciados.

Esto acabó de convertir á todo el mundo.

Canonizaron por sentimiento al cura y le llamaron santo.

Se pusieron poco menos que de rodillas ante él para que no renunciase el curato.

Para que no abandonase el pueblo.

Pero el recurso de gracia habia sido negado.

La ejecucion debia tener lugar muy pronto.

Don Casto declaró que no estaria allí el dia de la ejecucion, y que no volveria despues.

Le compraron su haciendilla en mas de lo que valia, conmovidos hasta los mas duros.

LVI.

El dia antes de la llegada al pueblo de los reos para ser puestos en capilla, salió para Madrid con su hermana, su sobrina y una antigua criada don Casto.

La poblacion en masa le fué acompañando hasta cierta distancia.

Allí el cura los abrazó, los bendijo, se separó llorando de ellos, y con el corazon desgarrado siguió su camino.

LVII

Una vez llegado á Madrid y á una destartalada posada de la Cava Baja, fue necesario que el cura se ocupase en establecerse de la manera mas económica posible.

El no habia curado completamente, se sentia muy débil; y en cuanto á Catalina no era ni su sombra.

El dolor la consumia.

La tísis habia comenzado.

Se resentia ademas de la cabeza, sin que pudiese decirse que estaba loca.

En cuanto á Anacleta se criaba robusta y hermosísima.

—Aliéntate por esta pobre niña, Catalina, le decia don Casto: ¿qué le hemos de hacer? Es necesario resignarse con la voluntad de Dios.

—Sí, sí, decia tristemente Catalina, yo estoy resignada: yo viviré.

Encontró al fin casa don Casto: la misma de la calle de San Bernabé en el barrio de la puerta de Toledo en que le hemos presentado á nuestros lectores.

Allí se encerró con su pobre familia.

Todo lo que habia sacado de su hacienda no llegaba á treinta mil reales.

LVIII.

Y su hermana estaba enferma.

La consumia la tristeza.

La tísis se determinaba mas y mas.

Fue de todo punto necesaria una ama de cria para Anacleta, tanto por ella como por su madre.

Era tambien de todo punto indispensable poner en cura á Catalina.

Los médicos son un cáncer ayudado por la botica.

Se necesitaban ademas alimentos sanos y sustanciosos.

El gasto tal vez mas pesado para los pobres es el alquiler de la casa.

Don Casto no habia encontrado nada que le conviniese.

Estaba entre tanto en la posada de la Cava Baja de San Miguel, en donde por la manutencion, que no era gran cosa, y por dos cuartos destartalados é incómodos, le llevaban un ojo de la cara, como él decia.

Y que él tambien necesitaba médico.

Habia quedado muy delicado de su herida.

Ademas tenia el alma sumida en un profundo desconsuelo y en un insoportable horror.

Su sueño, que á causa de su debilidad era penoso, se llenaba de espectros.

Veia á su cuñado, á quien tanto habia amado, ensangrentado, lívido, anhelante.

Tras él los asesinos engarrotados.

Esto, combinándose en insistentes imágenes espantosas, en grupos horribles, con todo el lujo de lo monstruoso que abortaba su fiebre.

Y envuelto con todo aquello, se representaba á Catalina, á la que amaba con una ternura infinita, con las entrañas abiertas, enlanguideciendo, enflaqueciendo, agonizando, y su niña Anacleta perdida entre brumas de una vaguedad amenazadora, como si aquella manera de ver en sus sueños á su sobrina hubiera sido un augurio sombrío de las desgracias que en la vida la esperaban.

LIX.

Don Casto, ya lo hemos dicho, era idealista, y tanto, con una tal riqueza de imaginacion, con una tal exacerbacion del sentimiento, que era

muy estraño que no hiciese versos, y versos admirables.

Pero así han pasado muchos grandes poetas, desconocidos aun de sí mismos.

Las entrañas de la tierra guardan ricos criaderos de oro, mientras que la mica remeda al oro, reluciendo por todas partes en la superficie.

Todo lo que en don Casto tenia un inmenso valor, estaba oculto bajo su simplicidad y su modestia.

Era de aquellos mansos, de aquellos tristes, de aquellos pobres de espíritu á los que la Escritura llama bienaventurados, y les promete el reino de los cielos porque es de lágrimas su patrimonio en la tierra.

LX.

El cura de San Andres era un hombre de muchas letras, de mucha esperiencia y de un gran sentido práctico.

Era desgraciado como todos los hombres de grande espíritu, que no pudiendo satisfacer las vehementes aspiraciones de su alma, se resignan á tomar el mundo tal cual es, sufriendo con valor las contrariedades, manteniendo, á pesar de todo, sin mancha su conciencia y cumpliendo rígidamente con su deber.

Habia muchos puntos de contacto entre él y don Casto.

Por consecuencia, como las almas semejantes, por un misterio que no se esplicará nunca, se conocen, se sienten, se atraen, desde el momento en

que don Francisco vió á don Casto se le hizo simpático.

Adivinó en él un gran infortunio, un gran corazon y una inmensa pobreza; una pobreza de cuantas maneras la pobreza pueda concebirse, teniendo por contrapeso un tesoro de valor, de resignacion para el sufrimiento y de virtud.

LXI.

Don Casto se le presentó en la sacristía acobardado, achicado, encogido, con la mirada ansiosa, como quien necesita ganar eso que se llama dinero, y que debia llamarse fundamento de la vida.

—Señor cura, le dijo don Casto; grandes desgracias me han traido á Madrid, donde no conozco á nadie, y vengo con mis escasos merecimientos á ponerme bajo la proteccion de usted.

—No hablemos de proteccion, dijo dulcemente don Francisco, que ya habia adivinado á don Casto. Ayudar á sus semejantes es un deber ineludible de todo hombre. ¿Ha celebrado usted hoy?

—No señor.

—Tenemos una misa de veinte reales de que disponer.

—Muchas gracias, señor cura.

—Esta tarde hay entierro: pero bien, ya hablaremos de eso: despues de que ya haya usted celebrado almorzará conmigo.

—¡Señor cura!...

—Nada, nada; quiero oirle á usted para ver lo que se puede hacer por usted.

LXII.

Celebró don Casto, y luego, habiendo encontrado á don Francisco en la sacristía, le dijo:

—Ya son mas de las doce, y en mi casa estarán con cuidado sino vuelvo... tengo una hermana, á la que amo tiernamente, muy enferma.

—Irá á avisar un acólito, dijo el bueno de don Francisco.

—¡Cuánta bondad, señor cura! esclamó don Casto.

Y se sintió grandemente consolado.

Le pareció que ya no estaba solo en el mundo.

Que Dios le protegia por medio de un tan digno compañero, y que podia mirar ya sin tanto terror á la fortuna.

LXIII.

Subidos á casa del cura, don Casto se encontró con que éste tenia consigo á su madre anciana y dos hermanas muy bellas, muy modestas, y segun todas las apariencias muy virtuosas.

Durante el almuerzo, que fue escelente, porque el alimentarse bien no es en manera alguna un pecado, don Casto contó brevemente su historia, pero con un sentimiento y una sencillez conmovedora.

Hizo llorar á sus oyentes, y resultó, que despues del almuerzo, el cura, su madre y sus dos hermanas se fueron con don Casto á visitar á Catalina.

—Pero ustedes no están aquí bien, dijo doña Ana, que así se llamaba la madre de don Francisco; esto debe ser muy caro y muy malo.

—No he encontrado casa que me convenga, señora, dijo don Casto; no hay habitaciones decentes y baratas.

—Yo tengo casa para usted, dijo doña Ana, que ni á pedir de boca, y en cuanto á barata, yo aseguro desde ahora que será baratísima.

—¿Cuál, madre? dijo don Francisco.

—La de la madre Anunciacion, dijo doña Ana; y añadió volviéndose á don Casto: una religiosa anciana de la Concepcion Gerónima que es muy rica... y muy caritativa.

Se afirmó mas y mas don Casto en que despues de sus desgracias el cielo se habia abierto para él y para su familia.

Lo tuvo esto como un buen presagio.

Esperó ardientemente que Catalina se restableceria.

Que el tiempo, que es un bálsamo poderoso, sino curaba la herida de su corazon, la consolaria.

Alentó don Casto y casi casi se sintió á flote sobre su desgracia.

LXIV.

Al dia siguiente fueron todos á ver á la madre Anunciacion, inclusas la nodriza con la niña y Verónica.

La monja estaba ya informada por doña Ana.

Recibió ardiéntemente á aquella pobre familia.

—Para que la casa produjera algo mas, dijo la madre Anunciacion, se ha hecho en ella obra: segun me ha dicho el arquitecto se ha quedado como una tacita de plata; se ha arreglado el jardinito; creo que allí estarán ustedes muy bien.

—Pero señora, dijo don Casto que se habia puesto pálido; yo soy muy pobre, tal vez no pueda...

—¡Oh, mi buen Dios! dijo la madre Anunciacion; el alquiler no le pesará á usted, porque yo doy á usted esa casa de valde mientras usted viva, señor cura, ó mientras viva su hermana.

Don Casto se puso de pie como levantado por una fuerza suprema.

Estendió los brázos y por un movimiento espontáneo y con la conciencia de su alto ministerio, bendijo á la madre Anunciacion: luego por otro movimiento espontáneo se arrojó de rodillas junto á la reja del locutorio.

—¡Oh! ¡por Dios! esclamó la madre Anunciacion.

Don Francisco levantó á don Casto.

—Nada tiene esto de particular, dijo la madre Anunciacion; yo empleo mis rentas en mis hermanos del corazon, y usted desde que mi buena amiga doña Ana me ha contado sus desgracias, lo es, así como su interesante hermana. Ademas de esto, yo tenia cedido el alquiler de esa casa á don Francisco para que lo emplese en los pobres de su parroquia. ¿Qué mas pobres que ustedes, ni quiénes mas merecedores? No hablemos mas de esto.

LXV.

Don Casto se sentia mas y mas consolado, y mas y mas se fortalecia en su esperanza de que Dios, satisfecho ya de las pruebas á que le habia sometido, levantase de sobre él la mano.

Solo Catalina permanecia abatida.

Para ella no habia ya ni consuelo ni esperanza.

Gabriel tiraba de ella y ella no oponia resistencia.

LXVI.

Así fueron á la casita independiente y de un solo piso de la calle de San Bernabé, don Casto y su familia.

Despues de la puerta esterior se encontraba un pequeño recibimiento que tenia á su izquierda una puerta por la que se entraba en una sala muy capaz.

Al fondo del recibimiento habia dos puertas: una que daba á la cocina, y otra de cristales, por la que se pasaba á un pequeño jardinito.

En la sala habia una grande alcoba y una puerta que daba al comedor que recibia las luces del jardin por dos rejas entre las cuales habia una chimenea.

Correspondian al comedor dos pequeñas alcobas, y en la cocina habia, ademas de la despensa, un dormitorio que parecia servir para una criada.

En un ángulo del jardin habia una puertecilla por la que se entraba á un pequeño corral en que habia un lavadero y un sotechado cerrado que tanto podia servir para gallinero como para leñera.

Las paredes y los techos estaban muy blancos, entarimados los suelos, y podia decirse en fin que para don Casto aqnello era un pequeño palacio.

LXVII.

Don Casto amuebló y esteró muy humildemente la casa, cuidando sin embargo de que las camas, ya que no fuesen ricas fuesen cómodas, en lo cual así y todo se le fue un buen pedazo de su último peculio.

Acomodó en la alcoba grande de la sala, que era muy abrigada, á Catalina con la nodriza y la niña; en el dormitorio de la cocina á Verónica, y él se acomodó en una de las alcobas del comedor, haciendo de la otra, que tenia una ventana al jardin, un pequeño despacho.

Compró una docena de gallinas y un gallo para tener huevos frescos y pollos baratos, y para que su hermana se distrajera, y proveyó la despensa por junto para realizar economías.

Y se menguaba el dinero.

Pero en cambio y durante un año no habia que ir á la plaza sino por carne, pescado, pan, legumbres y frutas.

Para esto debia bastar lo que don Casto ganase en su oficio, como él decia.

En efecto, don Casto protegido por don Fran-

cisco le sacaba *al oficio* cinco ó seis pesetillas diarias.

¡Sino hubiera sido necesario pagar constantemente el médico y la botica!

¡Y los médicos que se dejan caer á plomo no solo por los honorarios, sino tambien por su alianza con el farmacéutico!

Las misas y los *gori-gori* de don Casto no bastaban para la botica, para el médico y para las burras de leche.

Habia que sacar del capital, que disminuia de una manera aterradora.

LXVIII.

Don Casto volvió á sus malas noches, á sus malos sueños, á las visiones de su fiebre.

Catalina empeoraba de dia en dia.

No habia quien la sacara de su postracion de cuerpo y alma.

En vano eran las solicitudes de su hermano, en vano los cuidados de la nodriza y de Verónica, que eran dos buenas mujeres, en vano el tierno afecto con que la trataban y procuraban distraerla doña Ana y sus dos hijas Clara y Juanita.

La tísis seguia su marcha inalterable.

Crecian los gastos y menguaban las esperanzas.

Cuando sonreia para sus amigos era de una manera forzada y con un gran sufrimiento.

Cuando tomaba á Anacleta, que se criaba hermosísima, en sus débiles brazos, cuando la be-

saba de una manera ardiente y suspirante, no sonreia, lloraba.

La miraba con ánsia como si hubiera tenido la certidumbre de que muy pronto iba á separarse de ella.

LXIX

Un dia Catalina dijo á don Casto.

—Despide al médico: me causa ya horror al verle; yo no estoy enferma; no mas que débil; ¡si yo tuviera ganas de comer! lo que hace el médico con sus jaropes es ponerme peor. Despídelo.

Negóse don Casto como es de suponer.

Pero Catalina se libró del médico ofendiendo su amor propio.

—Usted no sabe lo que yo tengo, le dijo, y usted abusa de mí dándome cosas que me ponen á morir.

El médico se atufó y se fué.

—Si llamas á otro, le dijo Catalina, haré lo mismo. Ya verás como cuando no venga el médico me pongo mejor.

—Tú lo haces porque no se gaste, dijo desesperado don Casto.

—Oye hermano, le dijo Catalina: el mal que yo tengo está en el alma, y esos males no los cura nadie mas que Dios. Yo ruego á Dios, no por mí, sino porque esa pobrecita niña no se quede sin madre, y por tí tambien Casto mio, y Dios me oirá; sí, Dios me oirá.

—Y tiene usted razon, dijo don Francisco,

que con su familia estaba como la mayor parte de las noches de tertulia en casa de don Casto, y veia que la dolencia de Catalina era incurable: su mal es del alma y solo Dios puede curar esos males: yo por lo tanto ruego siempre á Dios por ella en el santo sacrificio; Dios querrá.

—Usted es muy bueno, señor cura, dijo Catalina; ¿cómo podremos pagar á usted tanta caridad?

—Echando valor, sobreponiéndose á todo, yudando á Dios.

Don Francisco salió muy triste con su familia.

—Esto es inevitable, dijo á su hermana; pronto, muy pronto, al caer la hoja.

Y se rebozó en su capa.

Ya empezaba á hacer frio por las noches.

En efecto, quince dias despues, besando á su hija, llorando sobre su semblante, Catalina se quedó como dormida.

Dormida, sí; pero era aquel el sueño eterno.

Habia vivido año y medio mas que Gabriel.

LXX.

De resultas de esta nueva desgracia acometieron á don Casto unas calenturas perniciosas de las que estuvo si se va si se viene.

Don Francisco y su familia no le dejaron y aminoraron, en union de la madre Anunciacion, los gastos de su enfermedad, que fue larga, como si se hubiera tratado de un hermano.

Una vez restablecido don Casto, nadie le oyó quejarse.

Habia soportado aquella última y horrenda desgracia como las anteriores.

Con lo supremo de la resignacion.

—Esta es la ley, decia, y revelarse contra la ley inevitable, es la locura de las locuras. Dios sabe lo que hace. Ellos están mejor que nosotros. Han ido puros á la presencia de Dios; ¡pero esa niña! ¡esa niña!

Se notó que don Casto habia condensado todo el amor de su alma en Anacleta.

Era muy graciosa; habia ya dejado el pecho y tenia muy buena salud.

Empezaba á hablar.

No necesitaba ya nodriza.

Don Casto hubiera conservado siempre á la Antoñeta.

Pero no podia.

La envió al fin con su marido, abonándole sus salarios que á cuatro duros por mes dejaron los últimos restos del capitalejo reducidos á la menor espresion.

Pero en cambio se habian reducido estraordinariamente los gastos.

Don Casto era sóbrio; lo era tambien Verónica, que rayaba ya en los treinta y cinco años, y que habia dicho á un novio formal que tenia, que si no hubiera sido formal no le hubiera tenido (era aun fresca y buena moza), que sus relaciones habian terminado.

—Y ¿por qué? dijo el buen hombre.

—Porque la niña se ha quedado huérfana, yo quiero ser su madre y no me caso.

—Yo la miraré como si fuera mi hija.

—No; le quiero á usted bien, pero quiero mas á la difunta y á su hija.

Tal era Verónica.

De la escuela de don Casto.

Se sacrificó por la hija de su señorita.

La habia visto nacer como á Anacleta.

LXXI.

No pararon aquí las desgracias de don Casto.

Murió de repente y *abintestato* de una apoplegía la madre Anunciacion.

Los herederos quisieron cobrar el alquiler de la casa de don Casto.

Hubo un pleito que molestó á don Casto estraordinariamente.

Pero habia un instrumento público que favorecia á don Casto, y despues de tres años largos ganó el pleito.

Hubiera podido demandar daños y perjuicios.

Pero no los demandó.

Murió el cura de San Andrés, y le faltó un protector ardiente.

Su madre y sus hermanas por vivir de una manera mas económica se fueron á su pueblo.

La soledad rodeó á don Casto.

Se vió obligado á buscar poco menos que mendigando de iglesia en iglesia, la misa, el sermon, el entierro, la funcion.

Empezó la agonía de todos los dias por el dia siguiente.

Esa agonía que no puede comprender quien no haya pasado por ella.

En cuanto á él, nada le importaba nada.

Para él no habia miseria posible.

¡Pero Anacleta que era delicada y voluntariosa en fuerza de mimada!

¡Verónica, que era una buena mujer, que todo lo habia sacrificado por su amor!

Estas dos criaturas eran la miseria de don Casto.

El decia:

—La miseria es una enfermedad como otra cualquiera: yo no soy pobre; es que estoy enfermo de pobreza.

Perpétuamente le acometia el desaliento, y perpétuamente tambien, su incontrastable fuerza de voluntad le sostenia.

—Yo no sé si es un pecado, decia algunas veces, el ódio á la vida, el deseo de la muerte como un eterno descanso. Yo no sé si esta hambre de dejar de ser en este bajo mundo es una cobardía y una rebeldía contra Dios. Pero yo no tengo fuerzas bastantes para arrojar de mí esta ansiedad, este sufrimiento que me hace insoportable la vida. ¡Esa niña! ¡mi Anacleta! Ella me necesita, y sin embargo, el cansancio me mata, mis fuerzas se agotan, mi resignacion es impotente. ¡Oh, Dios mio, yo quiero y no puedo! ¡Fortaléceme!

LXXII.

Era frecuente que don Casto soportase terrores horribles.

Mal alimentado bajo la implacable accion de la miseria, perdido el estómago, empobrecida la sangre, irritado, exacerbado el sentimiento, anémico, hipocondriaco, con la conciencia de la injusticia de su desgracia, hambriento de espansiones, desheredado de una manera absoluta, víctima pura é inocente, como la blanca ternera que se inmolaba á Jehovah, don Casto era la miseria de las miserias, la virtud de las virtudes: un idilio de sentimiento que pasaba desconocido bajo su sotana raida, bajo un grasiento sombrero de teja, que no puede ser limpio el que es pobre, bajo su manto gastado por el uso, que no podia defenderle de los agudos cierzos de Madrid: con la vaguedad en la cabeza, con las escitaciones y con las esplosiones nerviosas, con la ansiedad fria por la pérdida absoluta de la esperanza, por el combate contínuo de un infortunio superior á las fuerzas humanas. ¿Cuántas veces entre el solemne silencio de la noche, sumergido en las tinieblas, ráfagas de fuego iluminaron sus ojos, vértigos densos deprimieron su sentimiento, y el espectro pavoroso de la muerte se dejó ver de él con todo su horror, trayendo consigo un semi-aplanamiento, mucho mas terrible que el aplanamiento absoluto que causa la muerte!

La fé salvaba siempre á don Casto.

Se engrandecia en el sentimiento de Dios y resistia.

LXXIII.

En medio de esto don Casto gozaba algunos momentos de placer inefable.

Cuando tenia sobre sus rodillas á Anacleta, que le sonreia como un ángel, que le llamaba con acento inseguro papá, que le rodeaba el cuello con sus bracitos y le besaba haciéndole aspirar una ambrosía de vida, un amor espontáneo, intuitivo, desinteresado, purísimo, don Casto se confortaba, don Casto se erguía, se sentia fuerte, se engrandecia, y continuaba su lucha.

¡Y con qué afan el pobre aguantaba sus ganas de fumar (este era el único vicio que tenia) y economizaba sus sutiles cigarrillos para ahorrar de ochavo en ochavo algunos cuartos para comprar una muñequita muy barata á Anacleta! ¡Y cómo hacer apreciar la impaciencia de aquel purísimo sacerdote de alma de niño, cuando volvia á su casa armado de un juguete para su sobrina!

Como estos escesos del cura no eran frecuentes, no puede ponderarse la alegría de Anacleta cuando cogia la muñeca, el polichinela ó el Juan de las Viñas, ó el cochecito, ó el carro de limpieza con su campanilla, su escoba y su pala, ¡y don Casto, tan niño como su sobrina, soltando lágrimas tras lágrimas de sus ojos entristecidos!

La poesía es de derecho divino, de orígen natural y tanto mas poderosa cuanto es mas sencilla y tanto mas conmovedora cuanto mas dulce é inapreciable su sentimiento.

LXXIV.

Dicho se está, que no solo este afecto solitario y apasionado por ella habia hecho voluntariosa

á Anacleta, sino que el mismo cura se habia contaminado de esta voluntariedad.

Se le hacian insoportables las privaciones de aquel pequeño sér.

Cuando veia niños bien puestos sufria.

Cuando veia el aparador de una confitería, sentia una amargura indecible.

Cuando veia una profusa muestra de juguetes, se le ponia un nudo en la garganta.

No parecia sino que Anacleta con sus deseos infantiles estaba infundida en él.

Y cuando celebraba, ¡con qué ánsia sublime, infinita ofrecia, á Dios las almas de los séres queridos que habia perdido y la vida y el porvenir de Anacleta!

LXXV.

Corrió el tiempo.

Anacleta creció.

Se desarrolló hermosísima y al mismo tiempo inteligente de una manera estraordinaria.

Don Casto no habia querido enviarla al colegio.

Temia que la castigasen.

Temia ademas que la contaminasen las otras muchachas.

Además de esto habia una razon de economía.

Don Casto fue el maestro de su sobrina.

Pero fue parco en la enseñanza.

Leer, escribir, contar.

Hé aquí todo.

Por lo menos, religion mucha religion.

Moral, mucha moral.

Los mejores sermones que pronunció don Casto, fueron las lecciones de religion y de moral que diariamente improvisaba para Anacleta.

En cuanto á esa educacion particular de la mujer, las labores, el arreglo de una casa, Verónica fue la maestra.

La buena mujer habia comprado á plazos una máquina de coser, y habia aprendido el oficio de guarnecedora.

La daban dos reales por cada par de botitas de mujer que guarnecia, y muchos dias, lo que traia el *pan nuestro* no era lo que habia ganado don Casto, sino lo que habia ganado Verónica.

Ella hacia milagros para que la niña estuviera bien puesta, ella sufria sus voluntariedades y sus emperamientos con una paciencia de ángel, la dormia en sus brazos aun cuando ya era crecida, la sacaba á paseo y á la iglesia, estaba en una palabra, consagrada á ella y al señor cura, como ella decia.

LXXVI.

Con este amor, con este ejemplo de modestia, de virtud, de laboriosidad; con la absoluta exencion de todo mal ejemplo, se fue labrando en Anacleta un alma de sentimiento recto y puro, pero tambien á la par una impresionabilidad extraordinaria y esencialmente soñadora.

Esto habia dado un estilo, un espíritu á su sér físico; á los quince años, la belleza de Anacleta tenia un *yo no sé qué* intangible, inespli-

ble un *quid divinum* que venia á ser una transfiguracion de la materia en el alma.

Se habia instruido mas que lo que el cura habia querido se instruyese.

El cura no tenia libros.

Los que habia tenido los habia vendido para vivir.

No conservaba mas que el Breviario y la Biblia.

Lo que no podia vender, como un militar no puede vender su espada.

Anacleta, que era reflexiva, en las largas veladas de invierno, se apoderaba del Breviario; y preguntando al cura y despues por induccion, por intuicion, por analogía, acabó por saber latin de una manera práctica, y asombrando al cura, que no podia comprender aquel prodigio.

Al mismo tiempo Anacleta se anegaba en la Biblia.

Sus preguntas acerca de los misterios del libro de los libros ponian muchas veces en apuro á don Casto.

Ocurríasele que podia ser peligrosa la Biblia en las manos de una niña.

Pero se decia:

—¿Cómo puede ser peligroso para nádie el libro de Dios?

Pero á veces sudaba el cura cuando Anacleta le preguntaba:

—Tio: ¿por qué la viuda Ruth se vistió sus mejores galas y se lavó los pies para ir á echarse á los pies de Booz cuando dormia en su campo?

Don Casto buscaba una evasiva.

Otras veces don Casto se espantaba.

—Tio: ¿por qué Jehová hablaba con los profetas? Yo quisiera ser profeta para que hablara conmigo Jehová. ¿Eres tú profeta, tio? ¿Sabes cómo es la voz de Jehová?

Sudaba y trasudaba don Casto y salia con otra evasiva.

—Niña, niña, la dijo un dia; esas son cosas que tú no puedes comprender.

—¿Y por qué no? dijo con viveza Anacleta: ¿si nó pueden comprenderse las Santas Escrituras, para qué sirven?

Y don Casto se aturdia mas y mas y no se atrevia á prohibir la lectura de la Biblia á su sobrina.

Otro dia, Anacleta le dijo:

—¡Sabes tú que Samuel era un profeta de padre y muy señor mio! ¡Si yo creo que Jehová hacia lo que queria Samuel!

El cura se escandalizó.

Se encontró con que Anacleta era sin saberlo racionalista.

No supo qué hacer.

Consagró con toda su alma su sobrina á Dios; se la confió para que Él hiciese lo que él no podia hacer.

LXXVII.

En esto, y cuando Anacleta acababa de cumplir los quince años y era ya una deliciosa mujer hecha y derecha y ayudaba en las tareas de la casa á Verónica y trabajaba como ella, guarneciendo todo lo que podian, cogió un pasmo

á Verónica, que le descuidó: se agravó el malestar, sobrevino la pulmonía y Verónica se fué, haciendo mayores las desgarraduras del corazon de don Casto.

Anacleta se impresionó de tal manera, porque amaba y con razon á Verónica, como si hubiera sido su madre, que adoleció de fiebre y estuvo algunos dias en peligro.

Se restableció al fin.

Cuantas amarguras puede sufrir un sér humano, las habia sufrido don Casto.

Habia llegado hasta el estremo de pedir limosna á los curas párrocos.

Habia sufrido cuanto frio y cuanto aniquilamiento se pueden sentir en el alma.

LXXVIII.

Habia sido necesario traer una asistenta.

Cuando Anacleta se restableció, se encontró con la casa *pingando* como ella decia gráficamente.

Aquella mujer ordinaria, brutal, ladrona, se la hizo de todo punto antipática.

La despidió por sí y ante sí.

Cuando volvió don Casto, se encontró atareada á Anacleta, ocupada poniéndolo todo en órden, escitada aun porque habia tenido una escena violenta con aquella mujer.

LXXIX.

—¿Y qué haremos ahora? dijo aterrado don Casto.

—¡Qué! dijo con resolucion Anacleta, pasarnos sin nadie.

—¡Sin nadie!

—¡Sin nadie! repitió Anacleta creciendo en resolucion.

—¡Pero, hija!

—Yo basto y sobro.

—¿Pero quién te acompañará?

—Yo.

—¿Quién saldrá contigo?

—Yo.

—¡Niña!

—Mira tú: cuando una mujer es mala, ni que la empareden; déjame tú á mí: ¿á qué mantener una boca inútil, y á qué tener un enemigo en casa? ¿Si yo no me guardo, me guardará una advenediza?

—¿Pero quién te habla de guardar ni no guardar? dijo don Casto con los ojos dilatados, con la boca abierta y amarga, con la lengua aislada y seca.

—¡Vah! ¿pues qué no vivo yo en el mundo? respondió con una gran naturalidad Anacleta. ¿Pues qué soy yo sorda, ciega ó imbécil?

—No hablemos, no hablemos mas de esto, esclamó don Casto no sabiendo que decir.

—Sí, no hablemos de lo que es inútil: dijo dulcemente Anacleta; hablemos de lo que importa: mira tú, tiito, tú estas achacosillo: tú quieres y no puedes: tú te matas: quiero cuidar de tí, no es un gran trabajo: la casa es un puño, y la cocina, ya ves tú, desgraciadamente no da mucho que hacer: voy á decirte la division de mi tiempo: como nos acostamos temprano, al amanecer

estoy yo harta de sueño y despierto tan fresca y tan campante: me voy á la gran compra: vuelvo á los cinco minutos: en una hora limpio y arreglo: te despierto á las nueve, que no debes tú madrugar, te vas á tu misa, y á las doce tengo yo el almuerzo dispuesto, y mas aun, guarnecido un par de botitas; me queda tiempo durante el dia para otros dos pares: seis realejos, y con seis realejos, nosotros somos unos señores: y luego lo que tú ganes, papaito mio: mira: no te aflijas tú; bastante afliccion tenemos con acordarnos de la pobre Verónica. ¡Cómo ha de ser! Dios lo ha querido y hay que resignarse con su santa voluntad; vamos, anímate; vamos á estar muy bien; tú verás, tú verás quien soy yo.

Y Anacleta saltando al cuello de su tio y haciéndole vacilar y conteniéndole á un tiempo, le abrazó y le besó en la boca.

—¡Señor, Señor, esclamó llorando don Casto, yo la pongo bajo tu amparo!

Y se dejó caer en su sillon forrado de pieles de cordero.

LXXX.

Desde aquel dia Anacleta regentó la casa.

El cura no echó de menos á Verónica.

Ademas, como con la desaparicion de una persona habia disminuido el gasto, la vida fue mas fácil.

Anacleta se las buscaba para sí, y para su tio.

El maestro para quien trabajaba no sabia, no podia negarla trabajo.

Podia decirse que Anacleta tenia asegurados seis ú ocho reales diarios.

Por otra parte, se iba á visitar á las señoras de la junta de Beneficencia, á las sobrinas y á las amas de los curas párrocos, las llevaba el agua, las encantaba y ella era la que buscaba para su tio lo que hubiera podido llamarse trabajo de iglesia.

Se habia hecho querer de todo el mundo.

Para salir los dias de fiesta nunca le faltaba compañía respetable entre los hembras adjuntas, por decirlo así, por causa de parentesco, al clero parroquial.

Y como era tan hermosa y tenia la sonrisa angélica por lo espiritual, irresistible por lo graciosa, y la mirada chispeante por un no se qué de delicadamente epigramático, y el génio abierto, y la palabra fácil, podia decirse que todos los que la conocian, no solamente la respetaban sino que la adoraban.

LXXXI.

Pero en el instinto de arcángel de Anacleta habia algo de sombra.

La voluntariedad, el capricho, siquiera fuese inocente, y su disculpable vanidad por su hermosura.

Y en el fondo de todo esto un sufrimiento sordo por la humildad, por el afan de su situacion, y mas aun por la de su tio á quien amaba con toda la imponderable fuerza de su alma.

Habia en ella algo inquieto y misterioso que

parecia haberle sido trasmitido por la generacion, que le hacia estraordinariamente insoportable la miseria y el oscurecimiento.

Por la misma razon las gentes vulgares se le hacian antipáticas.

Sin embargo, como si la atmósfera del barrio bajo en que vivia hubiese tenido una influencia incontrastable, habia en Anacleta un completo estilo de manola.

Pero de una manola del primer rango.

Bajo la manola se sentia la señora.

Hemos dicho mal cuando hemos dicho la manola.

Porque la manola no existe ya.

La manola ha pasado á la historia.

Solo se ha salvado su tipo.

Y esto gracias á Goya.

Todos los ángeles de los frescos de San Antonio de la Florida, son majas.

Pues bien, las majas de los barrios bajos de Madrid son las madres de las manolas.

Como las manolas son las madres de las que ahora se llaman chûlas.

LXXXII.

La chula es un tipo precioso.

Encantador sobre todos los encantos.

Se entiende cuando se trata de las chulas de primer órden.

Y por supuesto, tambien tratándose de la chula en su acepcion decente.

En todos los tipos populares hay bueno y malo.

Las majas, fuera de su desgarro, de su manera, fiera y pintoresca de hablar, de su rumbo, de su poder, de su *aquel*, de su carácter acometedor, no eran verdaderamente una maja, sino una mujer hermosa y mujer de dinero, tratanta, casada, hembra de pelo en pecho, chispeante, oportuna, graciosa, y sobre todo, valiente, capaz de andar al moño con la mas pintada y de pintar un jabeque á la mas dura: la maja era, la que tenia todo el mundo por suyo y no se achicaba por nada, con su dialecto particular, con sus costumbres originales, con su aire de taco, su resuello de poder, siempre sacada de pescuezo, y siempre en el pescuezo la gargantilla de perlas de siete vueltas, y los broquelillos de diamantes en las orejas, y las manos cuajadas de cintillos, y las mantillas de precio, y las chupillas de manga ajustada con hombreras y alamares, y la basquiña escurrida de alepin de lo mas rico, con perdigones en el borde para que el escurrimiento fuera mayor, lo que dejaba ver las admirables formas del muslo y de la cadera, y las medias de seda, caladas, y los zapatos de tafilete y tacon alto, y en la cintura el cuernecito de ciervo, engastado en oro, para que no las hiciesen mal de ojo, y el relicario de Nuestra Señora de Atocha, cuando no se habia descubierto aun Nuestra Señora de la Soledad la de la calle de la Paloma, pendiente de la garganta, cayendo entre las dos esferas del pecho, para que las librasen de peligros y malas tentaciones.

Ni se comprende á una maja, que no fuera hermana de la Orden Tercera y de otro sinnúmero de cofradías, ni que no tuviera un confesor

fijo y que éste confesor no fuera padre grande y morrocotudo de Capuchinos de la Paciencia ó de la Penitencia, ó de San Antonio del Prado, ó por lo menos de la observancia de San Francisco el Grande, para que las dirijiese la conciencia y las tuviese en regla y en paz con el marido y con el cortejo, y bien arregladas y al reló, ó al pelo, como se dice hoy.

La maja, era un tipo de una importancia suma en Madrid, de una grande influencia, y de una tal magnitud inesplicable, que para darle á conocer no mas que á medias y no en todas sus manifestaciones, seria necesario llenar un grueso volúmen.

Eran, ya lo hemos dicho en otras ocasiones, las grandes de España de barrio bajo, como las grandes de España del mismo tiempo eran las majas de la córte.

LXXXIII.

La maja pasó á principios de este siglo cuando desaparecieron Goya y don Ramon de la Cruz que las hicieron las heroinas de sus cuadros y de sus sainetes, y cuando cambió en gran manera nuestro modo de ser social y político por los cambios de 1814 y 1823.

La manola heredó á la maja.

Era la misma cosa pero en progreso.

Era el mismo tipo, la misma raza.

Solo que en algun modo se habia aseñorado y habia perdido fanatismos, como las altas damas se habian desenmajado en gran parte, conser-

vando siempre la tendencia brava hácia bravura de las damas de la plazuela de la Cebada y de las Vistillas, Lavapiés y Maravillas.

Los dos adjuntos, inseparables de la maja, esto es, el cortejo y el fraile, habian desaparecido, el fraile de todo punto, y el cortejo, cuando menos, relegado en la sombra.

Por lo demás, continuaban las cualidades características, esto es, el desgarro, la ocurrencia irresistible, la propension á los agarramientos de moño, á los manifiestos sin órgano, á las azotainas, al guitarreo, al cante, al contínuo jaleo, al lujo inmoderado y fanfarron, á lo asombroso, á lo escepcional y á los fueros por todo y para todo, y al trato de todos los negocios habidos y por haber, desde la chalanería á la industria comercial y posaderil.

Estas eran, bien miradas, las hijas legítimas de Madrid con su manolo adjunto.

Esto ha pasado tambien al mediar nuestro siglo.

Pero no ha pasado sin heredera.

La chula, hija de la manola y nieta de la maja, es el último progreso del género.

LXXXIV.

¿Quién no conoce á la chula?

Es la muchacha del pueblo de Madrid.

El *chic* mas seductor, mas caracterísco, mas escepcional de cuantos *chics* pueden imaginarse.

La chula viste con una elegancia especial, que

no está en el trage sino en ella; usa la moda corriente, pero la modifica, la acentúa. Tiene el aire desenfadado, pero no del todo; es ya lo hemos dicho, un progreso, una señorita *sui generis*, de tez delicadada, de belleza aseñorada, graciosa, insinuante, desenfadada, pero sin desvergüenza; es lo incalificable; confesamos nuestra impotencia; no podemos describir á la chula tal como la comprendemos.

Es el sér mas original del mundo.

A su abuela la maja y á su madre la manola les estorbaba lo negro para leer; eran al natural, en crudo, como Dios las habia hecho.

La chula es otra cosa.

La chula está educada.

Se la ha criado con mimo.

Se la ha enviado desde pequeñita al colegio.

Se la ha educado de una manera completa.

Se trata de la chula de alta calaña.

Es decir, de aquella cuyos padres chalanes ó tratantes ó industriales, han tenido dinero para gastarlos en su hija para que sea *tan señorita* como la que mas.

Si hubieran sido completamente arrancadas de la casa paterna, del barrio, relegadas al colegio, se hubieran desnaturalizado.

Pero se las ha educado de una manera doble.

El colegio no ha podido vencer la influencia del barrio.

La atmósfera del barrio no ha desvirtuado la del colegio.

De modo que teneis á la señorita en la chula y á la chula en la señorita.

Aun las chulas pobres reciben hoy una educacion superior á la que recibian las señoritas de antaño.

La mas miserable hace un gesto de desden torciendo de una manera epigramática el bello *jocico*, la boca de ángel picaresco, estaria mejor dicho, si la propusieran bailar unas manchegas.

La chula valsa.

Se perece por el vals.

La chula lee.

Yo tengo la seguridad de que una respetable parte de mis lectoras son chulas.

¡Dios las bendiga!

Sin que deje tampoco de bendecir á las otras.

¡Pero una chula escogida y mareante!..

Se va de entre las manos.

Es impetuosa, espontánea, poderosa y hembra de accion y de resuello... y en fin, la mar.

Una chula como debe serlo, tiene la facultad de hacer milagros.

Porque son capaces con un relampagueo de ojos, de hacer jóven á un viejo, mas aun, de resucitar á un muerto.

¡Pues y si la chula es cigarrera, *pongo por caso*, maestra de labor peninsular, y con ribetes de literata (que las hay)! ¡Jesucristo! la flor, la nata, la crema del género, una epidemia con doble falda y cola, que va por la calle perdonando vidas, metiéndose con todo el mundo sin faltarle á nadie en lo que es *regular* y sin decir esta boca es mia.

¿Pero qué importa?

Ellas son elocuencia desde el rizito mas alto del peinado hasta la puntita del pie.

Y una elocuencia punzante, dominante, característica.

Llevan consigo el misterio de un amor incomparable.

¡Y pensar que sus amores van á dar en las heces, en los tunantes, en las gorrillas, en los qué se yo qué..... en lo incalificable!

¡Lástima!

No se comprende que unas tales mozas quieran á unos tales engendros.

Este pecado de mal gusto, muy comun en las chulas, es imperdonable.

¡Malgastarse de este modo!

¡Desestimarse de una tal manera!

¡Ellas, cada una de las cuales, es un tesoro!

¡Ellas, las incomparables hijas del barrio bajo de Madrid!

¡Horror!

LXXXV.

A la chula, á la verdadera chula, se la sienta no se la describe.

Tiene un estilo particular que no puede confundirse con ningun otro.

Y si no, vedlas cuando se ponen de tiros largos para ir á donde vá *el señorío*; por ejemplo, á butaca al teatro Real.

Van como todas las que son intransigentes en materias de moda.

Solo hay una cosa con la que no transigen.

El sombrero.

Ni aun tratándose del sombrero á la austriaca.

Cuando no llevan velo ó mantilla ó *foulard*, llevan pañuelo de la India, de un color fuerte, llamativo.

¡Y qué pañuelo, Dios mio!

Este es su verdadero tocado.

Con él están irresistibles.

Son el género neto.

Pero cuando se disfrazan, cuando se ponen *de paisano*, acentúan el trage comun de las otras; le hacen mas elegante, mas..... ¿qué sé yo? mas, mas, mucho mas.

¡Qué facilidad, qué gracia, qué distincion *sui generis*!

Ya lo hemos dicho: huelen.

Pero su olor es fragancia.

Esencia de vida y de poder.

LXXXVI.

Y esas chiquillas se desviven por las novelas.

Se tragan los folletines patibularios franceses de *La Correspondnncia de España* como si fuesen de mermelada, y se embriagan con ellos mas que con el peleon cuando se las ocurre irse de *juelga* al puente de Vallecas ó zambullirse en el *Imparcial* para hartarse de *lo flamenco* y del zapateado y de las *meas copas* de ron y marrasquino.

¡Qué fatiga!

LXXXVII.

Pues bueno, Anacleta...

Anacleta no era hija de Madrid pero la habia recriado el barrio de Toledo.

Como desde niña habia sido voluntariosa y temosa, y de miedo de que los *perras* la hiciesen daño, la accidentasen, la irritasen y tal vez por su continuacion la matasen, se la habia dejado hacer lo que habia querido; habia vivido mas que por mitad, durante su infancia y aun su adolescencia, en medio del arroyo, es decir, en la calle, haciendo el corro con las otras muchachas de la vecindad, entrando y saliendo casa de todas las vecinas.

¡Y en la calle de San Bernabé!

En resúmen, Anacleta tenia á sus diez y ocho años toda la mágia, todo el aliento, todo el estilo de una chula de *primissimo cartelo*, con un gran corazon, con un corazon inmenso formado por su tio, por Verónica, y por los buenos amigos y los parientes de éstos, de su tio.

Anacleta, pues, era una perla.

Y una perla inapreciable.

Un tesoro resultado de un compuesto estraño hecho por la casualidad.

Tal vez por la fatalidad.

Con toda la espontaneidad de la chulería, con toda su gracia, tenia una esquisita delicadeza de sentimiento.

Una gran elevacion natural del espíritu.

Esto la defendia de una manera completa.

Ella no podia enamorarse de un gorrílla, de un tunante, de una gorguja del lodo.

No habia relacion alguna que pudiera determinar una simpatía entre ella y uno de los caballeros de aquel género.

Y como hoy los hombres vulgares, materializados de mala manera están en todas partes, y se parecen, salvo el trage y algunas otras pequeñas diferencias, no habia peligro posible para Anacleta.

Era muy difícil que la impresionase el género que se encontraba por todas partes.

LXXXVIII.

Pero se hacia ya sentir en ella, sin que ella lo comprendiese, la necesidad del amor.

Estaba el fruto maduro.

Así era, que no habiendo podido referir á nadie su amor, le habia referido á sí misma.

Así se esplica la delectacion con que contemplaba al espejo cuando se levantaba fresca y sonrosada, sus preciosos encantos.

Pero esto era de una manera inconsciente.

Como por una propension natural al sentimiento de la belleza.

Ella no encontraba nada que fuera tan bello como ella misma.

En verdad, la naturaleza la habia privilegiado á manos llenas.

Era una morena mortal.

¡Y luego, la sentaba tan bien todo lo que se ponia!

¡Peinase como peinase sus cabellos, resultaban tan graciosos!

LXXXIX.

No sabemos si hemos logrado hacer que nuestros lectores comprendan á Anacleta.

De todos modos, hemos acabado nuestra esposicion, y vamos á entrar en la verdadera accion de nuestro relato.

SEGUNDA PARTE.

I.

Estamos al pie de uno de los grandes bastidores del Teatro Real, á la derecha de la escena.

Los abonados tienen, ó tenian en aquel tiempo el privilegio de penetrar hasta el escenario, hasta el *foyer* de los actores, hasta los camarines.

Una magnífica napolitana, una partiquina, ó realmente una figuranta de primer órden, que alguna vez solia cantar pequeñas partes, aparecia inundada por la luz fuerte, no ya de un mechero, sino de un flamero de gas.

Su trage de sílfide la dejaba casi completamente desnuda.

Estaba sola.

Miraba con unos pequeños gemelos á uno de los palcos plateas del lado opuesto.

No podia ser vista.

La ocultaba eso que en la fraseologia de bastidores se llama un trasto.

Este trasto representaba un arbusto.

Por uno de sus intersticios y como emboscada, miraba la *signorina* Marieta.

II.

Habia en sus ojos de un verde oscuro fondo de mar y mas bien hubiera podido decirse fondo de abismo, y de una fuerza, una luz y una belleza suprema, algo de la espresion de una pantera irritada, sedienta de esterminio, con ese *quid* aterrador que determinan los celos mortales de la mirada en las mujeres bravas en cuyo pecho late un corazon de una energía primitiva, salvaje.

Su seno, que era de una hermosura, de una voluptuosidad y de una frescura incomparables, se alzaba y se deprimia de una manera violenta.

Las arterias de su soberbia garganta latian.

Un leve estremecimiento convulsivo la agitaba de los pies á la cabeza.

Sus cabellos rubios y opulentos se levantaban en la parte superior de la cabeza como la melena de un leon que se prepara sediento de sangre al combate.

Nadie la veia.

Era uno de los momentos culminantes de la ópera, y la *diva* que estaba en escena, arrancaba de tiempo en tiempo tempestades de aplausos.

III.

De la misma manera, con una emocion semejante á la de Marieta, y casi oculto por la arista

de otro bastidor mas hácia el fondo, un hombre de un corte perfecto, de frac y corbata blanca, verdaderamente buen mozo y distinguido, y como de treinta años, abarcaba á Marieta con una mirada sombría, irritada.

Era indudablemente un abonado que se habia quedado entre bastidores durante la representacion.

IV.

En la platea que Marieta observaba habia dos señoras y dos hombres.

La una de las señoras que ocupaba el lugar de preferencia, tenia la cabeza completamente blanca.

Sin embargo, sus cabellos eran abundantes y sedosos, y á no tener un tal brillo de plata, hubieran podido parecer empolvados.

Pero no era esto, ni entonces los cabellos empolvados estaban de moda.

Ademas, en su semblante rígido, pálido, duramente demacrado, en que quedaban lineamientos vagos de una belleza severa, se marcaban por lo menos cincuenta años.

A pesar de que su garganta, que en otro tiempo debió ser admirable, aparecia árida y rugosa, y de que los hombros eran huesudos y angulares y deprimido el seno bajo unas clavículas que se dejaban ver de una manera enérgica, esta señora estaba exageradamente descotada, sin duda no para lucir la voluptuosidad de aquellas desnudeces, sino para que sobre

aquellas ruinas de la hermosura apareciese una valiosa pedrería.

Los brazos eran así mismo flacos y de tendones acusados, pero lucian brazaletes de un valor inmenso.

Nunca se ha puesto la vejez á la vergüenza por la satisfaccion vana de la ostentacion de la riqueza, de una manera mas repugnante y mas ridícula.

Estaba ademas revocada, pintada y aun emplastecida, en las partes que dejaba ver descubiertas.

Figuraos un esqueleto cubierto por una piel rugosa pintada y barnizada, prendido con un ostentoso collar de diamantes grande, largo, ancho, del peor gusto posible, pero representando un valor de tres ó cuatro millones; en la cabeza, tiesamente erguida, una diamema de duquesa, tambien enorme y de un gusto detestable y diamantes gordos en la orla del descote, diamantes en el trage de color chillon, recargado de encages, y despues de esto un gran abanico todo cubierto de pedrería.

La duquesa de Gracia-Real, ataviada de aquella manera para nada servia mejor que para llevarla á un sembrado y hacerla dar vueltas al sol para atraer á las alondras.

V.

Una ordinariez y una grosería que se respiraban y aun pudiera decirse que se mascaban, fluia de todo el sér de aquella señora.

Y tenia motivo para ello.

Su título databa de su abuelo.

Su abuelo habia sido gran compadre de un barbero que tuvo su tenducho inmediato á las covachuelas de la calle del Cármen, que tenia una cáfila de hijas y de sobrinas todas toreras y majas hasta las entrañas, y cantadoras y meneadoras de vihuela, que no habia mas que pedir.

Al olor de aquellas buenas mozas, y entre otra gente noble y alegre, acudian muchos jóvenes guardias de corps, siendo uno de los mas asíduos Manolito Godoy.

VI.

El compadre del barbero, que se llamaba el *Rematao*, porque lo era en lo malo que se puede suponer tratándose de esa gente á quien pudiera llamarse cosecha de presidio, llevaba á su hija Juana, que así se llamaba la madre de la escelentísima señora duquesa de Gracia-Real, á los jolgorios que contínuamente tenian lugar en las profundidades de la barbería en cuanto esta se cerraba al cerrar la noche.

Por aquel tiempo, y como por arte de mágia, subió á la cumbre de la fortuna Manolito y se convirtió en Príncipe de la Paz.

Esto se lo habia predicho la tia *Lamparona*, perínclita mujer del compadre del barbero el Rematao.

Tales pelos y tales señales habia dado á don Manolito la tia Lamparona, que en el barrio de la

Comadre tenia una fama de bruja y de hechicera que apestaba, de tal manera habia precisado los plazos y aun las fechas de sus engrandecimientos al bello y discreto guardia, tales particularidades habia predicho y con tal precision se habian cumplido los pronósticos de la Lamparona, que aunque don Manolito no fuese supersticioso, llegó á cobrar miedo á la vieja.

VII.

Una vez en el pináculo su escelencia, dejó de concurrir á la barbería del señor Pacorro Quitamotas, que así se llamaba el barbero, y endiosado ya por su inesperada fortuna, se encastilló en ella, haciéndose dificilísimo hasta á sus mayores amigos.

Pero la tia Lamparona, que habia ido y venido, y traido y llevado, y pronosticado y acertado, no entregándose porque se le hiciese difícil una audiencia del prepotentísimo, le esperó un dia cuando salia en carroza con gran boato de su palacio y le enseñó un papel doblado, dejándole ver al mismo tiempo una sonrisa ponzoñosa.

VIII.

Sintió Godoy en el alma y en el cuerpo un frio insoportable, horrible, como el que siente un pajarillo cuando le mira una culebra; se apoderó de él un terror frio, le pareció la bruja un demonio con poder bastante para esterminarle;

mandó detener la carroza, y acercándose la tia Lamparona, le dijo sin miramiento alguno:

—Entérate de eso, hijo, y luego, haz lo que á ti te parezca.

Y se fué, dejándole ver una sonrisa satánica.

IX.

Desdobló Godoy el papel y vió que decia:

«Yo te he subido á donde ni siquiera tú habias soñado: mis bebedizos me ha costado y mi pena; pero lo mismo que te he subido te bajo y te pongo mas miserable que Job en el muladar. Te espero esta noche á las ánimas casa de mi compadre el barbero. ¡Que tú no vayas!»

Y Manolito fué, aunque muy disfrazado y tomando todas las precauciones para que nadie le viese entrar en aquella misma barbería donde poco tiempo antes entraba en medio del dia y con la cara descubierta.

X.

A un llamamiento convenido abrió silencisamente la puerta el señor Pacorro Quita-motas y entró su escelencia á oscuras.

Le esperaba en un cuartucho la tia Lamparona acompañada de su hija Juana, que era una maja de diez y ocho años, que segun decia su madre, y era verdad, que le quitaba su hermosura á los rayos al sol y de discreta y sagaz tres cerdas de la frente al demonio, á pesar de lo que Jua-

nita se mantenia toda entera y con mas honra que donde la inventaron.

—Pues mira tú, cachorro, dijo á Godoy en cuanto le vió la tia Lamparona; aquí tienes esta cachorra que se está muriendo á chorros. Mira que palideja y que enteca se ha puesto, cuando antes era la rosa, el clavel y la leche. Y no es por tí, hijo, no es por tí, no te relamas, que te se bailan los ojos, que es por otro que si yo hubiera querido le hubiera puesto donde tú estás; como que á mí vienen á buscarme todas las señoronas para que las socorra y las ayude, y si no lo hice por él, que lo mismo hubiera sido, fue porque á él le quiero yo para ésta: y como ésta es la que se muere y es menester que la cure el cura, y el otro está de deudas hasta los ojos que no puede lamerse, y aunque es noble y muy noble no es intitulado, á mí se me pone en la cabeza que se case con una señora de título. Vamos, que cuando le digan á mi Juanita la señora duquesa, no la dirán nada de mas, porque es una reina.

—Vaya, madre, dijo la Juanita con un aire de trueno que tiraba de espaldas; déjese usté de tontunas y al avío.

—Pero aquí no hay avío, dijo displicente Godoy; lo que tu madre quiere es imposible.

—Como si tú tuvieras algo imposible para mí, ni hubiera aquí nada imposible para tí. Mira, yo te voy á enseñar el camino.

—¿Cuál?

—Haz á mi señor proveedor del ejército que estás juntando para que vayan á pelear con esos que le han cortado la cabeza á su rey.

—¿Eso es decirme, esclamó Godoy, que tú

quieres que yo ponga al Rematao donde robe bien á S. M.?

—¿Y á tí qué te importa? ¡Pues no te has hecho muy delicado de conciencia que digamos!

—El Rematao ha estado al pie de la horca, ha sido azotado dos veces y ha estado diez años en galeras.

—¡Pues *mia* tú y qué falta le puso! ¡Pues mas merecimientos! En fin, tú piénsalo. Si mañana mi señor no es proveedor general de raciones del ejército, tú me las pagarás.

—Pues bien, dijo Godoy, no hablemos mas de esto.

Y se levantó.

—¡Mire usté los agradecimientos, madre! dijo la Juanita; usté tiene la culpa.

—Deja, hija, deja, esclamó la tia Lamparona, que no iré por la penitencia á Roma; tú verás.

Godoy escapó indignado.

XI.

Pero aquella noche tuvo unos sueños tan horribles que se aterró.

Creyó que la tia Lamparona tenia poder para aniquilarle.

Al dia siguiente, al medio dia, la tia Lamparona recibió el nombramiento que esperaba en favor de su marido.

XII.

En aquella funesta guerra en que nos metieron la imprudencia y el quijotismo de Godoy,

el tio Rematao robó de tal modo, que se hizo millonario en muy poco tiempo.

—Pues señor, dijo la tia Lamparona á Godoy, á mí me parece que mi señor ha servido á pedir de boca á su real magestad.

—No se ha portado mal, dijo Godoy.

—Pues á premiarle, dijo la tia Lamparona, que el que no es agradecido no vale la sal que le echaron al agua para bautizarle; hazle duque.

—Esto es demasiado, dijo Godoy, yo debia ahorcarle.

—Ahórcale, pero hazle duque. ¡Cuando yo digo que mi niña ha de ser *su excelencia*!

Godoy se negó de todo punto.

XIII.

Pero volvieron á acometerle los malos sueños y algunas amenazas de mayor cuantía aun.

Godoy hizo un esfuerzo, y don Pedro Perez de Pedregal, que así se llamaba el tio Renegao, fue creado duque de Gracia-Real, y por conclusion grande de España, *por los muchos é inapreciables servicios que habia prestado á S. M. durante la guerra con la república francesa.*

Grandezas de España cuyo orígen es semejante á este, abundan en nuestra historia.

XIV.

Juana legitimó casándose con el suyo, que era un noble, un calavera *tronado*, como se dice hoy, á una niña que fruto del amor habia venido al mundo, y que fue la madre de la duquesa de Gracia-Real que tenemos presente.

Se acusaba pues en sus maneras lo villano y lo grosero de su orígen, y en la mirada torva de sus grandes ojos negros, que conservaban toda su fuerza, el alma torcida del abuelo, de aquel que habia sido azotado y penado al pie de la horca y en galeras.

Pero esta asquerosa historia se habia hundido en el tiempo.

Si algun viejo la sabia la habia olvidado.

Era tambien muy posible que la misma excelentísima señora doña María de la Purificacion Anglesola de Ferrandez, duquesa de Gracia-Real, marquesa de Cañavete, baronesa de Diez Torres la ignorara.

Los títulos que se habian añadido al que se concedió al ladron de su abuelo habian venido por entronques.

XV.

La otra señora que estaba en el segundo lugar de la platea, era una mujer como de veinticuatro á veintiseis años, espléndidamente hermosa, con perfecciones, con prodigios de forma

que dejaban atrás todos los escogimientos de la estatuaria.

Pero eran de una belleza sombría.

Aun podia decirse que siniestra.

Se llamaba Elena, y era la hija única de la duquesa de Gracia-Real.

Tenia como su madre los ojos de una belleza, de una magnificencia incomparables, pero de una fiereza salvaje y de una espresion ávida y fija hasta lo incontrastable, que los hacia parecer terribles.

No habia nadie que pudiera sostener su mirada.

Fascinaba.

Sintiéndola se sentia á la leona humana con espresion de hiena.

Pero habia algo en su luz, algo en su espresion serena y prepotente, que hacia sentir algo incomprensiblemente avasallador; deleitaba aunque fuera de una manera infernal, fatídica, horrible.

Algo que constituia un encanto, un predominio, un hechizo que devoraban y que hacian que Elena causara pasiones mortales, empeños locos, admiracion en qué habia algo pavoroso: lo de poseer un infierno.

Hubiérase dicho: Satanás.

XVI.

Contrariamente á su madre, era distinguida de una tan soberbia manera, que podia llamarse

magestad, y elegante de una manera severa, pero con un gusto esquisito.

No habia amado mas que á un hombre, y este hombre era la expiacion del pecado de su orígen.

Aquel hombre era uno de los dos que en segundo término las acompañaba en la platea.

XVII.

Era el marqués de Peñalvar, título que remontaba á los tiempos de Enrique III.

Era de la misma edad que Elena, de quien era primo segundo por parte de su padre.

Ya hemos dicho que los de Gracia-Real habian hecho buenos entronques.

Juanito, como le llamaba la vieja duquesa, era, mas que bello, simpático.

Pertenecia al verdadero tipo del noble español.

Vivia de una manera fácil y alegre, con un calavera de buen género, y no se contaba de él ninguna accion indigna.

Era muy rico, y unidas á esto su posicion y sus cualidades, venia á ser para las mujeres un don Juan irresistible.

Hemos dicho que era la expiacion del pecado de orígen de Elena, y en el curso de este relato sabremos por qué.

XVIII.

El otro hombre que estaba en la platea era el marido de la duquesa, el padre de Elena, el ba-

ron de Diez Torres, tio del marqués de Peralvar.

Era una momia.

Una calavera repugnante cubierta por una piel terrosa herpética, asquerosa.

En sus ojos hundidos habia una espresion vaga, espantada, febril, que parecia el reflejo de un alma trabajada por algo terrible que no podia olvidar y que le aterraba como una maldicion suprema é insistente.

La hipocondría habia puesto amarillento el blanco impuro de sus ojos, y una cabernosa tos asmática le atormentaba de contínuo.

Estas eran las personas á quienes miraba con un sordo furor de leona, pegada á un bastidor, tras un trasto, en el escenario, la hermosa figuranta Marieta.

XIX.

Acabó la ópera.

Sobrevino una ovacion de parte del público.

Marieta se separó del bastidor, y al volver vió al hombre que, como hemos dicho, la miraba á ella con una emocion semejante á la con que habia ella mirado á la alta familia de la platea.

Marieta sonrió de una manera estraña.

—¿Cómo, conde, estás ahí? le dijo tendiéndole la mano.

El llamado conde llevó aquella mano á sus lábios.

Suspiró al besarla.

—¡Quita! dijo ella con un marcado acento italiano: no lo mereces.

—¡Cenamos! le preguntó el conde.

—Pregunta estúpida y ofensiva, dijo ella: ¿pues qué puede impedirme cenar contigo?

Ardió algo sombrío en los ojos del conde.

—¡Tonto! dijo ella como si le hubiera comprendido: véte, no quiero ponerme en evidencia; espérame en casa.

El conde volvió á besarla la mano y se separaron.

XX.

Una vez fuera del teatro, el conde entró en un carruaje y se hizo conducir á una casa de la Plaza de Oriente.

Llamó á un cuarto bajo.

Al abrir la puerta apareció una doncella lindísima, jóven y de marcado acento napolitano.

Era intensamente morena.

—¿Cómo, señor conde, esclamó en muy mal español del cual dispensamos á nuestros lectores, usted por aquí á estas horas?

—Sí, Rosina, sí, dijo el conde rodeándola la cintura.

Rosina hizo un movimiento brusco y rápido, que un torero hubiera calificado de quiebro, y se puso fuera de jurisdiccion soltando una carcajada.

—¿Y la señora? dijo mientras precedia al conde para abrir una puerta.

—La espero, dijo el conde pasando: necesita dejar de ser sílfide para convertirse en diosa: tenemos pues tiempo para que yo te diga una vez mas que eres muy bonita.

—Gracias, señor conde: pero yo quiero tener privilegio esclusivo.

Habian atravesado un saloncito sencillamente puesto pero con gusto y elegancia, y habian entrado en un bello gabinete cuya chimenea estaba encendida.

El conde se sentó junto á ella.

—Hazme compañía, dijo el conde.

—Gracias, respondió Rosina, pero no puedo abandonar la cena.

—¡Bah! siéntate á mis pies; la cena estará bien de cualquier modo.

—¡Ah, no! la señora es intransigente: se trata de un estraordinario. La señora no toma nunca á estas horas mas que té: yo no sabia cómo esplicarme esta cena... y vea usted.

—Tu señora habia previsto sin duda que cenaríamos juntos.

—Pues no lo entiendo.

—Es verdad; tú sabes que ella no se desvive por mí, que no pasa de ser mi *buona amica*.

—¿Quién sabe? la señora no ha amado jamás: es un misterio.

—A lo menos para tí.

—¡La cena, señor conde! Adios, me parece que oigo el carruaje de la señora.

—¡Imposible! no ha podido tan pronto cambiar de trage.

—Las sílfides tienen algo de hechiceras.

—Y tú mucho de encantadora.

Sonó en aquel momento un campanillazo, y Rosina escapó riendo.

XXI.

Un momento despues entró Marieta.

Venia cubierta de una ámplia salida de baile, que arrojó al entrar, apareciendo con su trage de sílfide, menos las alas.

Se comprendia que hubiera tardado tan poco.

—No he querido hacerte esperar, dijo: un momento sin embargo.

Y desapareció por una puerta.

Volvió poco despues envuelta en una ámplia bata.

Hizo sonar un timbre.

Apareció Rosina.

—La cena al momento.

—Cuando la señora guste...

—No, en el comedor no: aquí, dijo Marieta.

Se habia sentado frente al conde.

El la miraba extasiado; pero de una manera concentrada, sombría; como con despecho, y al mismo tiempo sometido.

Pero con una sumision irritada, dolorosa.

Ella se habia abstraido y él guardaba silencio.

Se comprendia que estaban recíprocamente en una situacion grave.

XXII.

Aparecieron á poco trayendo un gran velador cubierto con algunos fiambres, otra doncella á

quien no conocemos y tambien por la apariencia italiana y muy bella, y un negrito de librea.

Pusieron el velador entre Marieta y el conde, y se retiraron.

Luego entró Rosina, puso en otra mesa algunas botellas y se quedó á alguna distancia como para servir la cena.

—Véte, la dijo Marieta.

La jóven salió.

Marieta se levantó, salió, cerró la puerta del salon y luego las otras de escape.

XXIII.

—Ya nadie nos puede escuchar, dijo Marieta; pero antes de empezar, bebamos. El Jerez es un gran *envalentonador*, y yo necesito sentirme valiente.

Y se volvió hácia la mesa donde estaban las botellas.

—¡Ah, no! dijo el conde saltando del sillon y anticipándose.

Y trajo una botella y llenó dos copas.

Marieta bebió con ánsia.

—Llénamela otra vez, dijo.

El conde la sirvió de nuevo.

Apuró la copa Marieta y la presentó otra vez al conde.

Bebió la tercera copa.

—Este vino enlanguidece, dijo reclinándose en su silla y echando para atrás la cabeza, lo que dejó completamente al descubierto y de una manera enloquecedora su admirable garganta.

—¡Yo desfallezco! esclamó el conde; ¡tú eres mi locura, ¡yo no he amado hasta ahora!

—¡Amor! ¿Y qué es el amor? dijo Marieta con los ojos casi cerrados.

—El amor es el infierno de la gloria que no se encuentra en la tierra, dijo el conde.

—El amor es un hechizo, un mal de ojo contra el cual no hay *jetatore* que valga, dijo lánguidamente Marieta.

E incorporándose de repente, y pálida, y descompuesta, y con un lúgubre fulgor en los ojos, añadió:

—El amor es la tempestad del alma que cae terrible sobre quien la provoca, cuando se le siente como le siento yo.

Y luego, inclinándose hácia el conde, dijo:

—¿Qué has hecho por mí? ¡véngame y soy tuya! ¡véngame, y ten esta hermosura que te embriaga!

—¡Yo quiero tu alma! dijo con un acento bajo el cual se sentia uno como rugido interno el conde..

—¡Mi alma, mi alma! ¿Y qué es el alma? Yo no lo entiendo. ¿Por qué el alma se escita por el amor? ¿Por qué la escitacion del alma atormenta al cuerpo y le hace sufrir una agonía insoportable, una atraccion horrible, un hambre desesperada? ¿Y quién es él, el que me enloquece, el que me ha infundido en el cuerpo un Satanás terrible que no me inspira mas que espantosos delirios de venganza? ¡Habla! ¡dí! ¿qué has hecho? ¿á qué vienen estas declamaciones inútiles?

—¿No has amado nunca así?

—He sentido lo que tú sientes por mí alguna

vez: un capricho vehemente, una fascinacion pasajera; yo creia que este era el amor; yo soy una desheredada: pequeña mendiga, esclava de un sér sórdido, he pasado mi adolescencia cantando y bailando por plazas y calles; despues, modelo, he prestado mis formas al arte, y he pasado mi primera juventud descuidadamente, alegremente, entre el deleite y la orgía; artista de comparsa despues, he prestado mi belleza, esto que llaman belleza, á un espectáculo, y he hecho mis tributarios á los que han devorado con ansia mi mirada de teatro; se me llamaba la *diva di carne*, y se me han hecho contratos relativamente fabulosos, con los que me he hecho una renta bastante para vivir de una manera independiente y cómoda en mi playa de Sorrento: yo no habia sufrido ni gozado: yo no echaba de menos la familia, que no conocia, ni buscaba otra que no me hacia falta. Yo he sido una *bella creatura bianco vestita*, descuidada, alegre, nómada, indiferente á todo. No he comprendido nunca las desesperaciones que he visto á mis pies, y mas que sublimes me han parecido ridículas. Cuando me han dicho, como tú hace poco, yo quiero tu alma, la he dado en una carcajada: mira, Luis, estas ostras, parecen esquisitas; atraquémenos; he dicho á Rosina qué traiga un cesto entero.

—¡Ostras! ¡de noche!

—¡Qué mas indigestion que la insoportable que estamos sufriendo! vamos, yo no me conozco ni te conozco á tí: me miras de una tal manera, que será necesario creer que me amas. ¡Lástima! ¿por qué estas ininteligencias? ¿No te parece una

maldicion la vida? ¡Oh, Santa Madonna! Pero dime, Luis, dime: ¿no te basta con que yo, como tú querias, te trate como á un hermano, te tutee, sea tu *buona amica*? vamos, sé verdaderamente hermano mio. ¿Qué harias tú si fueras mi hermano?

—¡Provocas la ira de Dios!

—Pero esto es un egoismo insoportable: estoy celosa, ansiosa, y no me dices nada... me habias dado esperanzas... esto es infame... ¿por qué has de ocuparte de que yo no te pueda amar como le amo á él?

—¡Y tal locura por un hombre que ni siquiera repara en tí!

—¡Oh! ¡sí! repara demasiado, y tiene momentos de exasperacion: pero yo no quiero un amor que el oro envilece; yo quiero su alma, y su alma no es mia. ¡Es verdad, qué valgo yo!.. la pobre muchacha galante, un bello juguete que ha pasado de mano en mano! ¡Oh! ¿Y qué tiene él que estimar en mí? ¡Si se pudiera deshacer lo pasado! ¡Y esa mujer! Un Satanás hembra, una Eva portentosa, una mujer que tiene el prestigio del nacimiento, de la pureza, de la mirada que fascina, que predomina! ¡Oh, esa mujer!

XXIV.

Mientras Marieta hablaba con una vehemencia estraordinaria, el conde, á quien el amor ó el deseo que le inspiraba Marieta no quitaba el apetito, comia pavo trufado de una manera que daba envidia.

—¡Oh, y qué bien he hecho yo en no oirle sino como se oye un rumor monótono que no podemos evitar! dijo con irritacion Marieta. Tú comes como si en tí no hubiera otra entraña que el estómago, ni tuvieses mas necesidades que las voraces del lobo; pero no, no es eso: ¡es que gozas en mi desesperacion; es que te vengas, es que te complaces en esta impotencia mia!

—Es que tomo ya las cosas con calma: es que espero que al fin repares.

—¿Y que te ame?

—Puede ser.

XXV.

El conde dejó de comer.

Se volvió hácia Marieta y la miró con arrobamiento.

—Puede ser que yo sea una insensata, dijo con acento apagado y lánguido Marieta. No se miente con los ojos, como seria necesario que tú mintieras, para que no fuese verdad el amor infinito que estoy viendo en ellos.

—Un amor infernal, Marieta.

—¡Qué lástima! dijo ella. ¡Si él me amara así!

—¡Tú no le amas!

—¡Oh! dijo Marieta con un acento singular.

—¡Tú estás empeñada!

—¿Lo crees?

—¡Tú no conoces aun el amor!

—¿Quieres esplicármelo?

—La esplicacion la tienes en mí.

—Confieso mi falta de inteligencia: no la veo.

—Yo escucho tranquilamente, á lo menos en

la apariencia, y en realidad con la resignacion del rendimiento, ese contínuo idilio que sale de tu alma, que tú sientes enamorada, para ese hombre. ¿Crees tú que se puede soportar, sin entregarse á todos los furores mas horribles, un amor romántico en los crueles labios de la mujer á quien se ama, como no se ha amado nada en el mundo, ni el oro, ni la satisfaccion de la vanidad, ni la soberbia de la ambicion? ¿Crees que un tal aniquilamiento del amor propio, que una tal abdicacion de la dignidad, que una tal violencia de la voluntad, no son el resultado de un amor que va mas allá de la locura? ¿Y por qué te amo yo así? Si yo supiera por qué te amo, no te amaria como te amo. Marieta, yo soy un condenado que sufre sin rugir y ama sin quejarse tu tiranía.

—¡Tú eres un don Juan rancio! esclamó con desden Marieta. Tú pones en contradiccion con tus palabras, que de seguro harian extremecerse de emocion á una novata, la absoluta carencia de hechos. Te he prometido con toda mi lealtad ser tuya si me vengas.

—Y yo te he vengado ya de valde, dijo conservando siempre su aplomo el conde.

Marieta saltó de su sillon y fué á sentarse á los pies del conde.

Puso los hermosos brazos sobre sus rodillas, y le dijo:

—¿Que me has vengado?

—Sí, porque tratándose de mí, empezar una cosa es concluirla.

—¿Y qué es lo que has empezado que llevarás á cabo, y que servirá para mi venganza...

—Lo que impediré el casamiento del marqués con Elena.

—El dia que ese casamiento sea imposible, me arrojo en tus brazos... te amo.

—Se trata del esclarecimiento de un crímen.

—¡Ay Luis, Luis, yo me pongo mala! ¡Hay algo en tus ojos que da una espantosa fuerza de verdad á tus palabras! ¡Un crímen!... ¡un asesinato!

—Y un secuestro infame, y un sér desventurado al que se han robado su nombre y su fortuna.

—¡Ay Luis, Luis! ¡me parece que me voy enamorando de tí!... ¡un crímen!... ¡un asesinato!... ¡espera!... ¡espera!... quiero adivinar y adivinaré... ¡el baron de Diez Torres! ¡el esposo de la duquesa de Gracia Real! ¡el padre de Elena!

—Indudablemente existe la intuicion del odio, dijo el conde. En efecto, el baron de Diez Torres, que era un segundon, asesinó á su hermano primogénito, é hizo desaparecer á su mujer y á su hijo.

—¡Oh, sí, sí! dijo Marieta; yo no sé cómo no se me ha ocurrido hasta ahora que el remordimiento ha demacrado, convirtiéndole en un espectro, al baron, que la espresion misantrópica y siniestra de sus ojos es el reflejo de su alma. ¿Y sabes que me vas pareciendo bello, Luis?

—¡Yo sufro! ¡yo ardo! ¡yo me devoro en mí mismo! ¡tú eres mi Dios! ¿Y sabes tú quien soy yo?

—Un bohemio, como otros tantos, que hace algunos años llevabas los codos rotos y vivias

del sueldecillo de un periódico cuando te lo pagaban; que te has ingeniado, que has servido de todas las maneras posibles á grandes estúpidos y has llegado á ser un hombre importante, rico y conde de Rocamar. Un caballero de industria como tantos otros. ¡Y eso qué le hace! así es la vida.

—Hay algo mas que todo eso.

—Mas... y bien, ¡qué le hace! ¡la vida es cara!

—Voy á darte una prueba mas de amor insensato: una prueba indudable. Hace ochos dias los periódicos dijeron que por las alcantarillas se habia hecho un acometimiento en la casa del baron de Diez Torres y se habia practicado la sustraccion de dos millones en joyas, en billetes de banco y en otros valores al portador.

—Sí, esclamó Marieta, que miraba de hito en hito sin pestañear á Luis.

—¡Yo! dijo éste.

—¡Tú!

—Sí, yo, ó lo que es lo mismo, mis obreros.

XXVI:

Marieta no alentaba.

Una poderosa sobrescitacion la habia cogido. Miraba con asombro al bello, jóven y elegante bandido, en cuyas rodillas seguia apoyando sus torneados brazos.

Luis la devoraba con una mirada estraviada.

Estaba hermosísima.

Un alma fiera y exenta de todo temor lucia en sus ojos con el fuego del entusiasmo.

—Me embrollo, dijo; me parece que á pesar de todo yo no conocia el amor. Te me agrandas Luis: tienes razon, es necesario estar loco para confesar á nadie lo que tú me has confesado.

XXVII.

Se hizo vaga la mirada del conde, se extravió le agitó una convulsion poderosa y asió con los dos brazos por la cintura á Marieta.

Esta vibró, se libertó con un sacudimiento prepotente de los brazos del conde, y dijo:

—¡No, no! ¡todavía no te amo!

XXVIII.

El conde se dejó caer abatido en el sillon.

Ella ocupó el que antes habia abandonado, y se quedó mirando de una manera profunda al conde.

—¡Tú me amarás! dijo éste.

—Puede ser, dijo ella, pero yo no prescindo de mi venganza: esa mujer ha provocado conmigo una lucha á muerte... esa mujer adora al marqués de Peñalvar; destrózala el corazon, hazle imposible para ella.

—El negocio sigue sus trámites, dijo el conde: por casualidad de una manera inesperada he cogido un hilo que me ha conducido por un laberinto á un convento donde vive secuestrada, la esposa del baron asesinado por su hermano; al hospicio de Madrid, donde he encontrado las

huellas del hijo perdido; á un regimiento de caballería donde ese niño sirvió y obtuvo el grado de teniente; á un pueblo de la provincia de Soria y á la casa de un párroco, donde aquel jóven, acometido de una congestion, fue amparado y donde al fin se casó con la hermana del cura: por último, he dado con la sobrina de ese cura huérfana de padre y madre; es decir, con la legítima baronesa de Diez Torres, una jóven admirable; una verdadera joya; tú la conoceras; tú comprenderás cuánto la amo, puesto que te he dado la preferencia sobre ella.

—Quiero conocerla...

—Pues es la cosa mas fácil del mundo; su pobre tio es uno de esos clérigos de misa y olla... pero un sujeto escelentísimo. Suele decir casi todos los dias misa á las nueve en la parroquia de San Sebastian. Hazte la devota Marieta.

—No tengo que hacerme, lo soy. ¡Ah! ¡la Madonna! ¡si ella no me hubiera protegido qué hubiera sido de mí!

Estas última spalabras manifestaban el estraño fanatismo napolitano de Marieta.

Ella creia de buena fé, que por su devocion á la madre del Salvador, ésta no veia sus desórdenes y la protegia.

XXIX.

—Me has agitado de una manera violenta, Luis, dijo Marieta con un sobrealiento fatigado; yo no se que ideas me acometen. ¿Y dices que es hermosa esa jóven?

—Admirable.

—No hay que dudar de que el marqués de Peñalvar es un hombre de honor.

—Sí, un hombre chapado á lo antiguo, dotado de ideas rancias que ya nadie entiende.

—Pero impresionable á la hermosura; eso lo se yo muy bien. Luis yo necesito conocer al cura y á su sobrina.

—Pues eso es muy fácil; vete mañana antes de las diez á la parroquia de San Sebastian.

—Pero yo no le conozco.

—Pregunta en la sacristía por don Casto.

—Don Casto... no lo olvidaré.

—¿Tienes dinero?

—¡Oh! ¡sí!

—No importa, yo quiero hacerme cargo de los gastos; tú debes tomar por pretesto la caridad.

—¡Oh! gracias, esa es una idea.

—Por lo mismo, yo que te la he inspirado quiero darte los medios de realizarla.

El conde llevó la mano á su bolsillo.

—No, no, dijo Marietá, yo soy rica.

—Pero si puedes herirlos con sus propias armas, ¿por qué no aceptarlas? dijo el conde, ¿te has olvidado de los dos millones perdidos por el baron de Diez Torres?

—No, pero ya, por adquisicion, ese dinero es tuyo y no quiero recibir nada de tí.

—Y bien, dijo el conde guardando de nuevo la cartera; tú me impones siempre tu voluntad.

Y se levantó.

—¿Te vas? dijo Marieta.

—Sí, me voy á acariciar á solas mi esperanza; á soñar contigo.

—¿Y sin contarme cómo has descubierto á causa del negocio de los dos millones, esa incomparable historia del baron de Diez Torres?

—¿Y qué te importa? ¿á qué perder el tiempo? Adios.

—Sí, sí, vete Luis; yo necesito tambien quedarme sola; mis sentimientos se embrollan mas y mas. No me comprendo, estoy tan agitada como jamás lo he estado. Deja voy á abrir la puerta.

Y precedió al conde.

Este la siguió.

Al despedirse de ella la besó la mano que ella le abandonó.

Cuando entró en su carruaje, esclamó:

—¡Es mia! ¡ella será mi buena compañera! ¡la he asombrado!

Ella se metió para dentro murmurando:

—¡Oh! ¿qué es el amor? ¡Yo no se lo que siento! ¿quién sabe?

XXX.

Al dia siguiente, poco despues de haber salido á su exígua compra Anacleta, su pobre tio, haciendo un esfuerzo y si no con dolor de su alma con el de su cuerpo, porque tenia un pasmo que á otro cualquiera le hubiera hecho permanecer en la cama, se levantó, se aseó, se vistió y se fue con paso lento y tosiendo de una manera que daba lástima, hácia la iglesia de San Sebastian á ver si habia caido alguna misita ó algun otro quehacer del oficio.

XXXI.

Llegó á las nueve y media de la mañana, habiendo salido de su casa á las nueve menos cuarto.

El desdichado, prematuramente anciano, se veia obligado á detenerse á cada paso.

Le faltaba el aliento, y la debilidad de sus piernas le hacia sentir un dolor agudo.

—Esto acabará pronto, decia, ¿y qué va á ser de mi Anacleta? ¡Oh señor, señor Dios mio! ¡ten misericordia para ella, dame fuerzas!

Y se animaba, sacaba fuerzas de flaqueza y continuaba Dios sabe con cuanto trabajo.

XXXII.

Cuando llegó á la sacristia acabó de empeorarse.

No habia nada para él.

Anacleta habia ido á la compra al fiado.

Escaseaba el trabajo para el tio y para la sobrina.

Don Casto se sentó anonadado en uno de los escaños de la sacristía.

—¡Ah! le dijo un acólito; no me acordaba; en la iglesia está una señora que ha venido á preguntar por usted.

Se animó don Casto con una vaga esperanza.

—¿Una señora? dijo.

—*¡Mecaches!* esclamó el acólito; ¡y vaya una

señora! ¡y sin lujo! ¡y sin guapa!... ¡una señorona!

—Ven, hijo mio, ven, dijo don Casto levantándose, asómate á la puerta de la sacristia y dime quien es.

—Mire usted, no es menester; en viendo usted una señorona, muy señorona, blanca como la nieve y rubia como un oro, esa es. *¡Vaya una barbiana! ¡al pelo!*

—¡Niño, niño, no digas esas ordinaricas, sobre todo en la sacristia y delante de personas de respeto! dijo don Casto.

Y se levantó.

Se sentia mas fuerte.

Le alentaba ese hada prodigiosa que se llama esperanza.

XXXIII.

En un escaño, á la derecha del presbiterio, estaba sentada Marieta.

Don Casto, haciendo un violento esfuerzo por que le costaba todas las penas del mundo el paso que iba á dar, se dirigió á ella.

Marieta comprendió que era él, conoció su situacion embarazosa y la salvó levantándose y saliéndole al encuentro.

—Señor, le dijo; ¿tengo el honor de hablar con don Casto?

Marieta aparecia lo mas modesta del mundo. No podia darse nada mas simpático.

—El honor y la satisfaccion son mios, señora, dijo don Casto.

—Deseo confesar con usted.

Don Casto se aplanó de nuevo.

La confesion no produce.

La esperanza que habia consolado su necesidad, desaparecia.

Contestó, sin embargo:

—Con mucho gusto, señora.

Y se dirigió vacilante como un ébrio á uno de los confesonarios y se sentó en él.

XXXIV.

Marieta se arrodilló, se persignó, y despues de haber rezado la confesion general, dijo:

—Yo padre, soy devotísima de Nuestra Señora.

—¡Oh! ¿y cómo no? esclamó don Casto olvidándose de todo y consagrándose plenamente á á su sagrado ministerio.

—Frecuento la penitencia.

—Perfectamente, hija mia.

—Me confesé antes de ayer, y realmente no recuerdo haber incurrido en pecado.

—Entonces, pues... dijo don Casto.

—Pero necesito cumplir con un deber.

—¡Ah! dijo don Casto.

—Sí, se me ha encargado por una persona que á pesar de su alto rango es muy modesta, muy humilde, del ejercicio de actos de caridad.

—¡Oh! esclamó don Casto.

Y la esperanza volvió á revolotear en torno de su aturdida cabeza.

—Primeramente se trata de un centenar de misas por la intencion de esa señora.

—¡Oh Dios mio! esclamó don Casto; y se puso á rezar á la vírgen María.

—Yo he venido algunas veces á esta iglesia, continuó Marieta, y en ella le he conocido á usted; por su aspecto venerable, por la virtud que de usted rebosa...

—¡Ah, señora!...

—Justicia y no mas que justicia, padre. Me he decidido, le he elegido á usted.

—¡Ah, que Dios se lo pague á usted, señora!

Don Casto dijo estas palabras conmovido con toda su alma.

XXXV.

—Tengo el encargo, dijo Marieta, de que la limosna de cada una de estas cien misas sea un duro.

Don Casto quiso contestar pero no pudo.

Hizo esfuerzos por reprimirse y al fin rompió á llorar.

—¡La Providencia de Dios! dijo.

Y luego, como quien vuelve en sí de repente de un sueño, esclamó:

—¡Pero esto no es una confesion! ¡¡Estamos abusando del confesonario!

—Perdone usted, padre; yo le digo á usted esto en confesion.

—¿Y no tiene usted, señora, otro móvil que la confianza que yo por la voluntad de Dios la he inspirado?

—¿Y qué otro móvil pudiera tener? Por ahora se trata de misas; despues, de que usted emplee

algunas cantidades en socorrer á pobres que lo merezcan.

—Pues bien, hija mia; concluyamos: voy á la sacristía á revestirme y á decir la primera misa.

Don Casto bendijo á Marieta.

Esta se levantó y siguió á don Casto á la sacristía en cuya puerta le dió un billete de banco de dos mil reales.

—¡Pero señora!.. dijo don Casto, á quien se le nublaron los ojos.

—Estas son todas las misas, dijo Marieta.

—¡Pero si yo muero!...

—¡Bah! usted habria sido uno de los pobres socorridos por esa noble señora. ¿Y quién mas digno?

Don Casto tomó el billete y le guardó.

Marieta se volvió al escaño.

Poco despues salió don Casto revestido y dijo la misa.

Acabada ésta, Marieta salió de la iglesia, pero dejó en ella á un lacayo.

Al negrito que hemos visto un momento la noche anterior en su casa.

Un drama de Satanás habia empezado en la casa de Dios y al pie de un confesionario.

Don Casto habia sentido durante un momento, por instinto, una sombra de recelo.

Pero su buena fé era inagotable.

Habia acabado por encontrar de todo punto simpática á Marieta y por creerla una bendita.

XXXVI.

Porque don Casto fuera hombre de buena fé no era simple.

Comprendió que Marieta estaria esperando fuera de la iglesia.

Indudablemente en un carruaje.

El carruaje estaba adjunto al estilo, por decirlo así de Marieta.

El negrito demostró á don Casto que no se habia engañado.

—Mi señora espera en su carruaje al señor, le dijo el muchacho.

—Pues vamos allá, hijo mio, vamos allá dijo don Casto.

XXXVII.

El negrito abrió la portezuela de un landó admirable.

—Venga usted, padre mio; venga usted, le dijo alegremente Marieta.

Don Casto subió sin trabajo.

¡Maravillosa virtud del dinero!

Se sentia fuerte.

Lo veia todo de color de gloria.

Marieta le parecia un ángel.

—¿Me hace usted el favor de decirme su casa? le dijo Marieta.

—Calle de San Bernabé, número 12, dijo decididamente don Casto.

El negrito cerró la portezuela y subió al pescante.

El carruaje partió.

XXXVIII.

Durante el trayecto, Marieta acabó de ganarse el corazon de don Casto.

Y era que Marieta tenia un admirable fondo natural.

Era verdaderamente un arcángel caido.

Aparte de todo se le habia hecho simpático don Casto, y él veia en ella un alma de Dios.

Ademas de esto, una hermosura y un atractivo tales como los de Marieta se hacen sentir de todo el mundo.

Seducen.

XXXIX.

El tronco era poderoso, y en ocho ó diez minutos al trote largo llegó á la casa del cura.

Al ver que el carruaje se detenia á la puerta de don Casto, se alborotaron los vecinos.

Anacleta que habia vuelto de la compra, acudió escitada.

¿Quién venia á visitarlos en coche?

Cuando vió á don Casto bajar apoyado en el brazo de Marieta se sobresaltó.

—¡Tio! esclamó, ¿le ha sucedido á usted algo?

—¡Oh, que mujer! esclamó Marieta para sí.

—Nada, hija mia, nada, dijo don Casto: esta

señora... pero pase usted, señora, pase usted.

—¡Válgame Dios y qué hembra! dijo para sí Anacleta: ¿qué será esto?

XL.

Entraron en el saloncito.

Marieta sintió frio.

Aquello estaba completamente desamparado.

Hacia ya años se habia roto la estera y no se habia podido comprar otra.

Nada revelaba allí el invierno mas que el braserillo de hierro en que apenas si habia un poco de cisco muy arropado.

Marieta con su traje grandilocuente, aunque sencillo, era allí una enérgica discordancia.

XLI.

Se sentó en una fementida silla.

El cura se quitó el manteo y el sombrero y se puso su bonete, quedando en sotana.

Anacleta, hartándose de mirar á Marieta, que se le habia metido por los ojos, estaba á alguna distancia.

—¿Indudablemente es parienta de usted esta señorita? dijo Marieta.

—Si señora; mi sobrina, hija de mi hermano.

—¡Oh, preciosa y buenísima! dijo Marieta.

Anacleta saludó con mucha gracia y sonrió, iluminando con su sonrisa su delicada y característica belleza.

—Pues bien, dijo Marieta levantándose: empiece usted á investigar, padre, las desventuras que merezcan ser consoladas: ya se dónde usted vive. Yo volveré mañana. Ahora me tarda ir á decir á esa señora de que he hablado á usted, que ya he cumplido su encargo.

—Usted, señora, ha tomado posesion de esta choza, dijo don Casto, y nos deja usted en ella profundamente agradecidos.

Mediaron algunos cumplimientos, Marieta salió y el carruaje se allejó.

XLII.

—¡Qué es esto, tio! dijo Anacleta maravillada.

—Esto es que Dios nos socorre de una manera imprevista, dijo don Casto: un milagro: pero tú has llorado, hija mia, te lo conozco en los ojos.

—Calle usted, tio, que en este mundo no hay mas que avaros y canallas: como usted no trajo ayer dinero, me he avergonzado al maestro pidiéndole algo á cuenta de trabajo, y me ha dicho... en fin, se ha disculpado... bueno... traer dos panecillos, media docena de huevos y media libra de aceite, me ha costado ponerme cien veces colorada hasta lo blanco de los ojos... y si fuera eso solo... ¡infames!

Y Anacleta se echó á llorar.

—Que Dios los perdone, esclamó don Casto: pero no llores, hija mia, no llores; perdona al que te haya injuriado, él ha perdido mas. Los

pobres no tenemos derecho ni aun de que se nos respete. Pero Dios cuida de nosotros. Mira, hija mia, mira.

Y sacó el billete.

—Dos mil reales, esclamó Anacleta poniéndose pálida. ¿Y qué es esto? ¿Para qué es esto?

—Cien misas á duro adelantadas.

Al asombro, á la ansiedad de Anacleta sucedió una seriedad que hubiera podido llamarse solemne, y en sus ojos lució algo estraño.

A poco mas se le cae el billete de la mano.

—Y bien, dijo para sí; sea lo que fuere.

Don Casto no reparó en el cambio de espresion de su sobrina.

—¿Lo ves, hija, lo ves? dijo el buen cura: ¿te acuerdas de lo que yo te decia anoche? «Otros años en que no hemos estado tan apurados, ya por este tiempo el pavo estaba en casa, y á estas horas le dábamos la bellota: luego la Noche Buena, la sopa de almendra, el besugo, el turron: este año, ¿quién sabe? como el año pasado: ¡lentejas con acelgas! y gracias.» Yo lo sentia por tí, hija mia: yo he rezado mucho por tí, por el dia de hoy, este dia que nos esperaba sin pan. Y mira, hija mia, mira: la providencia de Dios. Aquí están el pavo y el besugo y él turron, y dos meses por lo menos... mas de dos meses... asegurado el pan. Despues, Dios vendrá con otro socorro.

—Sí, tio, sí, dijo Anacleta: yo sé lo que debo hacer.

—¿Por qué dices eso?

—Yo estiraré el dinero.

—Pero no andes con miserias, hija mia: estás desabrigada, hace mucho frio.

—Bueno: déjeme usted hacer á mí. Ahora á almorzar.

—Es que no tengo ganas, hija mia.

—Es que se tienta usted los huevos fritos. Hoy lomo, lomo, chuletas de lomo, que le gustan á usted tanto, y un paquetito de cigarrillos habanos; y café, sí, haré café.

Anacleta sonreia ya.

Se arregló el pañuelo en la cabeza, cogió la cesta y escapó.

XLIII.

Se fué á la tienda de la esquina.

—Oiga usted, don Ciriaco, dijo con toda la *estampía* de chula: ¿qué se le debe á usted?

—Vaya, hija, pues trece reales y cinco cuartos.

—¡Y no ha quebrado usted, hombre! vaya, tome usted, hártese usted de dinero: hemos heredado de un difunto: ensanche usted el pecho.

—Vamos, mujer, dijo don Ciriaco; si fueses tú sola la que debieras!..

—¡Pues por supuesto! ¡cómo que ni el Banco de crédito! ¡velo usté ahí! ¡vamos, que estoy de prisa!

—¿Y qué vas á llevar?

—Un *jartazgo* de usté y el arrepentimiento de haberle á usted conocido, hombre. Venga la vuelta.

Don Ciriaco bajó la cabeza contrariado, y dijo:

—Lo que tú tienes es la broma que te dí.

—Pues y ya lo creo... ¡con que si yo quisiera!.. mire usted, don Ciriaco, déme usted pronto la vuelta y hasta el valle de Josafat. Ni por la puerta, *redios*, ¡Dios me perdone! como no sea para pegarle fuego á la casa y usted dentro.

Don Ciriaco entró en la trastienda y volvió con la vuelta en oro, una poca plata y cuartos.

Anacleta miró una á una, y con cuidado las monedas y se fué sin despedirse.

—No, no, dijo don Ciriaco: pues no hay que pensar mal de ella. ¿Qué será esto? ¡Válgame Dios! ¡y que no la fiara yo esta mañana y se me fuesen aquellas malditas palabras!

XLIV.

Don Casto almorzó aquel dia muy bien.

Anacleta hizo un esfuerzo para hacerle tercio, porque no le cabia un solo bocado.

Un no sé qué misterioso le hacia pensar con espanto en Marieta.

La habia enseñado el barrio bajo y desconfiaba de todo.

Y al mismo tiempo Marieta la atraia.

La enamoraba.

Contrasentidos del sentimiento.

XLV.

Aquella tarde, el tio y la sobrina juntos, compraron un gran pavo zanquilargo.

Habia tiempo para cebarle.

Don Casto estaba muy contento.

Se habia curado de la tos.

Se sentia ágil.

Le parecia que tenia todo el capital del universo.

Que aquellos dos mil reales no se iban á acabar nunca.

XLVI.

De la humilde casa del cura, Marieta se hizo conducir al bello hotel que en uno de los barrios nuevos, y á la moda, tenia el conde: un hotel de soltero.

Apenas llegó el carruaje, un criado de librea abrió la verja.

El carruaje, atravesando un pequeño jardin, que alegraban arbustos de follaje perenne, llegó al vestíbulo.

Marieta saltó del carruaje, salvó la gradería, atravesó un recibimiento y se entró en un salon, del mejor gusto, que lo era todo á un tiempo: sala de armas, biblioteca, comedor, museo de antigüedades, á la inglesa, todo revuelto, todo en un bello desórden, todo rico, todo artístico, todo estraño.

En una gran chimenea gótica de mármol blanco, ó mas bien de piedra caliza, de un hermoso estilo perteneciente al siglo XIII, y que habia sido robada á unas viejas ruinas abandonadas, sin otra modificacion que la sustitucion del flamante escudo advenedizo del conde de Rocamora por el añejo blason del rico-hombre, á uno de

cuyos castillos feudales habia pertenecido aquella chimenea, ardia un alegre fuego.

XLVII.

Marieta debia ser conocida por los criados.

Se entró con la misma posesion con que hubiese podido entràr la dueña de la casa.

Pero no pasó del salon.

No dió recado á nadie.

Para anunciarse se acercó á un piano y dejó oir un lánguido preludio.

Aquello era una improvisacion.

—¡Marieta! dijo una voz soñolienta que provenia de una puerta situada á un estremo del salon.

Marieta acentuó su preludio.

Luego tocó de una manera ruidosa una especie de diana, despues de lo cual fué á sentarse junto á la chimenea.

XLVIII.

Aparecia profundamente preocupada.

Se habia quitado su sombrero y su abrigo.

Un tití ceniciento con la cabeza tan grande como una nuez, el hocico color de rosa y los ojos relucientes como el azabache, saltó sobre sus rodillas.

Marieta sacó una caja de oro, de ella una pastilla aromática, acarició al animalejo y se la dió.

El tití se fué á comérsela sobre un gran velador inmediato.

XLIX.

Apareció á poco el conde.

Venia soñoliento.

Su bata y su gorro le daban la apariencia de un shah de Persia.

Exigencias de la moda.

Pero hay que confesar que hay modas de muy mal gusto.

Dió la mano á Marieta, y bostezó.

—Buena manera de recibirme, dijo ella.

—¿Qué quieres? respondió el conde; no he podido dormir en toda la noche, y cuando me rendia el sueño tú has llegado y me has despertado.

Marieta le recogió en una larga mirada candente.

—Yo tambien he soñado contigo, Luis, dijo.

—¡Soñado!

—Sí; te me vas imponiendo; debes tener algo de brujo.

—¿A pesar del otro?

—No lo sé.

—¿Sabes que ya es obra el entenderte?

—¡Ya, ya! á cada momento estoy mas embrollada.

—Un esfuerzo, pues: un solo paso hácia adelante.

—No: puesto que no podemos comprender las contradicciones, los misterios de nuestro sentimiento, dejemos que él nos lleve: yo no he hecho jamás otra cosa.

—¿Y en dónde te tiene ahora tu sentimiento?

—En un marasmo: pero en el fondo de ese marasmo hierven la cólera y la venganza; el sentimiento del desprecio del marqués predomina en mí, y con él el ódio á ese maldito.

—¿Y no mas?

—Sí, tengo un nuevo amor.

—¿Cuál?

—Me he impresionado violentamente, como yo me impresiono siempre, ó sino no me impresiono, por una mujer.

—¿Por la sobrina del cura? Ya lo sabia yo. ¿Has visto qué morena?

—Deliciosa, admirable, irresistible; sobre todo original.

—¿Y qué te ha parecido su tio el cura?

—Un pobre hombre que vive atormentado por una tenaz pesadilla. Tambien me ha impresionado el cura. Rebosa de él un verdadero perfume de santidad.

—Eres incomprensible Marieta.

—No me he tomado nunca el trabajo de estudiarme.

—¿De modo que tú eres como la mar, te agitas segun el viento que corre?

—Lo mismo le sucede á todo el mundo: solo que yo me obstino en luchar con los escollos.

—¡Y te rompes en ellos!

—Siguiendo el símil, Luis, la mar socava el escollo, le desploma, le traga. Yo siento ya vacilar esas dos potencias que me irritan, la duquesa y su hija.

—He pensado en poner en contacto á la sobrina del cura con el marqués de Peñalvar.

—Te vencerá, Marieta.

—Yo lo creo bien: ¿si tendrá poder esa criatura que no puedo olvidarla?

—¿Pero te has propuesto aprovecharla?

—No; me he propuesto unir con ella al marqués.

—¡Marieta!

—Sí; el marqués va palideciendo en mi alma.

Una nueva mirada mas candente aun de Marieta abarcó al conde.

Le devoró.

Le hizo gemir.

—Pero esto es insoportable, dijo.

—Que nos traigan té, Luis, dijo Marieta.

El conde tocó un boton eléctrico.

Poco despues, sobre el gran velador, estaba servido un verdadero *lunch*.

L.

—Cuéntame cómo has descubierto la historia del crímen por el cual ha sido desheredada mi hermosa hermana.

—¡No menos que tu hermana!

—Siento por ella una verdadera ternura.

—Eres terrible Marieta: tu impresionabilidad tiene una movilidad que me aterra.

—Yo no puedo dejar de ser como soy; pero cuéntame, cuéntame esa historia.

El conde se levantó, salió y volvió á poco, trayendo un estuche de concha y oro.

Le abrió y apareció un reloj antíguo, de gran caja esmaltada y guarnecida de brillantes.

En ella se veia el retrato en miniatura de una dama.

—¡Mi buen Dios! esclamó Marieta: salvo el linaje y el peinado, exacta, exactísimamente la sobrina del cura.

—Un salto atrás, la nieta se parece á su abuela.

—¡Pero la historia, la historia!

—Repara bien, Marieta: ¿no encuentras nada estraño en la caja de ese reloj.

—Sí, dijo Marienta; en la cubierta en la orla de brillantes, una línea dénsa, irregular, negruzca y rojiza: algunos diamantes cubiertos por un moho semejante.

—Eso es sangre seca; el baron de Diez Torres tenia este reloj sobre sí cuando fue asesinado: mira, uno de los diges en la cadena colgante está completamente cubierto por eso que tú llamas moho.

—¿Y cómo ha venido á tus manos este reloj?

—Mis obreros me lo entregaron con las alhajas que encontraron en el cofre-fuerte del baron. Yo comprendí en el momento que ese moho era sangre seca.

Yo conocia este retrato.

Está en los salones de la duquesa.

De la segunda esposa del baron.

Ya me habian contado una historia acerca de Margarita.

La misma que se cuenta á todo al mundo.

El difunto baron habia sido asesinado en una casa mal afamada, y su esposa Margarita, que estaba en cinta, habia desaparecido sin que se hubiera vuelto á tener noticias de ella.

La baronía habia pasado á su hermano segundo, que se habia casado con la duquesa de Gra-

cia Real de cuya union provino una hija única.

Yo habia olvidado esa historia.

No me importaba.

Pero cuando viniste tú, cuando te amé, cuando viéndote enamorada del marqués, sentí celos, cuando te ví celosa del marqués, se agitó en mí de una manera vaga aquella historia.

Cuando tú me dijiste: «Véngame de esa mujer y soy tuya,» coincidió la venida á mi poder de este reloj: cuando me contaron la historia del asesinato del baron, me dijeron que habia sido encontrado en un casuco abandonado, y despojado de todas las alhajas que llevaba sobre sí.

Se atribuia al robo el móvil del asesinato.

¿Cómo, pues una alhaja manchada de sangre que podia presumirse llevase sobre sí cuando fue asesinado el baron, se habia encontrado en el cofre-fuerte de su hermano?

Esto era un indicio.

Sobre este indicio empecé yo mis investigaciones.

Al fin mi atencion se fijó en el capellan de la duquesa.

Porque esa señora que parece la encarnacion de Satanás sobre la tierra no puede pasarse sin capellan.

LI.

—Esa es la moda, dijo Marieta, y ademas esa moda sirve á la hipocresía. ¿Qué se diria de una gran casa que no tuviera capilla y capellan?

—Estos capellanes que generalmente son el

factotum de la casa, son casi siempre impuestos por la señora y con frecuencia eran sus confesores cuando la señora era señorita: el marido al cargar con ellas carga con su confesor, y con otras muchas cargas que si en ellas se reparara se harian insoportables.

Pero no perdamos el tiempo en disertaciones inútiles que no sirven para nada, y vengamos á nuestro hombre.

Es un engendro atrabiliario, bilioso, hosco, soberbio, avaro, y de unas costumbres completamente opuestas á esas virtudes de que dicen debe estar adornado irremisiblemente un sacerdote.

Esó tambien nos importa muy poco.

Tú y yo somos positivistas hasta el fondo del fondo del alma y encontramos lícitos todos los medios con tal de que nos conduzcan á nuestros fines.

Sabemos que el mundo es una mascarada en la cual cada cual usa el trage que le sirve para su representacion.

Don Alejo, que así se llama el clérigo de que nos ocupamos, ha elegido por trage una severidad intransigente.

Así es que todo está metodizado, armonizado, representado en la casa de la duquesa bajo las formas mas severas.

Pero nosotros, y digo nosotros, porque yo soy uno de los jefes de una vasta asociacion secreta, tenemos una admirable policía que se ramifica en todas las clases.

Habiéndome fijado en don Alejo para tomar en él un punto de partida que me llevase á pro-

curarte la venganza que deseas, hice se investigase el presente y el pasado de don Alejo.

En el presente se encontró á todo un hombre que, apasionado, escéptico, apura todos los placeres, todos los desórdenes, todos los vicios, aun los mas repugnantes en secreto.

Es ademas uno de los miembros mas importantes de una asociacion clerical, que pretende establecer el predominio de la Iglesia sobre el Estado, usando de todos los medios; aun del Santo Oficio de la General Inquisicion.

Amante secreto de la duquesa antes de que ésta se casase, continúa siendo su señor.

El baron ha sido siempre escluido.

Es completamente estraño á la duquesa!

La hermosa Elena no es hija del baron-duque, sino de don Alejo.

LII.

—Eso es bastante, esclamó Marieta; que lo sepa eso el marqués sin que de ello pueda tener duda.

—Eso que para mí es una evidencia, seria muy difícil de probar: sí, sí... una emboscada, una intriga... pero no hay necesidad de eso: tenemos elementos bastantes para hacer que el don Quijote por el cual estás tan interesada, deje dsesperado á esa hermosa hija del adulterio que te provoca, que te empeña, que es tal vez la verdadera causa de que estés empeñada por mi noble amigo el marqués.

—¡Oh, si el marqués penetrara en el misterio de mi vida, buscaria yo no sé qué para purificar

sus nobles y bellas manos del contacto en que las ha puesto con las tuyas!

—El marqués es un imbécil, indigno de tu amor; pero nos apartamos del capellan.

—Volvamos á él.

—Cuando yo supe el bicho de que se trataba y dónde y cómo podia echarle el lazo, se lo tendí á la manera que en otro tiempo él se lo tendió al asesinado baron de Diez Torres.

—Me parece que tenemos situacion dramática.

—Sí, situacion dramática vulgar.

Figúrate un burdel allá en la calle del Tribulete, al fondo de un estrecho y fétido patio de una casa de vecindad.

Una gran sala, denegridas las paredes por la humedad, y en ella un mundo de gitanos, de gitanas, de timadores, de tomadores, de chulos de la última especie; lo último de lo último de los bravos hijos de la canalla, huidos de las cárceles, de los presidios y aun del patíbulo, porque, para escondite, Madrid.

Figúrate el estruendo del zapateado, acompañado con la voz vinosa del cantaor y de la cantadora, el vino, los licores á la redonda, la palabra sin traba alguna, sin límite la accion.

Sobre una mesa fiambres y salazones para escitar la bebida.

Todo lo supremo de la orgía brutal.

Y en medio de todo esto un hombre alto, demacrado, pálido, vestido con una larga levita, ébrio, descubierta la cabeza en que aparecia su corona sacerdotal *sacrílegamente profanada*, como diria uno de esos rigoristas que no compren-

den, que no pueden comprender la verdad de la vida, y que bajo la falaz superficie que se llama constitucion social, no ven al hombre viviendo libremente sin otra ley que el ejercicio de sus instintos naturales.

—No abandonemos á nuestro capellan, Luis: todo lo que pudieras decir de la verdad de la vida seria inútil: yo lo sé; si no lo supiera me aconteceria lo que á la generalidad de los séres que han nacido para ser usados, abusados y esplotados: no lo comprenderia, lo creeria el delirio de un loco ó la calumnia de un malvado: al capellan, al capellan.

—Pues bien, el capellan estaba en la trampa. Todos los que le acompañaban en el burdel en que se encontraba eran y son obreros nuestros.

Una hembra admirable por su ruda y primitiva belleza, una india brava, una salvaje de la civilizacion, se acercó á don Alejo, á quien tiene loco y le dijo:

—Oye tú, chiquillo: á mí se me vá la cabecita con este jaleo, y me hace falta tomar el aire: vámonos, gachó.

—Pues eso lo estaba yo deseando hace tres horas, dijo don Alejo poniéndose la capa y el sombrero que su prenda le presentaba.

Y se fueron sin despedirse de nadie.

A poco de haber salido á la calle, pasó como por casualidad un simon.

Eran las tres de la mañana.

—¡Para, cochero! dijo la Toña.

—Cuesta tres pesetas, señora, dijo el cochero.

—Aunque costara cinco mil.

Paró el vehículo y montaron en él.

—¿A dónde? dijo el simon.

—A la calle de la Arganzuela, número 15.

—El carruaje salió á escape.

Don Alejo estaba ya preso.

Cuando llegaron á la calle de la Arganzuela, el carruaje se detuvo.

Salieron.

La Toña pagó al cochero y le despidió.

Luego abrió la puerta, y por un patio lóbrego llevó á don Alejo á un cuarto bajo.

Abrió y se encontraron á oscuras.

—Espera, le dijo la Toña: voy á encender.

Y se alejó.

Inmediatamente algunos hombres se apoderaron del capellan, le taparon la boca con un atraque para impedirle que gritase y le levantaron en peso.

LIII.

—¿Sabes, Luis, que me interesas mas y mas? dijo Marieta: te estoy viendo en un espacio luminoso: yo no te conocia: indudablemente vamos por la vida á oscuras y pasamos sin verlo junto á lo que se ha hecho para nosotros un misterioso ideal.

Y los ojos de Marieta parecia que acrecian en tamaño, en fuerza, en luz.

—¡Oh, á cada momento me pareces mas hermosa! esclamó con la voz trémula de pasion aquel ilustre bandido.

—Continúa Luis, continúa, me deleitas, dijo ella con acento lánguido.

Luis continuó:

LIV.

Don Alejo fue sacado fuera y metido en otro carruaje que esperaba.

La calle estaba desierta.

Ni un agente de órden público, ni un sereno.

Dos galafates se metieron con don Alejo en el carruaje.

Fue conducido á una casa de la calle del Sombrerete.

Allí esperaba yo, en un subterráneo al que se entra por una puerta secreta.

Don Alejo amordazado, agarrotado, llevado en peso compareció ante mí.

Yo me habia cubierto el cuerpo con un anchísimo ropon negro, que me venia bien, porque aquello era húmedo y me abrigaba, y la cabeza con un ámplio capuz que me caia sobre los hombros.

Tenia puesta ademas una de esas grandes caretas de carton que tienen una bocina que descompone la voz, la altera y la hace de todo punto irreconocible.

Por esceso de precaucion tenia cubiertas las manos por unos grandes guantes de fieltro negro.

Don Alejo me conoce demasiado, porque yo soy uno de los mas asíduos de la casa de la duquesa de Gracia Real.

Para que ni aun pudiese juzgar de mi esta-

tura, yo estaba sentado detrás de una mesa cubierta por un tapete negro, sobre la cual habia dos bujías encendidas y recado de escribir.

LV.

—¿Sabes, dijo Marieta, que tu cuento va tomando color veneciano?

—Todos los tribunales secretos se parecen, dijo el conde.

—No estaria muy lejos el aparato del tormento.

—Era muy sencillo; simplemente un garrote que tenia en la mano uno de dos satélites que tambien cubiertos por ropones tenian entre sí al capellan: á este garrote estaba clavada por un estremo una cuerda de tornero, esto es, una cuerda de tripa del grueso de medio dedo.

—¡Deliciosa historia! dijo ella: me entretiene lo que tú no sabes, y te recomienda mas y mas á mí.

—Pues mira, estoy sufriendo un tormento mayor que el que hice sufrir al capellan, que lleva todavía el brazo en cabestrillo: me absorbes, Marieta; me devoras... ¿Por qué no me dices al fin que me amas?

—Porque no lo sé aún: sigue, sigue con tu histaria.

—Permíteme fumar, dijo el conde.

—¡Oh, Dios mio, qué miramientos! ¡Hé aquí un *mónstruo* admirablemente educado!

La palabra mónstruo la pronunció Marieta de una manera hechicera.

El conde encendió un cigarro y continuó:

LVI.

—Aquel canalla cobarde, temblaba delante de mí como un raton que de improviso se encuentra delante de un gato.

Yo saqué ese reloj (y señaló el que estaba sobre la mesa), y mandando á don Alejo que se acercara le dije:

—¿Conoces esta señora?

—No, me respondió, ni comprendo lo que me sucede.

—Estás ante un delegado de la eterna justicia, le respondí: una inquisicion que tú no conoces te juzga. Responde, pues.

—No la conozco...

—Sin embargo, dije, un retrato al óleo de esta señora esta en la galería de retratos de familia en la casa de la duquesa de Gracia Real, de quien eres capellan; es doña Margarita, la esposa del baron de Diez Torres, que fue asesinado por su hermano que le sucedió en el título; la inquisicion que te juzga sabe toda esa historia; sabe que el pensamiento del crímen que debia traer una grande herencia al actual baron de Diez Torres duque consorte de Gracia Real partió de tí; él era un segundon degradado y aceptó todas las condiciones que se le impusieron; tú antes de que la jóven duquesa se casase eras su amante; has continuado siéndolo despues de haberse casado; el baron es un miserable á quien no importa nada su posicion de *textaferro*; la hermosa Elena es hija tuya; hijos tuyos fueron otros

tres niños que tuvieron la buena fortuna de morirse; tú para tener mas seguro á ese hombre, le obligaste á que por su mano matase á su hermano; la inquisicion de Dios tiene ojos y oidos en todas partes, lo sabe todo, y lo que se le oculta aun, tienen medios para saberlo.

—Han engañado á esa inquisicion de que usted habla, me respondió; esa historia es un tejido de calumnias; el difunto baron de Diez Torres era un libertino; murió asesinado, no se supo por quien, en una casa infame.

—Basta dije yo; ¿y por qué estaba entre las joyas que fueron hará poco robadas en la casa de la duquesa de Gracia Real este reloj que llevaba sin duda sobre sí el asesinado baron de Diez Torres? ¿por qué en este reloj hay vestigios de sangre?

—Lo ignoro; los que asesinaron al baron le robaron.

—Por lo mismo, si llevaba consigo ese reloj cuando fue asesinado y ese reloj aparece en poder de su hermano...

—Nada sé de eso.

Hice una seña al pícaro que tenia en la mano el garrote que debia servir de aparato de tormento.

Como antes se le habia quitado el atraque al capellan para que pudiese hablar, se le desató para poder desnudarle de medio cuerpo arriba.

Cuando ésto se hizo, le aplicaron á lo largo del antebrazo derecho el garrote, y por una órden mia, le dieron dos apretadas vueltas de cuerda.

Sufrió aquel primer dolor.

Pero á la tercera vuelta se puso pálido, des-

compuesto, le acometió una convulsion, y se cubrió de sudor.

—Se me matará, dijo, y no podré responder nada porque nada se.

Una nueva vuelta de cuerda le hizo prorumpir en alaridos.

Su brazo, en la parte inferior y en la mano, se habian abotagado.

Debia sufrir de una manera horrible.

Su convulsion acrecia.

A una nueva vuelta, dijo:

—Que me suelten, que me libren de este dolor insoportable, yo lo diré todo.

Se deshicieron las vueltas.

Las profundas señales de las cuerdas amoratadas y sangrientas, aparecieron en el brazo.

—Escribe, le dije, la acusacion del baron, del asesinato de su hermano, tu complicidad en este crímen y la de la duquesa de Gracia Real aun soltera; confiesa tus relaciones con ella antes de que se casase con el baron fratricida; la continuacion de estas relaciones despues del casamiento; la situacion estraña en que siempre ha estado el baron respecto á su mujer y tu paternidad de la hermosa Elena y de sus hermanos muertos.

—¿Y qué se pretende con ésto? me preguntó.

—Que Elena sepa que es hija no solo adúlterina sino sacrílega.

LVII.

—¡Ah, Luis; Luis, esclamó lanzando un grito de alegría Marieta; me parece que te amo ya!

—¿Y por qué no afirmarmelo?

—Porque aun no tengo la seguridad de ello. Y díme, díme, ¿ese hombre escribió la declaracion?

—Sí.

—Y la firmó.

—Estaba aterrado.

—¿Y me darás tú esa declaracion?

—Cuando me ames.

—¡Condiciones!

—Eres para mí una tal felicidad que desconfio de alcanzarla.

—Pues merécela.

—¿No lo merezco ya?..

—Aun no; dame esa declaracion.

—Todavía no; eres violenta, cometerias una imprudencia; estas irritada, y aun no se ha andado todo el camino; ¿te has olvidado de esa pobre Anacleta de la quien dices te has enamorado?

—¡Ah no! esto es un misterio; á pesar de mi interes propio, que está escitado cuanto no puedes tú figurarte, la recuerdo y aun siento cuidado por ella. Pero continua.

LVIII.

El conde continuó.

—Aun no hemos concluido, dije al capellan; ¿qué se hizo de Margarita? ¿qué de su hijo?

—Que me vistan primero y que me abriguen me respondió; el espasmo nervioso que siento me mata; esto es muy húmedo y muy frio, ya lo ve usted apenas si puedo hablar.

En efecto el capellan daba diente con diente.

Se le vistió y se le trajo ponche de té.

Esto le reanimó.

—Que me curen este brazo, dijo; no puedo resistir el dolor.

—Luego, le respondí; escribe primero y firma otra declaracion por la que se sepa qué ha sido ó qué es de Margarita y del hijo que llevaba en su seno cuando desapareció robada de la casa de campo á donde habia ido á aislarse con su dolor por la pérdida de su marido.

Don Alejo estaba aterrado, era mio y escribió y firmó una declaracion que sobre poco mas ó menos contenia lo siguiente:

»Una doncella de Margarita pagada á peso de oro le dió en el té un narcótico; despues introdujo furtivamente por el jardin á algunos hombres y Margarita sin sentido fué conducida á un convento lejano donde se la encerró.

Así pasó un año.

El fratricida, por la muerte de su hermano y por la desaparicion de su cuñada fue puesto en posesion de los títulos y de los Estados de su familia.

Se le tenia sujeto por un crímen, y se casó con la duquesa de Gracia Real aceptando todas las condiciones.

LIX.

—¡Ah! esclamó Marieta con vehemencia; pues esto no tiene espera: es necesario sacar de allí cuanto antes á esa desdichada.

—¿Y qué te importa? la preguntó el conde, mirándola profundamente.

—Yo tengo corazon, dijo Marieta: hay fenómenos: despues de lo que me has dicho, debias causarme horror, y no me lo causas: ¿por qué es esto?

—Por instinto: yo jamás he vertido sangre: la asociacion á que pertenezco, es simplemente de adquisicion: pero la adquisicion por medio del asesinato, está escluida entre nosotros.

—¡Oh! ¡sí! ¡adquirir y adquirir quitando su oro á los ricos! esclamó Marieta; ¡á los ricos duros de corazon, que podian hacer tanto por la humanidad que llora!

—¡Socialista! esclamó sonriendo el conde.

—Yo soy una desheredada; yo he sido la esclava de ricos asquerosos é infames que creian hacer bastante cubriéndome de pedrerías. Yo los detesto. Me ha espantado la miseria y he sucumbido; pero no he perdido el corazon.

—Pues bien; yo soy un socialista como tú: me ha espantado la miseria y me he degradado para no caer en ella: pero tambien como tú, he conservado el corazon. ¿Si no lo tuviera te amaria como te amo?

—Pues bien, Luis; si al fin me decido, si al fin comprendo que te amo, nos uniremos, nos

Como yo soy un hombre político importante, y no hay gobernador á quien no conozca, pedí imformes circunstanciados al de Soria.

A los tres dias supe, que Gabriel se habia casado con una hermana del cura párroco del pueblo donde habia sufrido accidente, y que poco despues habia sido asesinado.

—¡Oh Dios mio! esclamó Marieta.

—Pero su mujer habia quedado en cinta.

El cura, horrorizado del pueblo, renunció al curato y se fué con su hermana á Madrid.

—¿Y ese cura es don Casto?

—El mismo, y por consecuencia Anacleta es legítimamente baronesa de Diez Torres.

—Mira Luis, dijo Marieta: es necesario reconocer la providencia de Dios: ella se ha valido de dos perdidos como nosotros, esta es la espresion, para reivindicar en sus derechos á esa admirable criatura, y para que al par nosotros nos regeneremos; no me vengas con un escepticismo que no me convence.

—Tú eres devota y supersticiosa como napolitana.

—Yo creo, yo llevo siempre sobre mí la imágen de la Madonna: y ella no me ha abandonado.

—¡Contradiccion!

—No; es que soy pecadora, soberbia: es que esa orgullosa mujer me enfurece, me enloquece: no se aparta de mi memoria su mirada de desprecio, que me dice: «¿Quién eres tú, tú que te vendes á las miradas lascivas del público, tú partiquina, tú figuranta, tú, juguete con que se entretiene la multitud, tú cortesana de basti-

dores que debes tus diamantes á tu envilecimiento?» ¡Ah, no! yo no puedo olvidarme de esto; no puedo dejar de ocuparme de esto, y por esto he hecho vacilar al marqués de Peñalvar, le he provocado, he luchado; pero yo no puedo amarle no, y no le amo: no, yo no puedo amar á un hombre á quien ama esa mujer.

—¡Marieta!

—No: yo te amo á tí: yo he sentido en tí un deseo delirante: me pareces bello, mas aun, hermoso, hermosísimo: estoy enamorada de tí: si te he desesperado, si te he disputado mi amor, ha sido porque me vengases: me has procurado los medios de mi venganza y puedo y quiero decírtelo: ¡te amo! ¡te amo! ¡te amo!

—¡Ah, Marieta de mi alma!

—Aun mas y óyelo estremecido de felicidad: hasta que te he amado, no he sabido lo que era el amor.

LXI.

El conde se extremeció.

Palideció de una manera mortal.

Se levantó delirante del sillon.

Marieta se lanzó del suyo y yendo al sillon donde estaba su sombrero y su abrigo, esclamó:

—¡Déjame mi sueño de los cielos!; déjame que para tí sea pura; que crea en la virginidad de mi alma!

Y al decir estas palabras, un rubor inapreciable dió á su hermosura algo de divino.

—A Dios, esclamó.

Y escapó.

—¡Esto es un sueño! dijo el conde: ¡yo no comprendo esto! ¿qué es el amor?

LXII.

Al dia siguiente, mientras saboreaba un frugal, pero buen almuerzo, dijo á su sobrina el cura.

—Dios se lo pague hija mia, á quien tanto bien nos hace: estábamos muy mal: tú con tu juventud resistias... pero yo... yo me sentia morir, estaba muy débil: lo conozco en que ayer veia menos que hoy.

—¿Por qué dices eso, tio?

—Porque ayer esa señora no me pareció ni la mitad tan hermosa como hoy.

—Pues entonces, tio, tenia yo tambien ayer empañados los ojos.

—Pues cierto que sí, pobrecita; habias llorado.

—No, tio, no: es que ayer esa señora no estaba tan hermosa como hoy.

—¡Bah! ¿y cómo se puede creer eso?

—Mira tú, tio, tú me regañas porque leo novelas.

—Cierto que sí: las novelas son generalmente, si no inmorales, peligrosas para las niñas; ¿pero á qué viene ahora eso?

—Viene á que las novelas instruyen.

—¡Buena instruccion!

—Son la representacion de la vida.

—De una vida del diablo.

—Dan esperiencia.

—De lo que no es necesario tenerla.

—Enseñan, tio, enseñan mucho, cuando son buenas, se entiende: cuando tienen verdad.

—Bueno, y bien, ¿y qué?

—Esa señora me ha parecido una novela viviente.

—¿Y qué has leido en ella?

—Ayer recelé. habia algo en su manera de mirar que me espantaba: hoy... hoy tio...

—Vamos, acaba.

—Un arcángel: cuando me cogió las manos y me abrazó y me besó en la boca, yo sentí no sé qué, y como si me hubiera dicho: «Te amo como á una hermana.»

—¿Y qué tiene que ver eso?

—Que ayer, que sin duda estaba disgustada, no parecia ni con mucho tan hermosa como hoy.

—¿Y eso lo has aprendido en las novelas?

—Cuando sale á los ojos el alma triste, no es lo mismo que cuando sale rebosando felicidad.

—Pues mira, Anacleta: cuando tú estás triste, estás mas hermosa que nunca, hija mia.

—Para tí, tio, yo siempre soy un prodigio.

E inclinándose hácia él le besó en la frente.

El anciano cerró los ojos y gimió.

—Dios te bendiga, hija mia, la dijo: sin tí, ¿qué seria de mí?

—Lo que de mí sin tí.

LXIII.

Marieta habia estado allí poco antes, y habia dado á don Casto una cantidad para que la empleara en los pobres.

Anacleta la habló de una anciana impedida

de la vecindad, que estaba sola en el mundo y que perecia.

—Pues bien, amiga mia; á esa desdichada iremos á verla nosotras esta tarde.

Y despues de una larga visita se fué, dejando encantados como hemos visto al tio y á la sobrina.

LXIV.

Anacleta quitó la mesa y entró y salió.

Despues de haber tomado su café, á que era muy aficionado, el cura encendió un cigarrillo y se puso á fumarlo con delicia.

Habia una gran beatitud en la mirada del cura.

—¿Está alegre el pavo, preguntó, á Anacleta?

—¡Ya lo creo! respondió ella; como que anoche le atracamos de bellotas y hoy tiene salvado largo.

—¡Pobre animal! ¡engordarle para matarle! dijo el cura: y, en fin...

—Cierto que sí, dijo Anacleta: si no destruyéramos, ¿cómo habíamos de vivir?

—Las legumbres... los huevos... los lacticinios.

—Todo vive, tio... todo vive.

—¿Lo has aprendido eso en las novelas?

—Mucho que sí: como que son docentes, y mas aun, trascendentales.

—Y enseñan la manga ancha: es decir, el que mejor satisface sus apetitos es el que conoce mejor la vida.

—Tio, yo no hablo de las novelas que dicen

eso: cuándo me cae una de ellas en las manos y la conozco, la dejo: yo no quiero leer lo que ofende mi sentimiento.

—Vamos, tenemos en tí una filósofa.

—Yo no sé lo que soy, pero no tengo que avergonzarme de lo que pienso.

—Por esa parte, hija mia, ya sé que eres buena.

LXV.

En aquel momento llegó el cartero del interior.

—La señora Anacleta, dijo:

—¡Carta para mí! esclamó con estrañeza Anacleta.

—Para usted.

—Aquí no dice mas que señorita Anacleta, dijo la jóven que habia tomado la carta.

—Y además, calle de San Bernabé, número 12, replicó el cartero.

—Pues es la primera carta que me escriben de este modo.

—Parece mentira, respondió el cartero.

Y despues de este requiebro indirecto se fué.

LXVI.

—Tio, una carta, dijo Anacleta.

—¿Y quién puede escribirme? dijo don Casto: ¿quién se acuerda de mí?

—No es para tí, es para mí: toma, ábrela y léela.

—Abrela y léela tú, que tienes la vista mas clara.

—Y el papel es muy rico y está perfumado, dijo Anacleta.

—Bueno, pues veamos lo que dice.

Anacleta abrió la carta.

Leyó.

—«¿Es usted hija del teniente de caballería, conocido con el nombre de don Gabriel de Madrid?»

—¡Ay, hija! ¿qué será esto? esclamó don Casto.

—Yo no lo sé, tio, yo no lo sé.

—Sigue, hija, sigue.

Anacleta continuó la lectura.

«¿Sabe usted que su padre era expósito?»

—¡Ay, tio! ¿qué es esto? esclamó Anacleta que se sintió mala.

Ella ignoraba lo oscuro del nacimiento de su padre.

Vaciló y se sentó.

—¿Y quién es el infame que te dice esto? esclamó el cura.

—No hay firma: pero espera, tio, espera: lo que sigue es mejor.

Y continuó leyendo:

«Su padre de usted era hijo legítimo de una ilustre familia.»

—¡Ah! ¡ah! esclamó don Casto: se le conocia, lo tenia en la sangre. Pero sigue, hija, sigue.

«Si se puede probar quién era su padre de usted, espera á usted una gran fortuna.»

—¡Hija de mi alma! esclamó don Casto: ¡si

querrá Dios! ¡si querrá Dios! ¡hablan de pruebas! ¡sí, sí! ¡hay pruebas! ¡Pero sigue, hija mia, sigue!

«Si puede usted presentar el registro del Hospicio de Madrid referente á su padre de usted; el testimonio del mismo Hospicio de que su padre de usted tenia una G en la parte inferior izquierda de la espalda, y algunas otras señales personales, y á mas de esto un brazalete de oro roto, haga usted insertar en *La Correspondencia* el aviso siguiente: Recibido: todo lo que se pide existe.—A.

—Pero, tio, tio, esclamó anhelante Anacleta, ¿existe todo esto?

—Sí, hija mia, sí, esclamó con la voz vacilante el cura.

—¿Pero dónde, tio, donde?

—Arriba, tabicado en el desvan: yo no queria que tú supieras que eras hija de un inclusero; yo queria que ignorases siempre la tristísima historia de tus padres: yo por lo mismo oculté los objetos que te hubieran obligado á preguntarme. Pero yo esperaba... esperaba y rogaba á Dios; Dios me ha oido... porque ¿á qué esa carta si no ha de tener buenos resultados?

—Tio, yo quiero ver eso, dijo Anacleta.

—Pues mira, tú tienes fuerza bastante: con el martillo puedes romper el tabique; mira, está junto á la claraboya: en el yeso hay una cruz: pero mira, hija: antes es menester que busques en la cómoda: ahí hay una llave envuelta en un papel dentro de una caja de rapé.

—¡Ah! si yo la he visto; pero no me llamó la atencion: una llave de baul.

—Sí, de baul: tómala; con ella abrirás un baul que está en el hueco que quedará descubierto cuando hayas derribado el tabique; allí hay otras varias cosas que pertenecieron á tu padre, sus armas, la montura de su caballo; pero deja, hija mia, yo voy contigo; quiero estar junto á tí cuando veas esas cosas, aunque me cueste trabajo subir por la escalera de mano.

—Sí, tio, ven conmigo, yo te ayudaré á subir, yo no me atrevo á ir sola.

LXVII.

Anacleta, buscó la caja de rapé en la cómoda y tomó de ella la llave.

Luego fué á la cocina, y de un basar tomó el martillo.

Salieron al jardinito.

Entraron en el corral.

El pavo les salió al encuentro inflando el buche y haciendo la rueda.

—¡Ah! dijo Anacleta que tenia una actividad estraordinaria y habia reparado en el pavo á pesar de la grave situacion de su ánimo: me haces la rueda cuando voy á lo que voy; pues no te mato: te vas á morir de viejo.

—¿Quién piensa ahora en el pavo?

—Se puede pensar en todo, tio.

Y á esto tomó la escalera que estaba en el sotechado.

Encima habia una abertura cuadrada.

Arrimó á ella la escalera Anacleta.

Ayudó á su tio á subir.

—Mira, aquel es el tabique, dijo don Casto.

Anacleta derribó el tabique á martillazos.

Muy pronto quedó descubierto un hueco.

LXVIII.

En él habia un gran baul.

Mas alla, en un rincon, una montura de caballería de línea, un casco, una coraza, una espada, un par de pistolas de arzon, un sombrero de tres picos, un espadin, todo esto mohoso, apolillado, degradado por las telas de araña, estropeado por el polvo que entra en todas partes.

El largo baul aparecia rroido por los ra tones.

Aquellos eran restos, despojos, miseria.

Fluia de allí un olor como de momia.

Eran aquellos, girones de una historia pasada.

Huellas de una familia que habia desaparecido.

Dolor concentrado.

LXIX.

El cura estaba aterrado y á la par conmovido.

No sabia hasta qué punto, su Anacleta, su hija, su vida, lo único porque se aferraba con sus débiles fuerzas á la tierra para que no le arrastrase la ola, podia impresionarse por aquella franca revelacion ante aquellos miserables objetos, y al mismo tiempo se le avivaba mordiente, insoportable, el recuerdo de su hermana y de su cuñado.

Y tras ellos se levantaba como siempre su pri-

mer amor, su único amor, su amor eterno del cual no sabia lo que habia sido.

¡Cuánto sentimiento!

¡Qué inmenso universo doloroso en aquel negro hueco!

El cura poco menos que aniquilado miraba con ansia á su sobrina.

LXX.

Anacleta miraba con los ojos dilatados, con la boca contraida, con una tension violenta en el semblante, con una espresion inesplicable aquellos objetos.

Temblaba como por efecto de un frio insoportable.

Estaba sobre sus rodillas, rígida, agitada por una leve convulsion y teniendo aun en la mano derecha crispada, el martillo con que habia demolido el tabique.

LXXI.

Su hermosura tenia una tal fuerza de espresion por el sentimiento, que realizaba algo sobrenatural.

Y la situacion no era para menos.

Se habia venido de improviso sobre ella una avalancha de sentimiento.

LXXII.

Su mirada se fijaba dilatada, conmovida por una espresion indefinible en aquellos objetos, so-

bre los cuales caian en negros y espesos festones, asquerosas telas de arañas.

Parecia como que se oia el roer de la polilla.

Aquello era como si se hubiera abierto despues de largos años un panteon en un cementerio.

Se aspiraba un polvo sutíl y nauseabundo.

Aquel largo baul, cuyo cuero habia sido roido por los ratones, podia muy bien tomarse por un ataud.

Y en efecto, aquel hueco habia sido como un panteon en que se habia guardado todo lo que quedaba sobre la tierra con que habian estado en contacto de dos desventurados que no habian venido á la vida sino para ser mártires.

LXXIII.

El cura miraba con ansiedad á su sobrina como temiendo el efecto que en ella podia causar la vista de aquellos objetos que de improviso, y de una manera terrible, eran para ella una primera revelacion de una historia que el amor la habia ocultado.

El cura conocia bien á Anacleta.

Sabia cuan impresionable era.

El era tambien èstraordinariamente impresionable y juzgaba á su sobrina por sí mismo.

LXXIV.

Anacleta, de rodillas, atónita, inmóvil, muda, tenia en la mano crispada, la llave del baul.

Tenia impaciencia por abrirle.

Y un miedo de abrirle mayor que su impaciencia.

Al fin, en un movimiento brusco é inconsciente, asió por una de sus asas de cuero el baul y le sacó del hueco.

LXXV.

Aparecieron en desórden ropas de mujer.

Verónica, algunos dias despues de la muerte de Catalina, las habia puesto así.

No habia tenido valor para arreglarlas.

Eran las últimas que habia vestido Catalina.

Aquellas con la que la habia sorprendido la muerte.

—¡Tio! ¡tio! dijo Anacleta; yo no puedo; esto me ha cogido muy de improviso.

Y se sentó sobre sus piernas.

Estaba pálida y desencajada.

Su mirada se fijaba candente y velada por lágrimas en aquellas ropas que habian sido de su madre.

LXXVI.

Don Casto apartó todas aquellas ropas, las de Catalina, y los uniformes y alguna otra ropa de paisano que habian pertenecido á Gabriel, con no sabemos que apretamiento del corazon.

De un ángulo del baul sacó una caja de carton, y dijo á Anacleta.

—Vámonos: despues y cuando te se haya pado el sobresalto se arreglará todo esto.

LXXVII.

Bajaron, ayudado don Casto por Anacleta.

Una vez en la sala, el cura abrió la caja de carton.

Dentro se encontraron los despachos de Gabriel, su partida de desposorios con Catalina, la partida de bautismo de Anacleta, las de defuncion de Gabriel y de Catalina, una copia del registro del Hospicio de Madrid referente á Gabriel, y las pruebas por donde un dia podia ser reconocido, contándose entre ellas la mitad de un brazalete de oro roto.

Ademas, en dos marcos de metal dorado, los retratos de Gabriel y de Catalina.

—¡Oh Dios mio! esclamó Anacleta al ver el retrato de su padre.

Salva la diferencia de hombre á mujer y la edad, no podia haber nada mas semejante.

—Sí, sí, dijo don Casto; no niegas la familia; ademas de parecerte completamente á tu padre tienes la fisonomía de tu madre, la espresion, el alma, en los ojos, en la sonrisa y la garganta y el aire del cuerpo; pero no te atosigues hija mia, no te atosigues, no te me pongas mala; estas son cosas que Dios nos envia cuando menos las esperamos y yo creo que esto que hoy nos envia Dios es para bien.

—Dios lo haga, tio, Dios lo haga, dijo Anacleta; pero yo estoy espantada.

—¿Pero por qué hija, por qué? supon que te venga una grande herencia por parte de tu padre.

—¡Una grande herencia!

—Un título ilustre, unas grandes rentas...

—¿Y para qué quiero yo ese título? yo siempre seré lo que dicen en el barrio; la sobrina del cura.

—Tú te acostumbrarás, hija, tú te acostumbrarás, tú perderás ese saborcillo de barrio bajo que has tomado sin que yo lo pueda remediar.

—¿Y para qué tio, para qué? el pan pan y el vino vino; en fin yo no soy orgullosa; con tener buen trabajo, y con que tú, pobrecito mio, estés bueno y contento, tengo bastante.

—¿Pero y la renta?

—No pensemos en eso tio.

—Pues hay que pensar en ello. ¿No dice esa carta que te han escrito, que contestes por medio de la *Correspondencia* si tienes las pruebas de que te se habla?

—Sí, que sí.

—Dame la carta.

Anacleta se la dió.

Don Casto escribió lo que en la carta se prevenia se hiciese insertar en la *Correspondencia*.

—Ahora niña, dijo don Casto, á llevarlo al periódico.

—Yo no voy, tio.

—¿Y por qué?

—Porque no quiero meterme otra vez entre aquellos señoritingos; una vez fuí con la señora Anastasia para poner un anuncio de su perro que se le habia perdido, y no sabes tú la que armaron conmigo todos aquellos *espíritaos*. ¡Calcula tú, hombre! ¡si me cargaron de tal manera que por poco no hay allí un Dos de Mayo!

y que uno se vino tras de nosotras, y si no me vuelvo con todo el poder que Dios que ha dado, y le digo que yo no podia tener lacayos porque todos los que se habian venido á mi olor, les habian roto el alma, el silbante no se va. Enviaré á Colasin.

—¿Y si Colasin se queda con el dinero? es un pillin.

—Bueno, pero como le darán recibo de lo que sea, vélo tú ahí.

—Es verdad, pues busca á Colasin y dále un duro. Toma.

—Bueno.

—Y no te me achiques, hija, no te me achiques.

—Achicarme no: pero esto ha sido una puñalada que me han dado madrugando.

—Anda, hija, anda; que puede salir hoy esa contestacion.

LXXVIII.

Anacleta se fue á salir á la puerta, la abrió y dijo con toda la estension de su voz:

—¡Colasin!

Salió de un portal inmediato en que habia un zapatero de viejo un muchacho zanquilargo y desarrapado, que se disparó como un rehilete y vino á detenerse delante de la jóven.

—¿Qué se ofrece, señora Anacleta? dijo.

—Que te ganes dos reales.

—¿Y por qué? contestó mirando con una cierta malicia desconfiada el aprendiz de zapatero de oir á la jóven.

—Porque lleves esto á la *Correspondencia de Es-*

paña y pagues lo que sea y te den el recibo y que salga hoy mismo.

—Bueno: ¿y en el recibo dice lo que vale?

—Sí.

—Bueno: me alegro, no fuera que usted creyera que yo me tragaba algo: y ángeles para mi alma que yo soy muy fiel.

—Ya lo sé, hombre, ya lo sé.

—Pues ya estoy aquí.

Y Colasin partió á la carrera.

LXXIX.

Se entró Anacleta.

—¿Y á ti no te se ocurre, tio, quién ha escrito esta carta? dijo á don Casto.

—Algun alma justa.

—Tú á todos los crees justos, y las gentes no son como tú crees que son, que eres muy bueno, sino como Dios los ha hecho.

—Vamos, ¿y tú que crees bachillera?

—Yo creo que esas cien misas que te han pagado y toda esa caridad con que se nos han venido, ha sido para metérsenos en casa.

—¡Ave María purísima! ¡tú piensas unas cosas!... ¡de oir á estas gentes!...

—Mira, tio, por vivir prevenidos no se ha perdido nunca nada.

—Sí, pero hay suposiciones que ofenden: y suponer desfavorablemente á propósito del prójimo, es un gran pecado.

—Deja, tú, tiito, que ponerse en todo no es decir nada: ¿apuestas á que tenemos aquí esta tarde á esa señora?

—Pero vamos claros, ¿no te parece á tí esa señora, cómo á mí, una bendita?

—Sí, tio, sí; pero mira, el primer *volunto* es el que vale: cuando yo la ví por primera vez y cómo me miraba, me cargué de esteras. Pero dije: deja, que en buenas manos está el pandero.

—¡Cuándo yo digo que te me han picardeado sin que yo lo pueda remediar!

—Mira, tener picardias no es malo: lo malo es hacerlas: y mira tú si es bueno leer novelas: si yo no hubiera leido mucho, no sabria lo que sé.

—Me estás perturbando la conciencia, dijo el cura.

—¿Y por qué?

—Porque cuando de buenas á primera me dieron cien misas adelantadas, á veinte reales, yo desconfié: temí que quisieran seducirme... pero como esa señora es tan simpática... parece tan buena...

—Mira, tiito: en el tomar no hay engaño: si te hubieran pedido algo malo...

—¡Cómo! ¿á mí?

—Pues por eso: pero te han pedido que digas cien misas... ya ves tú... eso no es malo. te dan dineros para que los emplees en obras de caridad... dices tus misas, consuelas á los pobres que puedes y *patas*. Pero yo es distinto... pueden apuntarte á tí para darme á mí, deja.... deja... pues *apañao tienen el ojo*: ya, verán.

—Vas á dar lugar á que yo tenga una esplicacion con esa señora.

—Tú te callas y te aguantas y déjame á mí: ¿pues qué. crees tú que yo no sé andar por el

mundo? Con que *sonsi*, que bien pronto sabremos lo que esto es.

—Esto por lo pronto te ha trastornado, hija mia. Estás pálida como una muerta.

—¡Pues no que tú!... pareces un desenterrado. Y la cosa no es para menos. En fin, déjame, que con lo que se me ha venido encima estoy que me ahogo.

Y cogiendo aquella caja que con respecto á ella podria llamarse terrible, escapó á su cuarto, que era la alcoba del comedor que daba al jardinito.

TERCERA PARTE.

I.

El marqués de Peñalvar era un Tenorio especial.

Un hombre candentemente apasionado por la belleza, dotado de cuantas cualidades son necesarias para seducir á la mujer, nacimiento, fortuna, dotes personales, apasionamiento, elocuencia conmovedora, galantería y una educacion esquisita.

Pero se paraba poco en las cualidades de la mujer, con tal de que esta ó la otra belleza, esta ó la otra cualidad que le fuera simpática causaran en él una fascinacion.

Idealizaba á las mujeres que le fascinaban, las atribuia todas las cualidades que le enamoraban, y hacia de ellas arcángeles esplendentes.

Era un Tenorio que se vencia á sí mismo.

Como todos los ideólogos, sufria desilusiones en el terreno de la práctica, desengaños que le mortificaban, decepciones y hastíos insoportables.

II.

No solamente se habian comido las mujeres la mitad de su fortuna, sino que le habian herido el corazon, causando en su cerebro una vaguedad y una confusion de ideas, que habian acabado por hacerle desconfiado de sí mismo, y darle un no se qué de nostalgia y misantropía.

III.

Habia seguido la carrera diplomática y llegado á la categoría de primer secretario de embajada.

Habia recorrido, por afan de viajar, todas las capitales con las cuales el gobierno español tenia relaciones.

Era, en fin, un hombre *comm'il fout*.

IV.

Se podia decir que apenas si conocia á su familia, ó por lo menos que para ella era como un estraño.

Sus permanencias en Madrid, cuando á peticion suya por completar sus viajes se trasladaba, eran muy cortas.

Así es que podia decirse que habia visto una veintena de veces por cortas temporadas á su lejana prima la magnífica Elena, hija única de su tia la duquesa de Gracia Real.

El marqués habia tenido el buen sentido de

no pretender hacer una víctima suya á Elena ni hacerse él tampoco su víctima.

Hombre de mundo, habia estudiado por esperiencia propia la corrupcion de la mujer por la relajacion de las costumbres, que la idea del casarse no podia ocurrírsele.

Así, pues, y por evitar inconvenientes, habia escluido á su prima de la lista de sus conquistas.

La habia tratado, pues, bien, lisa y llanamente, como á una prima que se conoce desde niña, y por consecuencia no puede producir en su primo emociones candentes.

V.

Pero no habia acontecido lo mismo respecto á Elena.

Ella, desde su adolescencia, desde el momento en que por un destino inevitable habia sentido sin comprenderlo la necesidad del amor, se habia enamorado del marqués, y la conducta indiferente de éste la habia empeñado.

Orgullosa hasta lo inesplicable por su nacimiento, por su gran belleza y por la adoracion con que se la trataba por todos los que podian aspirar á su mano, habia contraido por el marqués un empeño formidable, una pasion escepcional.

Pero su misma fiereza, su altivez, y aun podria decirse que su amor, resentido por la indiferencia de su primo, habian determinado en ella un enojo que tomaba todas las formas de la antipatía.

Fenómenos del corazon.

VI.

Cansóse al fin el marqués de viajes.

Llegó á la certidumbre de que la humanidad se parece en todas partes.

Llegó al terrible hastío de los que todo lo han gozado hasta la saciedad, y se aplomó.

Se retiró.

Se vino á Madrid abandonando la carrera diplomática, y se entregó heróicamente al fastidio.

Viciado por el mundo corrompido en que habia vivido desde su adolescencia, y en el que se habia gastado de una manera infecunda, se habia hecho groseramente materialista.

En cuanto á la materia, en cuanto á la belleza viviente se habia estragado su gusto.

Le acontecia lo que al gastrónomo que ha gastado el estómago.

No habia manjar por esquisito que fuera que provocase su apetito.

La hermosa y altiva Elena sufria, pues, el estragamiento moral y físico de su primo.

VII.

Pero una noche el marqués se aventuró en los bastidores del teatro Real.

Conoció á Marieta de cerca, y sintió una emocion extraña.

Una especie de resurreccion.

Un deseo.

La habló con la facilidad de su práctica, considerándola como terreno franco, y se encontró con

una gran forma, con una gran discrecion, en una palabra, con una sagacidad que él consideró como una conducta hábil, como una manifestacion de que aquello no era tan llana como él habia creido.

Consistia esto en que Marieta habia amado al fin.

En que se habia encontrado el corazon.

El conde de Rocamar y ella estaban ya en lucha.

El conde habia caido tambien.

Amaba por la primera vez de su vida con toda su alma.

Pero ya conocemos los amores del conde y de Marieta.

Ellos mismos nos los han esplicado.

Esta era la dificultad insuperable que el marqués de Peñalvar habia encontrado en Marieta.

La hacia inconquistable, inviolable, su amor.

Estos amores no los conocia nadie.

El marqués, pues, creyó que Marieta se hacia valer.

VIII.

Apeló á los medios ordinarios.

Envió á Marieta una alhaja de precio.

La alhaja fue devuelta con una escusa delicada.

Siguió un aderezo estimable.

A éste otro de gran precio.

Obtuvieron la misma suerte.

—¿Qué quiere esta mujer? dijo el marqués.

Y se resintió.

Desistió aparentemente.

Pero sin quererlo, sin poderlo evitar se empeñó mas y mas.

IX.

No hay vista mas perspicaz, percepcion mas delicada, que la de una mujer enamorada respecto al nombre de su amor.

Cuando el marqués acompañaba á su prima en su platea del teatro Real, en el momento en que aparecia en escena Marieta, sin poder impedirlo, se manifestaba su alma sin contar con su voluntad, se le salia por los ojos y devoraba á aquella pobre belleza, aprovechada mas que como otra cosa, como una parte preciosa de un espectáculo fascinador.

Inmediatamente se habia entablado un duelo entre la artista y la aristócrata.

Combate de la escena á la platea.

Mímica agresiva, recíprocas ojeadas de desprecio y de reto á muerte.

Un empeño, en fin, de todo punto trascendental.

X.

El marqués por su parte, y respecto á Marieta, estaba bien empeñado.

Tomó un mal camino.

El de mostrarse perfectamente indiferente para Marieta, y empeñado, enamorado por su prima.

Pero aquello era elaborar ácido prúsico sin tomar precauciones.

La hermosísima Elena no tuvo que emplear otros medios de seduccion que los de su pasion propia.

El marqués vió palpitaciones de seno como jamás las habia visto.

Relámpagos ténues y á la par infinitos de una vida exhuberante que se exhalaban de sus ojos, cuya hermosura llegaba hasta lo satánico.

Volcan cuya fuerza se sentia, cuyas candentes delicias se adivinaban.

El marqués empezó á embriagarse, ó mas bien á impresionarse.

Sin embargo, el espectro del matrimonio le espantaba aun.

Y sobre todo, la embriaguez que empezaba á sentir por Elena, luchaba con la otra embriaguez consumada, por decirlo así, que le habia causado Marieta.

XI.

El mundo, y sobre todo el gran mundo, vive espiando, y alimentándose de la presuncion de lo que ve ó cree ver.

Muy pronto el vago rumor del enlace probable del marqués de Peñalvar con la hermosísima, con la altiva Elena, corrió por todos los salones y se difundió hasta los bastidores del teatro Real.

—¡Ah! dijo Marieta al saberlo; esto me importa á mí bien poco en cuanto al corazon; pero en cuanto al amor propio es distinto: no te ca-

sarás tú con él: no sé como habré de impedirlo; pero yo encontraré el medio: yo lo impediré.

Ya hemos visto que encontró el medio.

XII.

Hé aquí por cuán estraños caminos puede llegar un cambio de posicion para nuestra sobrina del cura.

¿Cómo podia ella suponerlo por mas que recelase de la estraña conducta que Marieta seguia respecto á ella y á su tio?

Picardeada, como habia dicho muy bien don Casto por el barrio bajo, y no pícara, como llena de razon habia respondido ella, Anacleta se habia ido á lo mas vulgar.

Habia supuesto un gancho de algun libertino rico á Marieta.

Sin embargo, no comprendia cómo, creyendo esto en Marieta, la era de todo punto simpática.

Tenemos á Anacleta entre bastidores próxima á entrar en escena.

XIII.

Aquella misma tarde á las tres se presentó Marieta casa del cura.

Iba modestísimamente vestida.

Esto la hacia parecer mas bella.

Aumentaba su elegancia.

Venia en un coche de alquiler.

Alegó que habia descubierto una gran desgracia y que queria que Anacleta la acompañase.

Don Casto, que era muy tímido, aunque Ana-

cleta le habia puesto en guardia, solo se atrevió á murmurar algunas escusas.

—¿Y por qué no? dijo Anacleta que ni temia ni debia, que tenia una gran confianza en sí misma y que se habia propuesto descubrir terreno; no será la primera vez que te quedes solo en casa; y sobre todo que no creo tardaré mucho en volver.

—¡Bueno, bien, mujer! dijo don Casto, en quien su sobrina ejercia un predominio absoluto.

Ademas, la sencilla lógica de su fé le decia:

—Si Dios la abandona, ¿de qué puedo servirla yo?

De esta manera, don Casto daba en la fatalidad.

Pero así le habia hecho Dios.

XIV.

Anacleta se vistió rápidamente, apareciendo á poco tiempo en un estilo de término medio; entre chula y señorita.

Ya hemos dicho que tratándose de Anacleta era necesario tomar la palabra dentro de su acepcion decente.

Esto es, la calificacion de su estilo de chula de barrio bajo de Madrid.

XV.

Las dos se metieron en el carruaje y don Casto, á pesar de su confianza en Dios, se quedó inquieto y rezando.

XVI.

Apenas habian entrado en el carruaje y este habia partido, cuando Marieta, tomando las dos manos á Anacleta, la dijo:

—¿Qué ha pensado usted de mí?

—Todo lo malo y todo lo bueno que se puede pensar de una mujer, dijo sin vacilar Anacleta mirando á Marieta de una manera serena, pero fija y profunda.

—Bien, todo bien, dijo Marieta mirando con arrobamiento á Anacleta; desde que la vi á usted la amo no se por qué como si fuera usted mi hermana.

—Me alegro, dijo Anacleta; pero vamos claros: ¿es usted la que ha escrito la carta que he recibido esta mañana?

—Sí, yo.

—Y á qué ese carta; ¿pues no podia usted haberme hablado?

—Queria que estuviese usted preparada.

—¿De suerte que no habia para qué la contestacion en la *Correspondencia*?

—No, de ningun modo.

—¿Y por qué no me ha hablado usted delante de mi tio?

—Por no perder tiempo.

—¿Tiempo de que?...

—De que yo haga una grande obra de caridad, para la que usted me hace una falta absoluta.

—¡Yo!

—Sí, porque usted es el medio de mi obra de caridad.

—¡Yo!

—Sí, usted va á consolar á una desventurada señora, á una anciana, que hace mas de cuarenta años sufre la mas horrible de las desventuras.

—¡Oh Dios mio! esclamó Anacleta; ¡yo me pongo mala!

Habia adivinado de una manera vaga.

—Su abuela de usted; la madre de su padre de usted.

Anacleta miró con una espresion de agonía á Marieta, se contrajo, se arrojó en los brazos de Marieta, rompió á llorar, se desvaneció.

—¡Oh! esclamó Marieta; lo esperaba; ¡qué criatura, qué corazon!

Y sacando un botecillo de éter, reanimó á Anacleta.

El drama empezaba y de una manera terrible.

El carruaje se detuvo al fin á la puerta de la casa de Marieta.

Entraron en ella.

XVII.

Retrocedamos á la mañana de aquel mismo dia.

El padre capellan de los duques de Gracia Real habia mandado que á las cinco le tuviesen dispuesto un carruaje.

A las cinco de la mañana, á fines de noviembre, es perfectamente de moche.

El carruaje estuvo dispuesto.

Se avisó á don Alejo que muy abrigado y con

un brazo en cabestrillo, salió de su cuarto y por una escalera de servicio llegó al gran patio de la casa en donde el carruaje le esperaba.

Entró en él y dió al cochero la direccion del hotel del conde de Rocamar.

Media hora despues, esto es, á las seis menos cuarto, todavía de noche, el carruaje llegó al hotel del conde.

En él habia una preciosa silla de posta con cuatro compartimientos, dos inferiores y dos superiores.

Uno de esos modernos coches comodísimos de camino.

Ocho poderosas mulas estaban enganchadas á él.

El capellan de los duques de Gracia Real se estremeció cuando vió aquel carruaje.

Se le obligaba á ir en él á donde no hubiera ido á no existir en el mundo el conde de Rocamar.

XVIII.

Apenas llegado don Alejo fue introducido en un salon del piso bajo.

En el mismo donde hemos visto á Marieta con el conde.

Poco despues se presentó éste.

—Buenos dias, compañero, dijo tendiendo la mano al capellan.

—¡Compañero! dijo éste con un acento agrio, incisivo, acento en que no podia disimularse el ódio.

—Sí, ni tú ni yo hemos reparado gran cosa en los medios; pero estas esplicaciones son inú-

tiles; tú sabes que tienes que entregarme á la baronesa de Diez Torres.

—¿Fuiste tú quien te apoderaste de mí, me atormentaste y me arrancaste pruebas que me tienen sujeto á tu voluntad?

—Sí, ya puedo decírtelo; yo habia tomado precauciones por si acaso eras mas valiente de lo que yo creia.

—Tú me hubieras hecho morir por arrancarme ese secreto que me somete á tu voluntad.

—Es posible.

—Pues bien, morir es lo último; mientras se vive se espera. Yo tengo una esperanza.

—¿Cuál?

—Que me devuelvas las pruebas que me has arrancado por el dolor. Pónles el precio que quieras.

—Yo soy enormemente millonario, dijo el conde.

—Entonces, pues, ¿qué interés has tenido en lo que has hecho?

—¿Y qué te importa? No hablemos mas de esto; busca tu esperanza en otra parte.

Don Alejo rugió.

Se sentia cada vez mas cogido.

Un sordo dolor en el brazo en que habia sido atormentado, le representaba que se encontraba á merced de un poder implacable.

XIX.

Salieron.

El conde hizo entrar á don Alejo en el ámplio y cómodo *coupé* del carruaje de camino.

Nada mas muelle.

Nada mas suave.

Un calorífero de vapor sostenido por una gran lámpara de petróleo que no se veia, mantenia en el interior una temperatura deliciosa.

—Ambrosio, dijo el conde á su cochero; toma la direccion de este señor eclesiástico.

(Nos habíamos olvidado de decir que don Alejo iba en hábitos clericales).

—A M*.. dijo don Alejo.

(Marcanos de la anterior manera uno de los pueblos inmediatos á Madrid).

XX.

Arrancaron las ocho mulas llevando como si hubiera sido un ligero cabriolé el enorme coche de viaje.

—¿Con que tenemos en el convento de monjas de M*. dijo el conde, á la baronesa de Diez Torres?

—Sí, contestó con voz cavernosa don Alejo.

—¿Y las monjitas se prestan á los secuestros?

—De ninguna manera, pero obedecen ciegamente al Tribunal del Santo Oficio.

—¡El Santo Oficio! esclamó con estrañeza el conde.

—La organizacion del clero, tanto secular como regular existe, aunque gran parte de ella está en la sombra, respondió penosamente el capellan.

—¡Ya! dijo el conde: ¡una sociedad secreta!

—El catolicismo empezó en las Catacumbas.

—Nadie saca á los muertos de sus tumbas.

—El catolicismo no ha muerto.

—No, el catolicismo no puede morir; pero barbaries con que los hombres han afeado la faz del catolicismo, han pasado. No hay nadie hoy que se atreva á defender á la Inquisicion.

—Pero la inquisicion existe: ella volverá á aparecer cantando el terrible salmo: *Exarge Domine et judica causam tuam.*

—Afortunadamente, y por la misma esencia del catolicismo, eso es imposible. El catolicismo no seria universal y eterno, si no respondiese á las necesidades y al progreso de la humanidad; en una palabra, sino presidiese la marcha de la humanidad, siendo él la verdadera espresion del progreso posible, mejor dicho del progreso necesario.

—¡Saldremos ahora con que la echas de católico!

—No, yo soy libre pensador: por lo mismo juzgo al catolicismo desde el punto de vista filosófico. Pero como no estamos en una escuela, dejémonos de controversias y vengamos á los hechos. ¿Bajo qué pretesto que ellas creen sin duda una causa justa, tienen secuestrada las ignorantes monjitas de M*... á la baronesa de Diez Torres.

—Bajo un precepto al cual ni aun piensan en desobedecer.

—Pero la baronesa de Diez Torres las habrá contado su historia.

Ellas no la han creido: se les ha dicho que todo lo que la monja sacrílega que se les ha entregado para que la mantengan en prision y en penitencia cuando se rebelare, no es otra cosa que una mentira. Ellas saben que cuestionando

lo que sus superiores les mandan, negando una fé ciega á lo que les digan, pierden sus almas.

—Traducido al sentido vulgar eso no es mas que la esplotacion del fanatismo y de la ignorancia: el abuso del privilegio de la clausura donde no puede penetrar la mirada de la sociedad.

—¡La sociedad! dijo con sarcasmo don Alejo; ¿y qué es la sociedad?

—Lo que somos tú y yo: lo de encima es la superficie, lo falso: lo que está en el fondo es la verdad: hay que buscar las verdaderas fuentes de la fuerza, y esas no están nunca en la superficie. El mundo se ha regido siempre por los poderes ocultos: no puede ser de otra manera.

—Y cuando los poderes ocultos se encuentran en la sombra...

—Sucede lo que necesariamente debe suceder: el mas fuerte vence.

—¿Pero por qué no entendernos? contestó don Alejo.

—Porque no hay inteligencia posible: yo necesito de todo punto que sea reivindicada la baronesa de Diez Torres en su nombre y en sus derechos: y que estos por su hijo pasen á su nieta: ha sido para esto necesario usar de tí, y yo he usado sin que me importen gran cosa las consecuencias que vengan sobre tí.

—¡Ah! esclamó con el acento de un demonio el padre Alejo; si yo no hubiera tenido vacilaciones... si yo la hubiera matado como maté á su marido...

—Las vacilaciones son siempre cobardías, y las cobardías no sirven para nada.

—¿No te enamora la hermosísima Elena?

—Treinta y cuatro años largos...

—Apenas si representa veinticuatro: un título antiquísimo... una renta de ocho millones...

—Si yo hubiera deseado á Elena la hubiera tenido.

—¿Es decir, que no hay acomodo posible?

—Sí, uno: que yo haga llegar á los tribunales la declaracion escrita y firmada por tí que te arranqué en el tormento: la prision de los duques de Gracia Real, su incomunicacion: una instruccion criminal que hará surgir de la sombra un cúmulo de crímenes.

XXI.

Volvió á sonar un ronco rugido.

Aquel miserable no encontraba la salida de la terrible situacion en que le habia puesto el conde.

Eran las siete y ya de dia claro, cuando llegaron á un campo blanqueado por la escarcha, por el cual corria un riachuelo entre árboles deshojados.

Un pequeño edificio con un humilde campanario se veia muy cerca.

Mas lejos, sobre una loma, completamente plateada por la escarcha, se veia la negra silueta de un villorrio, de algunas de cuyas chimeneas se levantaban flébiles penachos de humo.

Mas allá, la niebla lo indeterminaba todo.

Una cerrazon de color de plomo ocultaba el cielo.

Una capa de hielo que lloraba, cubria los cristales del *coupé*.

Aquel pueblo era M*...

El pequeño edificio en cuya puerta paró la silla de posta, un convento de monjas.

XXII.

Bajaron del carruaje.

El padre Alejo se hizo anunciar y fueron introducidos en el locutorio.

Poco despues apareció una monja anciana.

Indudablemente la superiora.

Una buena mujer de apariencia vulgar, con el perfecto estilo monjuno, que saludó al capellan con la misma veneracion con que un israelita hubiera saludado á un sumo pontífice de la valia de Samuel.

XXIII.

El capellan, despues de los saludos, dió una órden escrita á la superiora.

El conde reparó en que en aquella órden habia un sello verde.

Sello sin duda de la Inquisicion.

La superiora besó la órden.

Luego se puso unas antiparras.

Leyó.

—¡Es estraño! dijo; á los cuarenta y cuatro años!

—La misericordia no tiene plazo, dijo el capellan.

—¡Alabado sea el nombre del Señor! dijo la

monja: voy, voy á cumplir inmediatamente esta órden.

—Pues bièn, madre, para abreviar, porque tenemos mucha prisa, esperamos en la portería.

—¿Es decir, que desde la portería se vá usted con ella, padre?

—Si, sí, desde la portería, dijo el capellan, que estaba pálido y desconcertado.

Y saludando de nuevo á la monja salió del locutorio con el conde, que no habia hablado una palabra y se habia reducido á saludar con una inclinacion de cabeza á la monja.

XXIV.

Se fueron á la portería.

Esperaron allí algunos minutos.

Al fin se abrieron las dos hojas de la gruesa puerta y aparecieron tres monjas completamente cubiertas con sus velos negros.

Parecian tres espectros.

La una de ellas, la que venia en medio, era de buena estatura y gallarda.

—En señal de santa obediencia, padre Alejo, dijo la superiora, que era una de las otras dos monjas, entrego á usted la hermana penitenciada de que he estado encargada desde que soy abadesa.

—¡Cómo! ¿á dónde se me lleva? esclamó la monja de gallarda estatura. Yo me habia resignado á morir aquí en paz con mis desdichas.

—Nada tiene usted que temer, señora, dijo hablando por primera vez el conde: usted vuel-

ve al mundo donde la espera una persona de su familia que usted no conoce.

—¡Al mundo! ¡yo al mundo! esclamó con una profunda emocion la que llamaban la penitenciada.

—¡Sí, al mundo! dijo con voz ronca el capellan.

Y asiendo por la mano á la penitenciada la entregó al conde.

Sobrevinieron otros saludos.

La portería se cerró.

El conde se llevó á la penitenciada al carruaje y la invitó á entrar en él.

—Usted se queda aquí, dijo el conde al capellan; su mision de usted está terminada.

Y entrando en el carruaje cerró la portezuela.

El carruaje partió inmediatamente.

El padre Alejo aturdido, torpe como un ébrio, se dirigió á la puerta del locutorio y desapareció por ella.

A las diez de aquella misma mañana, la penitenciada entraba en la casa de Marieta.

XXV.

El marqués de Peñalvar recibió poco despues un billetito perfumado que solo contenia estas palabras:

«Almuerzo á la una: espero á usted:—Marieta.»

—¡Oh! esclamó el marqués asombrado: esto es estraño, muy estraño: ¿para qué me llama?

A la una en punto bajaba de su carruaje á la puerta de Marieta.

Esta le recibió con una hechicera sonrisa en los lábios.

El conde no supo qué decirla.

Tal era su admiracion.

Se rehizo sin embargo, la tomó la mano y quiso llevarla á sus lábios.

—No, no, le dijo Marieta desasiéndose, no le llama á usted su amante sino su amiga.

Y le precedió hasta un gabinete donde estaba una mesa servida.

—Si le ha parecido á usted estraña mi cita, dijo ésta, le parecerá á usted mas estraño aun lo que le voy á decir: usted está en su casa y le dejo en ella.

—¿Y esa mesa? dijo el marqués.

—Le he invitado á usted á almorzar, respondió Marieta, y tengo el disgusto de no poder acompañarle. Ha sobrevenido un asunto de la mayor importancia para mí, y no puedo faltar á él: repito que está usted en su casa. Almuerce usted: espéreme usted: para llenar el tiempo que yo tarde encontrará usted algo bajo la servilleta. Adios.

Y sin esperar á que el marqués la contestase escapó.

XXVI.

La estupefaccion del marqués aumentó.

Buscó bajo la servilleta y encontró un manuscrito, en cuya cubierta se leia:

«Una historia infame que interesa mucho al señor marqués de Peñalvar.»

Aquella historia era la que ya conocen nuestros lectores.

La que habia sacado de la sombra el cónde de Rocamar.

—Cuando el señor guste, dijo apareciendo en aquel momento la bella Rosina.

El marqués, que como sabemos era hombre de mundo, aceptó la situacion tal como se le presentaba y se hizo servir el almuerzo.

Mientras almorzaba, leia.

La historia era detallada, terrible.

A medida que el marqués leia, se impresionaba mas y mas.

Así pasaron dos horas.

XXVII.

Cuando Marieta llegó á su casa con Anacleta, la llevó á un gabinete, donde encontró á la que hemos llamado la penitenciada.

Esto es, á la baronesa de Diez Torres.

No tenia ya el hábito.

Muy semejante en estatura y volúmen á Marieta, ésta habia hecho la vistiesen uno de sus trages.

La baronesa era una señora como de sesenta años.

Al verla, Anacleta se conmovió de una manera tal, que se vió obligada á apoyarse en Marieta.

Salvos los cabellos blancos como la plata, y lo apagado de la mirada y la demacracion, la palidez y la tristeza que habian dado á su semblante los años y los dolores, habia una tal se-

mejanza de rasgos fisonómicos, de lineamientos, de formas, un tal sello de familia que no podia dudarse de que la jóven provenia de la anciana.

Aunque no fuera la de Margarita una grande edad, las penas y los sufrimientos la habian agravado.

XXVIII.

Al acercarse Anacleta la miró.

Pero de una manera vaga.

Habia en sus ojos, que á pesar de haber perdido el brillo de la juventud eran hermosos, algo de estravío, de idiotismo.

Sonrió como sonrien los niños.

Su mirada se hizo mas intensa, mas fija.

Apareció en ella la espresion del que quiere, del que necesita, del que tiene ansia de recordar.

Pero sin gran fuerza.

Era como si se desenvolviese perezosamente algo que estaba dormido en su alma.

XXIX.

Cuando Anacleta, toda temblorosa se acercó á ella, volvió á sonreir, pero de una manera mas marcada, mas espansiva.

Aquella sonrisa la embellecia, porque como la mirada que la acompañaba, era de una suprema bondad y dejaba ver tras sí un fondo de sufrimiento resignado, á pesar de lo intenso del dolor.

Anacleta comprendió cuánta amargura dormia silenciosa, tranquila, en el alma de su abuela; mejor dicho, la sintió, se la comprimió el corazon y rompió á llorar como si aquella amargura fuera suya.

Marieta, viendo que era una figura fuera de cuadro, se sentó á poca distancia y se quedó mirando con un vivo interés aquella escena.

XXX.

La anciana habia asido con sus descarnadas manos las mórvidas manos de Marieta.

Su mirada acrecia en fuerza de momento en momento.

Su sonrisa se habia borrado.

La habia sustituido una espresion de languido cansancio.

De tristeza sin esperanza.

De pena sin consuelo.

Y su atencion se condensaba mas sobre Anacleta, que miraba á través de sus lágrimas á su abuela y estaba como cohartada, como absorbida por la situacion.

XXXI.

—¿Quién eres tú? la dijo llevando una de sus manos á la cabeza de Anacleta, atrayéndosela y besándola en la boca.

Anacleta respondió al beso de su abuela con un beso de fuego.

Margarita lanzó un grito.

Un grito lleno de fuerza y de vida y de sentimiento inesplicable.

Hacia mas de cuarenta años que no habia sentido un beso.

Parecia como si aquel beso hubiera inflamado la sangre de Margarita.

Como si con él Anacleta la hubiese trasmitido aunque solo hubiese sido por un momento, su ardiente y poderosa juventud.

—¡Ah! esclamó Marieta que comprendió la situacion; ¡el alma es eterna!, por eso su juventud es inmortal!

XXXII.

La abuela y la nieta continuaron por un breve espacio con los semblantes unidos.

Anacleta estaba de tal manera escitaba, conmovida, que quien hubiera estado cerca de ella hubiera oido los latidos de su corazon.

Se separaron al fin aquellas dos cabezas que eran tan semejantes.

La mirada de Margarita aparecia ya con una fuerza estraordinaria.

Lucia en ella una voluntad poderosa.

Se obstinaba en recordar.

—Yo te conozco, dijo: ¿quién eres tú?

—¡Cuidado! esclamó Marieta, saltando de su sillon y yéndose á Anacleta: no demos de improviso tanto amor á un alma que está de amor hambrienta.

—¡Hambre de amor! esclamó Margarita que habia cogido estas palabras, aunque habian sido dichas rápidamente al oido de Anacleta. ¡Ham-

bre de amor! ¡Oh, sí! ¡Yo no los he olvidado nunca, están aquí... aquí!...

Y Margarita se puso la mano sobre el corazon.

—¡Señora! dijo Anacleta no atreviéndose á llamarla madre.

—¡Los dos! ¡los dos! continuó Margarita, él, mi Andrés... y él ó ella... sí, él ó ella... porque yo no sé si el fruto de nuestro amor fue niña ó niño.

A Anacleta se le amargó todo su sér.

A Marieta la pasó una crispatura insoportable de la cabeza á los pies.

—Me lo arrebataron, me lo arrebataron; pero yo los amo á los dos; sí, los amo con hambre del alma.

Margarita se habia trasformado.

Hablaba con vehemencia.

Parecia como si la hubieran quitado veinte años.

XXXIII.

—¡La mentira! ¡la mentira infame creida por aquellas monjas estúpidas! continuó Margarita: ¡la monja sacrílega que habia ofendido á su divino esposo debia ser encerrada en un hueco horrible sin mas que un agujero para respirar, en el fondo de un calabozo lóbrego y húmedo, de donde no se la debia sacar sino para que muriendo de frio, de horror, al sentir los asquerosos reptiles que corrian sobre su cuerpo, no cesasen sus tormentos! ¡El castigo... el ayuno... el desprecio... la orfandad desconsolada del alma!...

¡el silencio y la obediencia por miedo..! ¡pero no, no; yo agonizando siempre no los olvidaba nunca... nunca...! ¡yo veia á mi Andrés como si lo hubiera tenido delante... yo veia á mi adorada criatura, á mi ángel, en mis sueños!... ¿Por qué me han sacado de allí?... ¿Por qué me han traido aquí? ¿Dónde están mi Andrés, mi hijo?...

XXXIV.

La situacion agobiaba á las dos jóvenes.

Estaban espantadas.

En Margarita se revelaba una poderosa resurreccion.

Era como una cataléptica que despues de volver de su letargo vá recobrando rápidamente la plenitud de su existencia.

De improviso la mirada de Margarita, que no se apartaba de Anacleta, se concentró de una manera poderosa.

Irradió con una espresion de amor supremo.

Reconoció á Anacleta.

—¡Ah! esclamó: ¡tú eres semejante á mí, y tienes en tus ojos el alma de mi Andres! ¡ah! ¡tú!...

Y se alzó nerviosa, poderosa, rebosando de vida.

Cogió entre sus brazos á Anacleta y la devoró con sus besos.

Pero instantáneamente, dejando de besarla, mirándola de una manera imposible de describir, dijo con un acento de dolor supremo:

—¡No, no! ¡tú no puedes ser mi hija! ¡eres demasiado jóven! ¡tú eres mi nieta!

—¡Ay, madre mia! esclamó Anacleta abandonándose en sus brazos y desvaneciéndose.

La situacion se habia resuelto.

Marieta se sintió aliviada de la opresion que hasta entonces la habia atormentado.

Las dos, la nieta y la abuela, tenian fuerza en el alma para soportar lo terrible de la emocion.

XXXV.

Desde aquel momento empezó á decrecer la violencia de la situacion.

Una ambrosía de consuelo, de una fruicion inesplicable, se hacia sentir en la abuela por la nieta, en la nieta por la abuela.

XXXVI.

—Sí, sí, yo soy madre mia, dijo Anacleta, tu nieta. Y vamos, vamos; es necesario tener valor; ¡pues no faltaba mas! tú estarás siempre á mi lado, y me desviviré por tí como me desvivo por mi tiito, ya verás tú...

—¡Tu tio! esclamó Marieta.

—¡Sí! ¡el hermano de mi madre!

—¡Pero entonces!... ¡tu padre! ¡mi hijo!... esclamó con una ansiedad mortal Margarita.

Anacleta dejó ver una espresion de angustia y no se atrevió á hablar.

—¡Muertos! esclamó Margarita.

Creció la angustia de Anacleta que continuó en su silencio.

—¡Que se cumpla la voluntad de Dios! esclamó Margarita.

—Yo no he conocido á mis padres, dijo tristemente Anacleta, me ha criado mi tio.

Margarita no lloraba.

Parecia que habia agotado sus lágrimas.

Una resignacion á toda prueba, un valor infinito para el sufrimiento, se revelaban en ella.

Habia dominado la situacion.

XXXVII.

—¿Y qué es tu tio? dijo al fin.

—Mi tio es sacerdote, un pobre sacerdote, muy pobre; un bendito, un santo; no vive mas que por mí y para mí, y yo lo quiero... como te quiero ya á tí... con toda mi alma; vamos lo que ha sucedido no tiene remedio, y es menester no atosigarse; ya verás, ya verás tú que felices vamos á ser... ¡sí, muy felices porque yo te haré muy feliz, probrecita mia!

Y abrazó á Margarita y la besó suspirando.

—¡Oh Dios mio, Dios mio! esclamó Margarita; ¡ésto es un sueño! un sueño de gloria en medio de la amargura, del dolor.

—¡Sueño, sí, sueño! verdad y mucha verdad, dijo Anacleta; y mira mamaita mia... ¡vamos yo no se lo que tengo, pero cuando te llamo mamaita!... ¡Dios mio!... ¡mira mamaita mia, ahora mismo nos vamos á ir á casa! ¿no es verdad señora, que esto es lo que debe ser, que yo me llevo á mi casa á mi abuelita?

—Indudablemente, amiga mia, indudablemente, dijo Marieta; y por lo mismo mi car-

ruaje está esperando. Vamos voy á acompañarlas á ustedes.

—¡Quia! ¡no señor! dijo Anacleta que habia recobrado su manera viva y desenfadada aunque en su semblante quedaban las huellas de la tempestad, el carruaje bien; ¡pero á qué se ha de incomodar usted!

—¡Incomodarme, Dios mio! esclamó Marieta; pero hay una razon de mas fuerza que usted no ha dicho, mi querida Anacleta y que reconozco; ustedes deben desear quedarse en familia; aunque ustedes no lo sintiesen, de hecho por la verdad de la situacion yo estorbaria.

—Pues afuera cumplimientos, dijo Anacleta; nosotros nos vamos; tiempo sobrado tenemos para vernos; pues ya lo creo: ¡yo la quiero á usted mucho!

Y abrazó á Marieta y la besó.

—¡Ah *mia cara*! esclamó Marieta.

—Yo comprendo que debemos á usted algo inapreciable, señora, dijo Margarita; mi agradecimiento es poco... mi cariño.

—¡Ah, señora baronesa! dijo Marieta; yo la amo á usted, yo deseo que usted me ame siempre.

Y tomando de sobre un mueble una rica y elegantísima tunecina, envolvió en ella á Margarita, la arregló en la cabeza la capucha, y salieron.

Entraron la abuela y la nieta en el carruaje.

—A la calle de San Bernabé número 12, dijo Anacleta.

Cuando el carruaje partió, Margarita dijo á Anacleta.

—¿Quién es esta señora?

—No lo sé, dijo Anacleta; pero para mí es un ángel.

XXXVIII.

Marieta permaneció en la puerta de la casa hasta que el carruaje arrancó.

Luego entró en su cuarto y en la misma habitacion de donde acababan de salir Margarita y Anacleta.

Abrió una puerta, levantó un portier.

Aquella puerta daba al comedor.

El marqués de Peñalvar se levantó y la salió al encuentro.

—¿Hé, qué tal? El postre de mi almuerzo no se come todos los dias.

—¡Oh! esclamó el marqués llevándose la mano á la frente; no se lo que pasa por mí.

—Aquí me las traje, dijo Marieta, porque suponia que usted oiria y veria.

—Despues de la historia que me he encontrado entre la servilleta, es necesario perdonarme mi indiscrecion.

—Yo contaba con ella. ¿Y qué tal?

—¡Loco!

—¿De indignacion ó de amor?

—De indignacion, furioso; loco de amor... no se... lo conmovedor de mi situacion... esa abuela, esa nieta, esa historia... y esa criatura.

—¡Admirable! ¿no es verdad?

—Yo no se... pero siento lo que jamás he sentido.

—¡Ay marqués, que le veo dar á usted la caida mortal en el abismo!

—¡Pudiera ser! ¡estoy aturdido!

—Con un aturdimiento delicioso.

—Sí, inmensamente delicioso, inesplicable.

—Esto vale mucho mas que si yo le hubiera invitado á usted para decirle vulgarmente de sobremesa despues de una conversacion galante; ¡yo te amo!

—Es que yo adoro á usted, Marieta.

—Como se adora al que debemos algo merecido que no esperábamos; acepto esa adoracion; vamos, venga usted á mi gabinete, al gabinete de su buena amiga.

Se sentaron en él junto á la chimenea.

XXXIX.

—Le autorizo á usted para que fume, dijo Marieta.

—Acepto; hay situaciones en que un cigarro es inapreciable... ni aun se lo que me digo.

—¡Cogido! esclamó riendo Marieta; pero su juicio de usted: ¿qué le parece á usted?

—¡Una fascinacion!

—Una hermosura estraordinaria; una de esas hermosuras que á primera vista parecen no mas que agradables, pero que atraen y á medida que se las contempla se van manifestando hasta que se las ve en todo su esplendor.

—Exactamente, dijo el marqués; y que cuando se las siente y se las ve en toda su plenitud, viene el deslumbramiento.

—¡Cogido, atado, esclavizado! dijo Marieta

batiendo las palmas. ¡Bravo! ¡hé aquí mi triunfo, marqués!

—¡Triunfo!

—Sí, por el que le doy á usted las gracias.

—¡No comprendo!

—¡Y la señorita de Gracia Real!

Se demudó el marqués.

—¡Elena! esclamó.

—¡La divinamente hermosa! ¡la insoportablemente soberbia!

—¡La hija de un asesino y de una adúltera!

—Es necesario convenir en que ella es inocente.

—Los pecados de los padres caen sobro los hijos.

—¡Injusticia inaceptable!

—Terrible decreto de Dios.

—¡Ah! ¡usted cree en Dios!

—Esa historia y esa mujer me han convertido.

—¡Acabaremos, porque me debe usted la salvacion de su alma!

—Puede ser.

—Pues bien, en agradecimiento de eso, le pido á usted que se vaya.

—¡Que me vaya!

—Sí, estoy fatigada; aunque usted no lo crea, aunque yo no lo demuestre, tengo el vicio del sentimentalismo: la emocion que me ha causado la escena de que usted ha sido testigo oculto ha sido tal, que siento una laxitud invencible. Adios, marqués; pero venga usted cuando quiera; aquí la encontrará usted.

—Vendré, dijo el marqués levantándose.

Marieta le tendió la mano.

El marqués se la besó y salió.

—¡Ah! esclamó Marieta. ¡triunfo redondo! ¡Elena está destrozada á mis pies!

XL.

En diciembre los dias son muy cortos, y el carruaje que conducia á la abuela y á la nieta llegó ya cerca del oscurecer á la calle de San Bernabé.

Cuando los vecinos se apercibieron del ruido que causaba el soberbio trote de los dos poderosos caballos y que este ruido cesaba delante de la casa del cura, salieron á las puertas.

—¡Calla, la sobrina del cura! dijeron, al verla bajar del carruaje.

—¡La Anacleta!

—¡Se nos echa á perder!

—¡Y señorona va y señorona viene!

—¡El dia menos pensado, el arzobispo!

—¡Pues eche usted! ¡viva quien puede!

Y despues de haber entrado en la casa Margarita y Anacleta, y de haber desaparecido el carruaje, aun se quedaron murmurando.

XLI.

Don Casto sufria una de las mas dolorosas impaciencias que jamás habia soportado, cuando sintió el ruido del carruaje.

Respiró al fin ámpliamente, y se fué á la puerta con mas ligereza que la que parecia podian permitirle sus años.

—¡Ah, otra señora! dijo al abrir.

—¡Sí, tio, otra señora y muy señora! dijo alegremente Anacleta, que viene á quedarse en casa.

—¿En casa? esclamó con estupefaccion y con miedo don Casto, siguiendo á Anacleta y á su abuela que habian entrado en la sala.

—¿Pues á dónde ha de ir si es de la familia y no tiene á nadie mas que á nosotros en el mundo?

—¡De la familia!

—¡Sí, mi abuelita! ¡mi querida abuelita! esclamó llena de alegría Anacleta; ven, mamá, ven, siéntate aquí al brasero.

—¿Es éste tu tio, hija mia?

—Sí, mi tiito, mi buen tiito, un ángel, mamá; ¡pero Dios mio: ¡qué hermoso es poder decir mamá! ¡Yo no me harto! Trae, trae el abrigo... mira, esto es muy pobre, muy pobre; pero tienes aquí un gran lujo: el amor de tu hija, el cariño de tu hermano; porque mi tiito es tu hermano.

—¡Oh, hija de mi alma! esclamó Margarita estrechando á Anacleta en sus brazos y besándola en la boca.

—Pero yo no comprendo esto, dijo don Casto que al fin pudo hablar.

—Deja, deja que encienda luz y lo comprenderás, dijo Anacleta.

Dentro de la sala hacia ya oscuro.

XLII.

Salió Anacleta y un momento despues volvió con una capuchina encendida en la mano.

Iluminó el semblante de Margarita y dijo:

—¡Mírala y mírame!

—¡Dios mio! esclamó el cura.

A pesar de la gran diferencia de edad, encontró entre Margarita y Anacleta una semejanza indudable y una semejante bondad de carácter.

Se habia cruzado una mirada investigadora entre Margarita y el cura.

Ella habia sonreido completamente satisfecha.

El buen don Casto se le habia hecho simpático á primera vista.

Él dejó ver una súbita espresion de afecto y habia esclamado:

—¡Sí, sí, son semejantes en el cuerpo y en el alma! ¡bendita sea la misericordiosa providencia de Dios! ¡Así pudieran volver los otros!

—¡Mi hijo! esclamó con un acento que salia de sus entrañas Margarita.

—¡Pobre Gabriel! ¡pobre Catalina! esclamó el cura con un acento tambien entrañable.

—¿Tienes valor, mamá? dijo Anacleta.

—Yo he apurado el valor, dijo la anciana: Dios me ha sostenido.

—¿De veras, te atreves á ver los retratos de mis pobres padres?

—¡Oh, sí! esclamó Marieta con una espresion ansiosa.

—Pues mira, dijo Anacleta yendo á la cómo-

da y abriéndola: no te llevo mucha ventaja, yo no sabia que esos retratos existian hasta hoy.

—Yo he querido siempre ahorrarla un dolor, dijo don Casto.

XLIII.

Anacleta sacó la caja que habia encontrado en el baul de su padre, acercó un veladorcito de pino blanco en que estaba la lamparilla y puso la caja sobre él y la abrió.

—¡Oh, qué es esto! dijo Margarita viendo lucir el medio brazalete que habia en la caja.

Y le tomó.

—¡Un brazalete roto! dijo; ¡el que yo tenia puesto cuando me aletargaron! ¡sí, aquí está nuestro escudo! las diez torres en la orla, y en el abismo el leon rojo sobre oro; ¡el blason de nuestro título!

—¡Título! esclamó don Casto.

—Sí, mamaita es baronesa de Diez Torres: dijo Anacleta.

—¡Pero los retratos! esclamó Margarita: ¡el de mi hijo, el de tu madre!

—Míralos mamá.

—¡Ah, sí, él, él! esclamó Margarita cogiendo el retrato de Gabriel, llevándolo á sus lábios y oprimiéndolo contra ellos.

Sus sollozos eran intensos.

Al fin sus lágrimas, que parecian haberse secado, corrieron á raudales.

Sus sollozos se hicieron mas intensos.

Parecian anunciar un grave accidente.

Anacleta se puso pálida.

El cura se asustó.

—¡Oh, qué imprudencia, dijo; la tuya por haberlo pensado y la mia por haberlo consentido!

—No, no, dijo Margarita, ya estoy acostumbrada al dolor: le sufro sin morir. ¡Oh, hijo, hijo mio!

Y le miraba y volvia á besarlo, y le apartaba de sus labios y volvia á besarlo.

Sus sollozos se fueron calmando.

Fue cesando su llanto.

—¡Oh, qué hermosa y qué buena! dijo contemplando despues el retrato de Catalina.

—¡Ah, pobre hermana mia! dijo don Casto que estaba encogido con los pies puestos en la tarima del ya estinguido brasero, las rodillas juntas, respingada la sotana por delante, apoyados los brazos en las rodillas, sobre las rodillas los brazos, sobre estos el cuerpo, si se le cae ó se le tiene el bonete, y mirando á Margarita con una espresion de idiota.

Queria esplicarse lo que sucedia y se embrollaba.

XLIV.

—Vamos, dijo Anacleta, recogiendo los retratos y metiéndolos en la caja que cerró: no se ha de gastar todo de una vez: tiempo queda para historias tristes: tú estás en tu casa, tú estás muy cansada, mamaita.

—Sí, hija mia, sí: mas cansada del alma que del cuerpo: ¡oh! ¡una sucesion de emociones terribles, inesperadas!..

—Pues por lo mismo es necesario que descanses, y antes que tomes algo.

—¡Oh, sí! me siento débil, muy débil; aquella señora, que como tú dices muy bien, es un ángel, se esforzó porque tomase algo; pero me era imposible...

—Pues mira, tú me dirás qué quieres: ¿te parece bien unas sopitas de ajo con huevos frescos y luego un besuguito cocido, que los tiene muy ricos el tio Anton, que á mí me sirve muy bien, y luego... luego... mira... merluza frita... yo tengo miedo de darte carne de noche... los pescados son ligeros... y luego almívar?...

—¡Y tú... tú, mi nieta; tú hija mia, vas á ir por todo eso y vas á comprar todo eso!... esclamó con una altivez aristocrática, que cuarenta y cuatro años de secuestracion y de tratamientos deprimentes de mujeres fanáticas no habian podido domar.

—Sí, dijo con una admirable naturalidad Anacleta, ¿y por qué no?

—Somos muy pobres, señora, dijo don Casto: á mí tambien me duele mucho que la pobrecita mia trabaje; ¿pero qué le hemos de hacer si esa es la voluntad de Dios?

—¡Oh, que Dios maldiga á los infames que asesinaron á su abuelo, que me robaron á mí á la vida! ¡Oh, no, no; no los perdonaré jamás!

—Yo he perdonado á los que mataron á mi Gabriel y acortaron la vida de mi hermana, que se fué con él, dejando huérfana á mi Anacleta. ¡Es necesario resignarse á la voluntad de Dios!

Margarita inclinó la cabeza sobre el pecho.

Parecia como si la inspirada palabra del sa-

cerdote, llena de amor, de fé y esperanza en Dios la hubiese hecho inclinarse ante la divinidad suprema.

—Vamos, vamos, dijo Anacleta que habia puesto la caja en la cómoda y habia tomado cuatro duros: ¿á qué ahora esas tonterías? es necesario animarte, mamaita. Que no se hable nada de eso mientras yo esté fuera, que volveré pronto.

Y escapó.

Se lanzó á la calle con el pañuelo en la cabeza, la cesta en el brazo, empuñados en la una mano los cuatro duros y en la otra una botella.

XLV.

Era ya entre dos luces.

Al pasar junto á la puerta de una vecina, ésta que estaba en ella dijo á Anacleta.

—¡Con que han tomado ustedes huéspedes de coche!

—¡Bastante le importará á usted, estúpida! esclamó Anacleta: ¡mas valia que les lavara usted la cara á sus chiquillos, que da pigricia de verlos! ¡Redios, con esta gentuza!

Y dobló la esquina.

Sintió tras sí el taconeo de un hombre.

Apretó el paso y cambió de acera.

El hombre se puso en dos saltos á su lado.

Era un jóven del mejor corte.

De los que rara vez se ven por los barrios bajos.

—¡Necesito hablar con usted tesoro! la dijo con sobrealiento.

Anacleta sin detenerse y sin mirarle le dijo:

—¡Pues mira el *silbante*! lárguese usted hombre, que aquí no se da conversacion. ¡Pues me gusta el *chistera!*

—¡Dios mio! esclamó el jóven deteniéndose: ¡he debido equivocarme! ¡no debe ser ella!

Era el marqués de Peñalvar.

No habia podido resistir su impaciencia.

Habia ido á casa de Marieta y la habia pedido las señas de la casa del cura.

Despues habia dejado el carruaje en la calle de Calatrava, cerca de la Fuentecilla de la de Toledo, y se habia ido á la de San Bernabé á rondar la casa de Anacleta.

La vió salir y la siguió.

Cuando vió el recibimiento que como hemos visto le hizo, dudó.

Pero en la duda la siguió á distancia.

Anacleta se metió en una pescadería en la Plaza de la Cebada.

Entonces el marqués, recatándose, pudo verla sin ser visto.

—¡Sí es ella! esclamó: ¡y siempre con su soberana hermosura! ¡pero esas maneras! ¡una chula! ¡y tal vez su moralidad!... ¡ah, no! ¡fluye de ella una pureza indudable, inmaculada! ¡sueño tal vez de mi locura! ¡oh, sí, sí; yo estoy loco y loco sin remedio!

Y se apartó precipitadamente para que Anacleta, que iba á salir no le viese.

XLVI.

Ella tiró hácia la calle de Toledo.

El marques se fué recatadamente detrás.

Cuando entró en una confitería la pudo ver á su sabor y con luz bastante á través de las vidrieras.

—¡Dios mio! esclamó, ¡y distinguidísima aunque desenfadada! ¡Admirable! ¡soberana! ¡qué importa! ¡cómo me hago amar de ella!...

El marqués sintió desgano de la vida á este pensamiento.

Luego, y viendo que Anacleta salia, se alejó.

Se puso en lo oscuro tras una esquina.

La vió pasar.

Luego se retiró cabizbajo y con paso lento, y fué á buscar su carruaje á la calle de Calatrava.

—Casa de mi tio, dijo al entrar.

Poco despues el carruaje paraba á la puerta de la casa de los marqueses de Gracia Real.

XLVII.

—Señor, dijo el portero al marqués cuando éste atravesaba el portal: los señores han marchado.

El marqués se sorprendió.

—Bien, dijo.

Y subió.

Llamó al mayordomo.

—¿A dónde han ido los señores? le preguntó.

—Lo ignoro, señor, respondió el mayordomo:

los señores han ido en uno de los grandes coches de viaje, sin mas servidumbre que una doncella, un cochero y dos lacayos, y sin decir á dónde han ido.

—¿Y no han dejado para mí ningun recado?

—No tengo noticia.

El marqués comia cuotidianamente casa de sus tios.

Se fué á comer á un *restaurant*.

Despues á aburrirse á un círculo.

Se retiró temprano y se acostó para no dormir.

Anacleta se le habia indigestado.

XLVIII.

En la casa de los duques de Gracia Real, habia sucedido algo muy grave.

Despues del almuerzo, la hermosa Elena encontró en su tocador un grueso pliego cerrado con lacre negro, que la causó un terror instintivo.

Allí no entraban mas que sus doncellas.

Las preguntó.

Ninguna supo responderla dana.

No parecia sino que aquel pliego habia entrado allí por sí mismo.

Al fin le abrió Elena.

Al leer las primeras líneas se inmutó.

Era una copia semejante á la que habia encontrado el marqués de Peñalvar casa de Marieta, de aquella historia de sangre y lodo.

XLIX.

Elena no tuvo valor para seguir leyendo.

Se habia detenido en una línea que decia: «Tú eres hija del sacrilegio y del adulterio.»

Elena se irritó.

Creyó que aquello era una infame calumnia.

Su imaginacion buscó quién pudiera ser el autor de ella, y se detuvo en Marieta.

Si Marieta aborrecia á Elena con toda su alma, Elena aborrecia á Marieta con ánsias de sus entrañas.

Necesitaba una venganza horrible.

Tan horrible que fuera mas allá de lo imaginable.

Pero ella no podia tomarla por sí misma.

Creyendo de buena fé que la historia que contenia el manuscrito era calumniosa, se fué con él á su madre.

L.

La duquesa tuvo valor para leer del principio al fin el manuscrito.

Para leerle se habia quedado sola.

Si Elena hubiera estado al lado de su madre durante la lectura, se hubiera aterrado.

De tal manera habia dejado ver la duquesa la manifestacion de las mas terribles pasiones.

Antes de acabar la lectura habia ya en la duquesa algo de frenesí, de delirio espantoso.

Pero acabada la lectura hizo un violento esfuerzo y logró aparecer tranquila.

Guardó sobre sí misma el manuscrito.

Llamó á Elena y la dijo:

—Lo que tú has creido, hija mia, es verdad: una calumnia miserable y estúpida con la que han querido mortificarte.

—Pues bien: ¡venganza contra esa infamia! dijo Elena; ¡yo adivino quién es el autor de ella!

—¡Sí, venganza! dijo de una manera estraña la duquesa; ¡venganza y venganza rápida! pero para eso es necesario que nos cubramos; que nadie pueda ver en nosotros la mano que ha herido. Haz un pequeño equipaje, Elena.

—¿Pues qué, nos vamos?

—Sí.

—¿Y á dónde?

—A cualquier parte: á la quinta de Guadalajara.

En efecto, aquella tarde los duques y Elena, con solos cuatro criados, salieron de Madrid sin decir á dónde iban.

Ni aun se avisó á don Alejo.

Cuando éste volvió de sus negocios, se encontró con que los duques y Elena habian partido sin decir á dónde iban.

Se alarmó gravemente y esperó inquieto.

LI.

Aquella misma noche á las doce, paró un carruaje de alquiler delante de un cafetin situado en una calle inmediata á la casa de los duques de Gracia Real.

Salió del carruaje una mujer alta, esbelta, gallarda, con un trage oscuro muy sencillo,

manto y un velo espeso echado sobre el semblante, que despidió al simon, entró en el café, se sentó, y sin levantarse el velo, se sentó en una mesa y pidió agua con azucarillo.

En ciertos cafés de Madrid, y á tales horas, nada se estraña.

Los concurrentes, que eran casi todos de la gente del bronce, la tuvieron por una mujer celosa que esperaba á su marido ó á su amante.

Bebió apenas la mitad del agua, pagó y salió.

LII.

Dió con paso lento una vuelta alrededor de la manzana.

Observó si alguien la seguia.

La noche era fria y lóbrega, y apenas si de tiempo en tiempo aparecia algun transeunte.

Era un barrio escéntrico, el de Puerta de Moros, en el cual quedan aun algunas grandes casas.

Aquella mujer, viendo que ni aun de un sereno podia ser notada, se metió por una callejuela á donde daba el jardin de la casa de la duquesa.

La callejuela estaba desierta y oscura.

La mujer llegó al postigo del jardin.

Le abrió, entró y volvió á cerrar.

LVIII.

Todo reposaba en la casa.

No se oia el mas leve ruido.

En los balcones y en las ventanas que daban al jardin no se veia luz.

La mujer atravesó el jardin.

Entró en una sala tenebrosa.

A tientas buscó una puerta.

Siguió un pasadizo.

Encontró una escalera y subió por ella.

No producia al andar el mas leve ruido.

Llegó al fin á las habitaciones de la duquesa, que estaban á oscuras.

Se fué al dormitorio.

Allí buscó á tientas una puerta.

La abrió y subió otras escaleras oscuras tambien.

Llegó al segundo piso de la casa.

Llegó á un corredor y le siguió.

Al fin de él se veia el reflejo de una luz por las rendijas de una puerta.

LIV.

Tras aquella puerta habia una habitacion muy cómoda y puesta con gran lujo.

Era la habitacion de don Alejo.

En aquella parte de la casa no vivia nadie mas que él.

Aquella habitacion se quedaba incomunicada de noche.

Estaba en comunicacion con el dormitorio de la duquesa por una estrecha escalera que nadie conocia, que empezaba en una puerta secreta y terminaba en otra, secreta tambien.

Nadie pues podia sorprender aquel constante adulterio, que escluia al baron de Diez Torres y

que le hacia en realidad un sér estraño á la duquesa con el nombre ante el mundo de marido.

LV.

Don Alejo, en quien, á medida que pasaba el tiempo, la inquietud se hacia mas penosa, estaba sentado junto á la chimenea.

Conservaba el brazo en cabestrillo.

Le tenia hácia la parte del fuego y se comprendia que sufria de él.

Buscaba á cada momento, como los reumáticos, una posicion mas cómoda.

Su semblante tenia toda la espresion que puede suponerse en un lobo cobarde cogido en un lazo, y que teme que de un momento á otro vengan á matarle.

Violentas y breves convulsiones pasaban por él.

—Es necesario que yo hable, dijo; que ellos compartan conmigo el terror; que se busque un medio; que se sucumba sin disputar á lo que quieran: este silencio es horrible: yo siento la fiebre.

En efecto, don Alejo parecia calenturiento.

LVI.

Sonaron entonces tres golpes recatados en la pared, á poca distancia del sillon en que estaba don Alejo.

—¡Ah! ¡ah! esclamó: ¡ella que no se ha ido! pero no estaba en la casa: ¿de dónde viene, pues? ¿A qué viene?

Don Alejo se levantó.

Fue al lugar de la puerta tras la cual habian sonado los tres golpes y oprimió un boton semejante á los de las campanillas eléctricas.

Se abrió una estrecha puerta secreta.

Apenas se hubo abierto, cuando la mujer encubierta se arrojó sobre don Alejo, echándole ambas manos al cuello.

Don Alejo no pudo dar un solo grito.

Se debatió, pero inútilmente.

No pudo librarse de las dos terribles manos que le estrangulaban, y que al mismo tiempo le bamboleaban de un lado á otro para hacerle caer.

Al fin cayó y con él la mujer, que continuaba aferrada á su garganta y apretando sin piedad.

Lucharon un momento.

La mujer se sobrepuso.

Dominó á don Alejo y le clavó las rodillas sobre el pecho, cuyas costillas crujieron.

En esta lucha se le arrolló el manto á la mujer.

Quedaron al descubierto sus cabellos blancos, y su semblante, terrible entonces como el de un demonio.

En sus ojos habia una terrible espresion de ódio y de esterminio.

Una espresion insoportable.

Arrojaban relámpagos lúgubres.

Su boca aparecia espumante.

Apretaba con furor la garganta de don Alejo y golpeaba su pecho con las rodillas.

Era aquella la ferocidad de un tigre arrojado sobre su presa.

La duquesa trabajaba con vigor para dar fin

de su víctima, cuyos ojos estaban ya inyectados de sangre.

Sus manos clavaban las uñas en los brazos de la duquesa.

Pero ésta soportaba el dolor y no aflojaba.

Al fin don Alejo dejó de estremecerse.

Habia sobrevenido la asfixia.

Habia muerto.

Sin embargo, la estranguladora seguia apretando su garganta y golpeando su pecho.

Entre tanto repetia con voz sonora y espantosa.

—¡Tú no hablarás! ¡tú no hablarás!

LVII.

Cuando tuvo la certidumbre de que don Alejo habia muerto, soltó su garganta y se levantó.

Estaba jadeante y cubierta de sudor.

De un sudor denso y frio.

Nada mas horrible entonces que la duquesa.

Era una furia que reposaba despues de una tarea de esterminio y que contemplaba á su víctima con una espresion insoportablemente repugnante, y mas que repugnante espantosa.

Su boca estaba árida y su aliento silbaba.

Y continuaba repitiendo:

—¡Tú no hablarás! ¡tú no hablarás!

La venganza de Marieta, ayudada por el conde de Rocamar, se traducia al fin en un hecho formidable.

LVIII.

La duquesa se fué á la chimenea sobre la cual habia un servicio de agua, y bebió seguidas tres copas.

Y seguia repitiendo:

—¡Tú no hablarás! ¡tú no hablarás!

El cadáver habia quedado sobre la alfombra sesgado, con la cabeza hácia la chimenea, cerca del sillon donde habia estado sentado, con el semblante hácia aquella parte y con las piernas encorvadas, crispadas, en direccion á la puerta de la alcoba.

En sus ojos ya inertes habia una espresion de condenado, de demonio.

En su boca abierta, á la que asomaba la lengua gruesa y lívida, una espuma sanguinolenta.

Sus brazos estaban arqueados.

Sus manos gafas.

LIX.

La duquesa continuó mirándolo por algun tiempo y repitiendo su terrible estribillo.

Al mismo tiempo pretendia consolarse con las manos el dolor que le causaban las clavaduras, las desgarraduras, que las uñas de don Alejo habian causado en sus brazos descarnados.

Aquellas señales estaban sangrientas.

La escocian de una manera terrible.

Eran ademas el indicio del asesinato.

La duquesa se arregló el trage, se compuso el manto, se echó el velo.

Luego salió por la puerta secreta y la cerró.

Cinco minutos despues abria la puerta del jardin de una manera silenciosa y asomaba por ella la cabeza.

La calle estaba densamente oscura.

Solo allá en un estremo, lucia entre la niebla uno de los faroles del alumbrado público.

La duquesa se alejó con paso rápido y salió á Puerta de Moros, sin haber encontrado á nadie.

Ganó la calle de Toledo.

En ella, tomó un carruaje que la condujo á la Puerta del Sol.

Entró en el café Oriental, y salió de él por la calle de Preciados.

Al fin de ella, detuvo á un carruaje que pasaba.

Se hizo conducir al estremo de la calle de Fuencarral, donde dejó el carruaje.

Salió luego á Chamberí.

En el paseo de Luchana la esperaba una silla de posta.

En aquella silla estaban el baron de Diez Torres y Elena.

En otro compartimiento habia dos doncellas.

Al dia siguiente aquellos cuatro criados fueron enviados á Francia á una bella posesion que los duques tenian en la costa de Normandía y donde pasaban el verano.

LX.

Por la mañana, se despertó muy temprano Anacleta.

Habia dormido con su abuela.

Como que no habia en la casa mas que dos camas.

Las otras se habian vendido en momentos de apuro.

El pobre cura para tener menos frio, se veia obligado á echarse encima el manteo y la sotana.

Y aun así no lo pasaba bien.

Tardaba mucho en calentarse la cama.

¿Pero qué habia que hacer?

Así lo queria Dios.

LXI.

La abuela y la nieta, habian pasado hablando entre sábanas por lo menos dos horas.

Al fin Margarita se habia adormecido.

Anacleta no pudo cerrar los ojos, hasta que ya rendida, se durmió cerca del amanecer.

Sin embargo, se levantó á la hora de costumbre.

A la salida del sol.

Estaba pálida y ojerosa, lo cual hacia mas incitante su hermosura.

Margarita dormia profundamente.

Como siempre, Anacleta se peinó.

Se hizo los ricitos.

Se compuso las patillas.

Se puso *al pelo.*

Se arregló completamente su sencillo y pobre trage, y envuelta con suma gracia en su pañolon alfombrado, y con el pañuelo de seda de color de fuego en la cabeza, cogió su cesta, se fue á la cómoda, sacó dinero y se lanzó á la compra, esbelta, ligera, poderosa, magnífica, respirando vida y juventud, pero profundamente preocupada.

LXII.

El marqués de Peñalvar no habia dormido absolutamente en toda la noche, delirante con el embriagador recuerdo de Anacleta.

Antes del amanecer llamó.

El ayuda de cámara que dormia cerca de él, se alarmó.

Creyó que su amo se habia puesto malo.

Acudió al momento.

—Voy á vestirme, Agustin le dijo el marqués.

—¿Tan temprano, señor?

—Si, tengo que salir; tengo que ir á procurarme el amor de la que probablemente será tu señora.

—¿Con que al fin, señor?...

—Sí Agustin sí; todos caemos: oye necesito vestirme de una manera especial.

—Vuecencia dirá.

—Mira Agustin: ¿cómo irias tú á esperar á una muchacha de aparejo redondo, cuando fuese á la compra?

—¡Ya! vuecencia quiere ponerse en contacto con la cocinera de la casa de esa señorita...

—Casi, casi.

—Pero eso lo podria hacer yo, sin que vuecencia se incomodara.

—No, no: quiero hacerlo por mi mismo: tus trages deben venirme bien: vísteme con uno de ellos, Agustin.

—Mire vuecencia, señor, que á las cocineras les gustan mas los señoritos que los ayudas de cámara: digo, para esta clase de negocios.

—Pues bien, yo quiero parecer un ayuda de cámara.

—Como el señor guste.

—Pues anda, trae un trage tuyo completo: menos la camisa.

—Muy bien, señor.

Poco despues del amanecer el marqués estuvo por decirlo así, disfrazado.

Pero resultaba un ayuda de cámara demasiado distinguido.

Sin embargo, los hay así.

Ellos son un reflejo de sus amos.

LXIII.

El marqués se fué á escape á la calle de San Bernabé.

Se emboscó en una taberna que habia en la calle, enfrente de la casa del cura, algo mas abajo, hácia la calle de Calatrava.

El marqués se sentó junto á una mesa que habia delante de una reja, desde donde se veia la puerta de la casa del cura.

Hubo de pedir vino, para tener derecho de permanecer allí.

Bebió del peleon.

¿Pero qué sacrificio no hará un enamorado?

Esperó impaciente.

Al fin poco despues de la salida del sol, vió aparecer á Anacleta, y deslizarse aérea, por la acera opuesta, hácia la calle de Calatrava.

El marqués soltó un duro sobre la mesa y salió disparado.

Alcanzó á Anacleta cuando volvia la esquina.

—¡Ay que cuerpo de gracia! dijo. ..

Anacleta se volvió de muy mal talante, pero al ver al marqués se contuvo.

Sintió algo que no habia sentido nunca.

Le gustó el marqués.

Asi es que recogió la palabra cáustica que iba á soltar, se puso encendida, bajó los ojos y continuó apresurando el paso.

—Ni que usted se eche á volar, hermosa, he de dejar de seguirla á usted, dijo el marqués.

Y se le puso al lado.

Apretó mas el paso Anacleta.

—Yo vengo con los fines mas limpios del mundo, dijo el marqués; yo soy un hombre honrado...

—Pues si es usted un hombre honrado, dijo Anacleta, haga usted el favor de que yo lo conozca.

—¿Y qué he de hacer consuelo mio?

—Irse y dejarme en paz.

—¿Usted me manda que me vaya?

—Usted debia irse sin que se lo mandasen, hombre; ¡vaya un paso! ¡esto es una impertinencia!

—Basta con que usted se incomode para que

yo no insista, dijo el marqués; hasta mañana señora mia.

Y se quedó atras.

Anacleta sintió impulsos de volver la cara.

Pero se contuvo.

Siguió adelante.

—¡Vaya! dijo; ¡y parece bien educado! ¡y así ¡cómo criado de casa grande! ¡y qué guapo, y qué ojos!

Se la fué un suspiro.

—¡Bah, bah! dijo, ¡y quién sabe lo que es cada uno! ¡pero éste parece buen muchacho! ¡veremos! ¡si vuelve mañana! ¡y vaya si volverá! ¡me miraba que se le iban los ojos! ¡y qué modo de mirarme, Señor!

Se le fué otro suspiro á la jóven.

—¡Y á mí no me ha pasado esto por ninguno! dijo; ¡veremos, esto es una tontería!

Tercer suspiro escapado.

Y la palpitaba el bello seno, y estaba conmovida.

—¡Pues no me he pasado en la puerta del pescadero! esclamó; ¡si estaré yo distraida!

Se volvió atras.

Compró dos libras de almejas.

Le gustaban mucho á su tio con arroz, y debian gustarle tambien á su abuela.

Anacleta hizo su compra para un buen almuerzo y una buena comida, y se volvió á su casa.

Llamó á su tio, segun costumbre.

Debia ir á la iglesia á decir su misa.

Tanto mas que la tenia pagada.

Entró á ver á su abuela.

Dormia aun.

Anacleta la besó en la frente con la estremidad de los labios, para no despertarla, y suspiró.

Pero su suspiro no fué por su amor filial.

Recordaba con insistencia al marqués.

Ella no comprendia la gravedad de tal recuerdo.

Pero suspiraba.

Hizo chocolate para sí y para su abuela.

Se lo llevó á ésta á la cama, y la despertó dulcemente.

Tomó el suyo sentada en el borde de la cama y hablando alegremente con Margarita.

Pero sin perder el recuerdo del marqués, que á medida que pasaba el tiempo, le parecia mas hermoso y mas simpático.

¡Y luego la manera como la habia mirado!

¡El rendimiento con que la habia hablado!

¡La docilidad y el respeto con que se habia ido!

Anacleta, durante el dia, asistió á su abuela, á su tio, hizo lo que habia que hacer.

Pero poseida de una tal distraccion, sobrescitada de una tal manera, que su tio no pudo menos de decirla:

—Yo no sé lo que tienes tú hoy, Anacleta; eso no lo has tenido tú nunca.

—¡Pues qué le parece á usted poco lo que ha sucedido, tio! respondió ella con su natural desenfado.

—Es verdad, mujer, contestó completamente convencido el bueno de don Casto.

LXIV.

Por la tarde fué Marieta.

Al vuelo comprendió la nueva espresion que aparecia en el semblante de Anacleta.

Tenia, demas, antecedentes.

El marqués habia ido á verla y la habia dicho de qué manera se habia puesto en contacto con Anacleta.

Le dijo, ademas, algo mas grave.

Cuando volvió á su casa, y dejó su disfraz, llegó el mayordomo de los duques de Gracia Real.

—Como los señores están fuera, le dijo, y vuecencia es el pariente mas inmediato, vengo á poner en conocimiento de vuecencia, un gravísimo suceso.

Cuando segun costumbre fué un criado á llevar á don Alejo el chocolate, encontró la puerta cerrada.

Llamó con insistencia y no le respondieron.

Acudió al mayordomo.

Este, viendo que no le respondian, temiendo una desgracia, llamó á la autoridad.

Esta se vió obligada á llamar á un cerrajero, para que abriese la puerta.

Se habia encontrado asesinado á don Alejo.

Habia acudido el juzgado, que habia instruido las primeras diligencias.

—Yo nada tengo que ver con eso, dijo el marqués, ni tengo para qué intervenir en nada.

—Yo he cumplido con mi deber, estando ausentes mis señores, avisando á vuecencia.

—Indudablemente, pero como usted comprende yo nada tengo que hacer en esto. ¿Han preso á alguien?

—No, señor.

—¿Han embargado?

—No, señor.

—Entonces no hay razon alguna para que yo me mezcle en nada.

El mayordomo salió, y el marqués se fué á almorzar con Marieta.

Esta se alegró cuando supo la primera solucion terrible de su venganza.

—En cuanto á la deliciosa Anacleta, dijo Marieta al marqués, yo le ayudaré á usted; voy á verla esta tarde; yo encontraré el modo de que se esplique; las mujeres nos entendemos bien, y mas cuando se trata de una cosa tan inocente como ésta.

—¡Ay, Marieta dijo el marqués, que me enamora de tal manera ese ángel, que me parece imposible que sea mio!

—Me alegro; ella, por lo pronto, no ha amado todavía; tiene usted esa ventaja; y á Dios que voy á vestirme para ir á su casa. Venga usted esta noche.

LXV.

El marqués pasó uno de esos dias de impaciencia, que se hacen insoportables.

Cuando fueron las nueve de la noche, le pareció que le habian quitado el mundo de encima.

LXVI.

Cuando entró Marieta, le dijo:

—¡Ay, marqués y cuánto siento no poderle dar á usted buenas noticias!

El marqués se puso pálido.

—Nuestra niña, aunque ella no lo conoce porque es una inocente, completamente vírgen, está enamorada.

—¡Pero de quien!

—De un jóven muy buen mozo, que tiene unos ojos muy hermosos, que la mira que parece que ve á su alma, y que ella no dice ni que sí ni que nó, pero que como él se porte bien... ¡Ha llegado usted tarde, marqués!

—¿Pero quién es él?

—Uno que parece así como criado de casa grande, ó estudiante pobre, qué se yó, ¡un cualquiera!

—¡Pero desde cuándo quiere á ese hombre!

—¡Desde esta mañana! esclamó riendo Marieta.

—¡Ay! ¡Yo me pongo malo, Marieta! dijo el marqués: déjeme usted que me reponga.

—¿Pero de veras? dijo Marieta: ¿así estamos?

—¡Perdido, Marieta, perdido! ¡Esa criatura es para mí una inmensidad!

—Pues puede haber sérias dificultades, dijo Marieta; en fin, mucho tino, marqués, mucha calma.

—¿Y qué dificultades puede haber?

—Allá lo veremos.

—¿Pero no dice usted?...

—Sí, ella es espontánea, y aunque inteligente y viva, sencilla y candorosa; yo provoqué la confidencia y en efecto, con una naturalidad encantadora, me contó la aventura, poniéndose encendida como una cereza, y me confesó que le gustaba mucho el jóven que le habia hablado; que no habia podido olvidarse de él... y aun obligada por mí, me confesó que deseaba que llegara el dia siguiente para volverle á ver.

—¿Y aun cree usted que puede haber dificultades?

—Sí, porque usted no es un ayuda de cámara ni un estudiante pobre, sino el noble y rico marqués de Peñalvar.

—Pues mejor...

—No, no mejor ni mucho menos: en fin, usted lo verá.

LXVII.

Al dia siguiente y mas temprano que el anterior, el marqués se apostó en la calle de Calatrava, muy cerca de la de San Bernabé.

Anacleta salió tambien mas temprano.

No andaba tan de prisa como el dia anterior.

Al ver al marqués se detuvo instintivamente.

Luego apresuró su marcha.

El marqués la alcanzó.

—¡Buenos dias, arcángel! la dijo.

—Buenos dias, contestó con la voz insegura y sin mirar al marqués Anacleta.

—¡Oh, gracias! dijo el marqués.

—¡Y por qué! saltó con impaciencia Anacleta. ¡Pues vaya!... ¡no parece sino que!...

—La doy á usted las gracias porque ha con testado usted á mi saludo.

—¡Y qué! ¡pues digo!... ¡vaya una cosa! respondió Anacleta; la palabra de Dios no se le niega á nadie,

—Tampoco, gloria, se le debe negar una esperanza á un desesperado.

—¡Desesperado! ¡y qué desesperacion! ¡Pues no le dá á usted poco fuerte que digamos, hijo!

—¡Si usted dá el ópio!

—Eso está ya muy viejo y es muy tonto, dijo Anacleta, y no lo dicen mas que los *gorrillas*. hombre: si no sabe usted otra cosa, cállese usted.

LXVIII.

Anacleta miró ya al marqués frente á frente.

Se encontró con una mirada en que habia un alma de fuego, un alma enamorada.

Sorprendida Anacleta, no pudo contener su alma, que se le salió por los ojos.

—¡Ay! esclamó sorprendido, acongojado el marqués.

—Pero hombre, dijo Anacleta: ¿qué le pasa á usted?

—¡Que me muero!

—Mire usted que los que pasan miran.

—Tiene usted razon, dijo el marqués; yo me olvido de todo.

—Pues debe usted tener presente que va usted hablando con una chica honrada, y no dar lugar con aspavientos á que con usted haga el

oso; ¡y que no conozca, que digamos, en el barrio á la sobrina del cura! ¡y que no faltaba mas sino que me vieran ahora con un pretendientillo atosigado, cuando nunca me han visto con nadie y saben las despachaderasque yo tengo! Conque á ver, hombre, si habla usted, y mira usted como Dios manda, sin parecer un cómico que está representando, ó lárguese usted, que yo no tengo necesidad deque se burlen de mí por culpa ajena.

—Pues entremos en esta buñolería.

—¿Quién, yo? ¡Vamos, hombre, usted está *chiflado*, ó cree usted que yo soy una cualquiera cosa! ¡Ea! eche usted por la otra acera, ó echo yo, y no vuelva usted á hablarme en todos los dias de su vida!

—De aquí me voy á ver á su tio de usted.

—¡Qué me cuenta usted! ¡y qué tiene que ver mi tio! ¿y quién le ha dicho á usted que yo tengo un tio?

Y Anacleta miró al marqués profundamente.

Resultó otro encuentro mortal de miradas.

Anacleta comprendió que con su mirada habia destruido todo lo que habia dicho, y bajó los ojos y se encendió como si toda la sangre se la hubiera subido á la cara.

—Usted ha dicho, dijo el marqués, que en el barrio la llaman la sobrina del cura.

—¡Ah! ¡sí, es verdad! dijo Anacleta con un acento hechicero: no me acordaba.

—¿Está usted enojada conmigo?

—Yo no sé si estoy enojada ó no estoy enojada: lo que sé es que voy en áscuas, porque me conoce todo el mundo, y nunca me han visto acompañada de ningun hombre.

—Lo comprendo, dijo el marqués; pero ¿de qué medio valernos?

—¿Y qué sé yo? dijo volviendo á su impaciencia Anacleta y á su airecillo de barrio bajo.

—En una palabra, dijo el marqués; yo creo que Dios nos ha traido al mundo para que nos amemos.

Anacleta no contestó.

—Váyase usted, dijo al fin, y hasta otro dia.

—¿Será como hoy?

—¡Y yo qué le hago!

—Ser mia... yo iré á ver hoy á su tio de usted.

—¡Ay, no, por Dios!

—Pero ¿no me ama usted?

—Yo no lo sé... ¿qué sé yo lo que es amar?

—Pero ¿no siente usted un interés del alma por mí?

—¡Hombre! ¡esto es bueno! Espérese usted, hombre, y ya veremos... y lo mejor es que no vuelva usted á verme.

—Y ¿por qué?

—Porque no puede ser.

—¡Que no puede ser!

—No, porque mi tio... somos de muy buena familia... y no se ofenda usted... no soy yo quien lo digo; pero mi tio sufriria mucho, y no lo podria sufrir mi abuelita, que es muy anciana.... Perdone usted; pero usted...

—¿Qué?

—¡Perdone usted! pero usted... al fin y al cabo sirve... yo no puedo dar un disgusto ni á mi abuelita ni á mi tio...

—Una palabra: ¿me ama usted?

—Mire usted, como que esto se va á acabar

antes de haber empezado, y yo no le voy á usted á oir mas, se lo puedo decir á usted: me parece usted muy bien: tenemos simpatías: esto acabaria porque yo me encalabrinase... Conque acabado, y de paseo.

—Aunque me cueste la vida...

—¡Pero no le digo á usted que no! esclamó Anacleta, ya con enojo... usted se equivoca, hombre, y me alegro, porque así el buen concepto que habia formado de usted se irá, y me quedaré tan fresca. Váyase usted.

—A ver á su tio de usted.

—Bueno... ya verá usted... le dará usted un disgusto á mi tio, que me reprenderá... bueno... ¿esa es la estimacion en que usted me tiene?... Bien... haga usted lo que quiera.

—Yo sé lo que tengo que hacer. Adios, y hasta muy pronto.

Y se puso en marcha.

Anacleta quiso llamarle.

Pero la faltó voz.

Era demasiado: ella no debia llamar á un hombre que se despedia de ella.

—Bueno, dijo; esto se pasará, esto es una tontería.

Pero cuando decia esto, tenia apretado el corazon.

Aquel dia no almorzó Anacleta.

Sus hermosos ojos tenian algo que parecia un reflejo divino.

Algo de mas allá, de lo infinito, de lo supremo.

Algo de un sueño del alma que elevaba del suelo, de las miserias de la vida.

Algo hasta tal punto poderoso, que hacia irresistible la voluptuosa belleza de la jóven.

Margarita, que habia concentrado todo su sentimiento en su nieta, adivinó, se puso en un cuidado mortal.

Se contristó.

Pero el cura que habia nacido para ser siempre inocente, dijo:

—¡Cuando yo decia que á tí te pasaba algo, Anacleta!..

—No; tio, no, contestó lánguidamente ella: es que me duele la cabeza; ¿pues qué, lo que ha sucedido no es para ello?

LXIX.

El marqués de Peñalvar se habia ido de todo punto loco á ver á Marieta.

—¡Ay marqués! le dijo ella cuando le oyó: está usted en una situacion, que puede causar envidia al mas feliz; está usted sufriendo un tormento que es la delicia de las delicias; vive usted en el corazon y por el corazon de una criatura que es toda sentimiento, toda alma, y un alma de fuego, y como el fuego pura, y como el fuego devoradora.

¡Ay marqués, marqués, me temo mucho que usted no haya amado!

¡El amor de los hombres! ¡al diablo! ¡ningun hombre comprende ni puede comprender el amor de la mujer! ¡son ustedes los fuertes, los dominadores! ¡son ustedes incapaces del sacrificio!

Nosotras nos consagramos al amor del hombre, que es el amor de nuestros hijos; al amor de

los hijos, por los cuales crece el amor que tenemos al padre. Yo no estoy en el caso de juzgar de esto por esperiencia, pero lo siento; en la mujer no hay mas que un amor que los abarca todos, y sentido este amor por una de sus fases, todas las otras se revelan antes de ser conocidas.

A ver, á ver lo que hace usted con el corazon de mi hermana; porque si usted no la hace feliz, tan feliz como ella merece serlo, nos veremos las caras, y yo soy terrible.

—¡Luego usted cree, que ella me ama! esclamó anhelante el marqués.

—Como usted no puede concebir; porque los hombres por delicado que tengan el sentimiento, no llegan nunca á la delicadeza de sentimiento de la mujer. Por lo aturdido que está usted, por lo delirante, comprendo la inmensidad de lo que usted ha visto y sentido en ella, aunque ella no lo haya dicho con la palabra; ¡pero los ojos! ¡la mirada! ¡ese lenguaje del alma!... ¡y los ojos de Anacleta! ¡un universo! ¡poder de Dios! Cuando habla de usted, sus ojos adquieren una vida inesplicable; un poder incontrastable, dominador, lleno de todas las delicias del alma que devorando se devora; mire usted marqués: temo mucho eso pase; le advierto á usted que estoy enamorada de ella; que á mí tambien me ha absorbido; que la amo con la ternura de una madre por su hijo acometido de una enfermedad peligrosa que puede matarlo.

—Pero usted acaba de enloquecerme, Marieta; ¿usted, creo, que ella...

—No es que creo, es que tengo la seguridad; es que lo he visto evidente, palpable.

—Con fé y esperanza en Dios, dijo el cura, yo he apurado sufrimientos insoportables, y aun me quedaba alguno mas insoportable que apurar: y no, no, Dios no es injusto; sus decretos son incomprensibles; tal vez purifica con el dolor en este bajo mundo á sus elegidos.

Y el cura rompió á llorar, como si todo su corazon se hubiera deshecho en lágrimas.

—¡La hija de mi alma! dijo entre su llanto.

Marieta nada dijo.

Se sentia dominada.

Una especie de arrepentimiento la habia enmudecido.

Aquel humilde sacerdote aparecia á sus ojos como un gigante.

Y al mismo tiempo gozaba un placer misterioso.

Se sentia como convertida, como encantada.

—Que venga, que venga ese señor, dijo al fin el cura: yo tengo miedo por ella... yo no puedo dejar de hacer lo que pueda por ella.

LXXIII.

Salió Marieta y volvió á poco con el marqués, que dijo al cura:

—Señor, aquí no hay ante usted mas que un hombre, que ha podido cometer un error, pero que todo lo pospone á la criatura que Dios le ha destinado.

El cura se quedó mirando atónito al marqués y disculpó á su sobrina.

El marqués se le hizo simpático.

Habia tal espontaneidad, tal ansiedad, tal

alma en la espresion del marqués, que no podia dudarse de su sinceridad, de su amor.

—¡Ah! ¡la pobre mia! murmuró para sí el cura.

Y disculpó mas y mas á su sobrina.

Un momento despues ya la habia perdonado.

Un momento mas allá, habia aceptado al marqués.

—La situacion en que nos encontramos, dijo, es muy estraña, pero yo no quiero esplicaciones; doña Marieta me ha dicho que usted quiere...

—Sí, anhelo con toda mi alma para mi esposa á esa señorita.

—Yo no puedo responder; eso le toca ella, y como debo dar á usted una respuesta definitiva... tenga usted la bondad de esperar.

LXXIV.

El cura se fué al dormitorio de Anacleta.

Allí estaban Marieta y Margarita.

Anacleta habia mejorado algo á beneficio de los medicamentos.

Parecia despejada.

—Híja mía, la dijo el cura, ¿cómo te sientes?

—Bien, tio... esto no ha sido mas que una destemplanza, algun pasmo que he cogido... ¡hace tanto frio!..

—Sí, particularmente por las mañanas, dijo el cura.

Anacleta miró profundamente á su tio.

—Ahí está, dijo el cura lentamente, dejando caer una á una sus palabras, un sujeto que se interesa por tu salud.

Un súbito color rosado, iluminó el hermoso semblante de Anacleta, y una inefable espresion de alegría, de contento del alma, brilló en sus ojos.

—¿Lo sabe usted todo? preguntó con su valor sereno, porque Anacleta ni temia ni debia.

—Sí, hija mia, sí, todo lo sé.

—Pues bien, sabrá usted tambien que yo no he sido mala.

—¿Y quién dice eso, hija mia?

—Que yo por no darle á usted un disgusto ni á mi abuelita, me lo he dado á mí misma.

Y la pobrecilla se conmovió.

—Bien, bien; yo le acepto tal cual es.

—Y yo, dijo Margarita, sea quien fuere, que yo no creo que te hayas interesado por un hombre indigno.

—¡Dignísimo! esclamó Marieta.

—¡Oh Dios mio! esclamó Anacleta... ¿usted sabe quien es, tio?

—Sí.

—Y usted consiente.

—Sí.

—¡Dios mio, Dios mio! esclamó Anacleta.

Y se animó y pareció como sí de improviso hubiera recobrado toda su salud.

—¿Es decir, que puedo traerle?

—Sí.

LXXV.

El cura salió y volvió á poco con el marqués.

—Este entró vacilante y aturdido.

Fue aquel un momento solemne.

Anacleta miró con un marcado espanto al marqués.

No podia desconocerle.

Pero con su trage propio parecia otro.

Y lo era, en efecto, respecto á la clase.

—¿Quién es usted? le preguntó despues de un momento de estupor, Anacleta.

—Yo soy... dijo el marqués con la voz apenas perceptible.

—¿Quién es usted? vamos.

El marqués se sobrepuso cuanto pudo á su perturbacion.

—Yo soy, dijo, el marqués de Peñalvar.

Ardió algo prepotente y sublime en la mirada de Anacleta.

Se irguió, y dijo con una voz estraña y con una solemnidad profunda.

—¡Yo no conozco á usted!

Sucedió uno de esos silencios terribles que son mas elocuentes que la palabra.

—Yo ruego á usted que me perdone, que no me mate, dijo el marqués, con un tal acento de desesperacion que le sintió en sus entrañas Anacleta.

Sin embargo, su irritacion predominaba en ella.

—¿Con que es decir, esclamó airada con todo el aire de tempestad de la muchacha mas brava de los barrios bajos, que usted dijo; si la digo que soy un señor marqués muy rico, no me puedo fiar... yo quiero que me crea, pobre, un cualquier cosa... un lacayo... ¡el señorito! ¡eso es, porque yo me he tiznado, me he puesto

—Y entonces, ¿por qué dudo, por qué lucho, por qué agonizo?

—Porque adivina usted que en ella, hay tanta firmeza, tanta fuerza de voluntad como amor. A Anacleta la viene de casta; es de una familia nacida para el sacrificio y con valor para apurarlo. Anacleta afrontará la muerte por desesperacion, por dolor insoportable del alma, antes de dar ni aun levemente en lo indigno, antes que causar un disgusto á su tio ó á su abuela. Esa familia tiene un fondo esencialmente aristocrático, es uno de los raros productos de nuestro tiempo; á esa misma niña, tan sencilla, tan candorosa, tan noble, tan espiritual, la produce muy mal efecto el ayuda de cámara. ¿Qué quiere usted? anomalías de estos tiempos que se llaman á boca llena y con una soberbia insoportable esencialmente democráticos; influencias de la vieja sangre que duran hasta en los pobres individuos de una gran familia venida á menos? Misterios de la generacion. Yo asi lo creo por lo menos; ha sido una ocurrencia del diablo en usted haber tomado ese aspecto servil. Usted la ha creido completamente una buena muchacha, encantadora, de barrio bajo. Esa es la forma esterna, pero no el espíritu. En fin, ya lo ha hecho usted, y es necesario allanar las dificultades que naturalmente han sobrevenido.

—Pues bien, vengamos á la verdad; que sepa quién soy yo.

—Nuevas dificultades; se encontraria usted con una fria altivez, con un recelo funesto; con el recelo exagerado de los séres estraordinariamente sensibles. Ella temeria que usted creyera

que no por amor sino por vanidad y por codicia se unia á usted. Dada ella tal cual es, yo me temo mucho no venga una catástrofe. La rapidez, la violencia del amor que los dos sienten ustedes el uno por el otro, es el peligro; ella no se uniria al ayuda de cámara por no hacer sufrir á su tio, por no desesperar á su abuela, la baronesa de Diez Torres, en quien el infortunio no ha podido matar la soberbia; ella se casará con el noble de raza, recelosa de la duda que pueda usted sentir respecto á su amor. Y ese amor es su vida.

—Usted tiene la imaginacion ardiente y viva, Marieta, y de seguro usted exagera.

—Me alegraré. Pero veamos. ¿Vá usted á hacer lo que yo le aconseje?

—De todo punto.

—Pues bien, puesto que ella le ha alejado á usted por una consecuencia de su carácter y dominando su corazon, no la vea usted hasta que yo le avise.

—No la veré.

—Pues bien, asi veremos.

LXX.

Anacleta pasó un dia horrible.

A cada momento creia que llamaban á la puerta, que era él, que se encerraba con su tio, que hablaban.

Pero cuando cayó la tarde y él no pareció, el sufrimiento de Anacleta cambió y se hizo mas grande, mas terrible.

Tal vez él se habia ofendido.

Tal vez se habia alejado para no volver.

Cuando Marieta fué, Anacleta se mantuvo dentro de una gran reserva.

Esto fue para Marieta un indicio mas de la gravedad de la situacion en que Anacleta se encontraba.

Se habia recogido en sí misma.

Habia concentrado en su alma su sentimiento.

En cuanto á los signos esteriores no se podia dudar.

Habia en la tristeza de la mirada de Anacleta, en el fuego febril de sus ojos, en su palidez, en la contraccion dolorosa de su semblante, una desolacion profunda, una especie de manifestacion del sentimiento de la orfandad del alma, que no se ocultaba, que no se podia ocultar.

Y en el cura y Margarita se reflejaba el sufrimiento de Anacleta, y ellos tambien habian adoptado una gran reserva que no podian disimular.

Por una razon de tacto Marieta se vió obligada á hacer muy breve su visita y justificando su despedida con un pretesto se fué.

LXXI.

Pasaron algunos dias.

Cada uno de ellos Anacleta esperó en vano encontrar al marqués, ó lo que es lo mismo, al para ella ayuda de cámara.

Al tercer dia se dió absolutamente por olvidada.

Se sublevó su altivez.

Se indignó contra sí misma por el amor que sentia hácia un hombre al cual consideraba ella indigna de ser amada, y á pesar de esto su amor crecia, se desbordaba, se desesperaba.

El recuerdo insistente que de él tenia, se hacia mas y mas candente.

Al fin el organismo de Anacleta no pudo resistir mas.

Un dia fué á levantarse para ir á la compra y no pudo.

La postraba la fiebre.

El médico puso mala cara.

Amenazaba el desórden cerebral.

Con esto se encontró Marieta, y no permaneció dos segundos mas en la casa del cura.

Se fué, y no esperó en su casa al marqués, que iba todos los dias á informarse.

Le buscó en su casa.

—Ahora mismo, señor marqués de Peñalvar, le dijo, á casa del cura: á hacerle una confesion general, á pedirle la mano de su sobrina, ó el pobre cura tendrá que confesar á su sobrina si es que la pobrecilla tiene algun pecado, para que se presente ante Dios.

—¡Cómo! esclamó aterrado el marqués.

—Sí, los niños son muy propensos á las indigestiones, que en ellos son muy peligrosas, y Anacleta tiene una indigestion de amor.

El marqués no oyó mas.

Por no tardar, cogió un abrigo y un sombrero, y se lanzó en el carruaje de Marieta, que le acompañó.

LXXII.

Llegaron.

Marieta dejó al marqués esperando en el carruaje.

—Señor cura, dijo á don Casto, á quien encontró solo, porque Margarita estaba al lado de su nieta; el marqués de Peñalvar ha venido conmigo, espera en mi carruaje, y yo le anuncio á usted: tiene una imprescindible necesidad de hablar con usted.

—¡Conmigo un marqués!

—Sí, señor: el novio de Anacleta.

Marieta acometia de frente.

El cura se alarmó, se puso pálido, tembló.

—¡El novio!... dijo, ¡imposible!.. ¡ella no tiene para mí secretos!

—Señor cura, todas las mujeres guardamos profundamente un secreto, segun las circunstancias; el secreto de nuestro amor.

—Pero esos amores...

—Puros, dignos, admirables: ella es la dignidad encarnada en una mujer: él el honor encarnado en un hombre...

—Ella no ha debido oir á un hombre superior á ella por la clase y por la fortuna.

—Ella, por no disgustar á usted ni á su abuela, no ha oido al marqués, que para no asombrarla, se la presentó como un simple ayuda de cámara.

—Ella tampoco, por pobres que seamos, podia unirse á un criado.

—Pero como el amor no reconoce convencio-

nes sociales, como para el amor no hay mas que alma, ser, decreto supremo; como han nacido Anacleta para el marqués y el marqués para Anacleta, se han amado en el momento en que se han conocido, las dificultades han exacerbado este amor, Anacleta ha contraido la fiebre material y el marqués está á punto de contraerla. Por consecuencia, es preciso que nosotros que no estamos locos, acudamos al remedio.

Al cura se le ocurrió que la reponsable de aquella situacion era Marieta.

Una severa reconvencion se le vino al alma y á la volnntad.

Pero se acordó que era deudor de Marieta.

La miseria le habia hecho aceptar imprudentemente un beneficio de quien no conocía.

Don Casto apuró un amargo sufrimiento mas, y la reconvencion no salió de su pensamiento.

—Yo estoy dispuestó á ver á ese señor, dijo; ¿pero qué es lo que quiere?

—La mano de Anacleta.

—No respondo, no respondo, dijo el cura: á mí me repugna esto estraordinariamente... y no sé... no sé... si mi Anacleta... ella es digna... muy digna... la he criado yo... ella puede temer que ese señor crea que nos deslumbramos... que la miseria... yo estoy acostumbrado á doblegarme: pero ella... ella... usted no la conoce bien,.. usted se ha engañado, señora... usted, yo no la culpo... pero usted ha traido á esta pobre casa una horrible desgracia.

Al fin la reconvencion se escapaba.

—Yo tengo esperanza y fé en Dios, esclamó Marieta bajando los ojos.

la cara negra, para vuecencia, como una esclava... ¡y Dios sabe las intenciones con que usted venia!.. y ¿usted ha creido que yo me habia puesto mala por usted?... ¡hombre! ¡usted me ha ofendido, y yo no lo perdono, yo no lo puedo perdonar! ¡Yo no tengo nada que ver con usted! yo no lo conozco á usted, ¡váyase usted!

El marqués se sobrecogió.

Perdió toda esperanza.

Estaba enamorado, apasionado de una manera mortal.

Con una pasion consumada.

Y al mismo tiempo Margarita, irritada como la nieta, esclamó:

—¿Y en qué es inferior, mi nieta á mi sobrino el marqués de Peñalvar?

—¡Oh, Dios mio! esclamó el marqués..¡ ¿usted, la baronesa de Diez Torres!

Pero dijo estas palabras con la lengua gruesa como un ébrio.

De improviso, sorprendiendo á todos, vaciló y cayó.

Al caer chocó con la cabeza en un ángulo de la cómoda de Anacleta, y se hirió gravemente.

La sangre salió á borbotones.

Anacleta lanzó un grito agudo, desgarrador.

Olvidada de todo quiso arrojarse de la cama.

Pero se contu-

Todos, inclusa argarita, habian acudido al marqués.

Marieta decia para sí:

—Hemos vencido: todo ha venido á pedir de boca; están locos el uno por el otro, y no han podido resistir á la prueba. Esto se reducirá á

algunos dias de médico, y luego la boda para la Noche-Buena. Es preciso que yo prepare pronto la mia, y que él y yo nos retiremos á la buena vida.

LXXVI.

El desenlace estaba indicado ya.

El estado del marqués era grave.

Se habia congestionado.

Pero, por fortuna, al herirse contra la cómoda, se habia hecho oportunisímamente una abundante sangría.

Sin embargo, no se le pudo trasladar.

Se le acomodó en la cama del cura.

Anacleta se habia curado.

Durante algunos dias, ella, ayudada por Marieta y por una doncella de ésta, cuidó del marqués.

Durante la convalecencia que fué muy rápida y sabrosísima para el marqués, que se sentia adorado, se pidió la real licencia, que como grande de España, necesitaba el marqués.

Como no se habia hecho el reconocimiento de Anacleta, no fué necesaria la dispensa, que de ótro modo hubiera sido indispensable porque Anacleta y el marqués eran primos segundos.

Cuando se trató de esto Anacleta dijo:

—No demos escándalo porque yo sea ó no sea señora de título: Y luego, ¿por qué ha de venir la justicia á nuestra casa á ahorcarnos parientes? Vamos, si por pedir yo justicia ahorcaran

á alguien, yo no podria vivir; soñaria con el ahorcado?

Como se vé, Anacleta, á pesar de haber leido las novelas patibularias hoy tan en boga, no habia dejado de ser la sobrina de su tio.

—Dejemos, dejemos á nuestros enemigos, añadió Anacleta, que los juzgue Dios.

LXXVII.

Algunos dias antes de la Noche-Buena se hicieron sin ostentacion dos bodas.

La del marqués y Anacleta.

La del conde y Marieta.

Hubo un almuerzo, y despues de él ambas parejas partieron como es uso.

El marqués se llevó á Anacleta á una hermosa quinta que tenia cerca de Aranjuez.

El conde se fué con Marieta á París.

De allí debian irse á los Estados-Unidos.

No debian volver á España.

Anacleta no supo nunca que aquella hermosa jóven que de tal manera habia influido en su fortuna, habia sido una figuranta de la ópera, ó mas bien una muchacha galante.

LXXVIII.

Cuando Anacleta y el marqués de Peñalvar estuvieron solos, ella le dijo:

—¿Sabes tú por qué no me queria casar contigo?

—Lo sé, respondió él.

—Pues bien, dijo Anacleta; me he casado

contigo ni mas ni menos que porque si no me caso contigo me muero.

. . . .

LXXIX.

La Noche-Buena cenaron juntos el tio, la sobrina, Margarita y el marqués en la casa del cura.

Anacleta se acordó al siguiente dia de Pascua de que para comérselo, mitad en pepitoria y mitad asado, habia comprado con su tio un pavo, y de que este bicho la habia hecho la rueda cuando ella se encontraba en una situacion gravísima de sentimiento, por lo cual le habia indultado.

Anacleta se llevó el pavo á su casa, le soltó en el jardin y le dijo:

—Vive ahí á tus anchas hasta que cansado de vivir te mueras.

Como se ve Anacleta en medio de la felicidad que la embriagaba, no se olvidaba de nadie.

Todos los dias irremisiblemente iba á ver á su abuela, que no habia querido se[illegible]rarse del cura, y á éste, que no habia quer[illegible]ar su casita.

Margarita á pesar de que [illegible] perdido su altivez, se habia resignado [illegible]sucitar como baronesa de Diez Torres.

Las sencillas razones de su nieta que ya conocemos, no solo la habian convencido sino que la habian convertido.

LXXX.

Entre tanto en la casa de la duquesa de Gracia Real, todo era tristeza y desesperacion sorda.

Elena, cuya única culpa era haber nacido provenida de dos infames y haber heredado su sangre, lo habia comprendido todo.

No hizo una sola recriminacion á su madre, no maldijo á su padre, no apostrofó al miserable baron de Diez Torres, cuyo apellido llevaba.

Se resignó.

Sufrió sus horribles tormentos en silencio.

Cuando supo que el marqués de Peñalvar se habia casado, sintió la muerte en el alma.

—Esto durará poco, dijo.

Y declaró con una terrible firmeza á su madre, que estaba decidida á ser monja.

Entró en un convento.

Antes de profesar sucumbió á unas calenturas perniciosas.

¿Por qué heredan los hijos el alma de los padres, y con ella, como una maldicion, consecuencias horribles?

La duquesa de Gracia Real se quedó sola, con la desesperacion en el alma devorada por el remordimiento.

El infame baron de Diez Torres habia caido en un idiotismo repugnante.

La duquesa que no podia olvidar al monstruoso don Alejo, á quien impulsada por el terror habia estrangulado, que adoraba á su hija por el amor de aquel infame, cuando murió Ele-

na, sintió todo lo terrible de esa justicia misteriosa é inevitable que para castigar no necesita de jueces ni de verdugos.

LXXXI.

Concluyamos.

Anacleta es feliz.

Tiene tres ó cuatro angelitos, á los que adora y por los que se desvive.

Le ha salido bueno el marido: cosa rara.

Sigue con su sencillez de costumbre, tratando á las vecinas de la calle de San Bernabé como las trataba antes, y ninguna de ellas la conoce por su título de marquesa de Peñalvar.

Continúan llamándola pura, simple y llanamente, y mas aun, con grande afecto, la sobrina del cura.

FIN.